

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 23 - 29 enero 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 3

EL CONTRABANDO ES MAL NEGOCIO

EN ESPAÑA EL TRAFICO
ILEGAL SE LIMITA A LOS
ARTICULOS DE LUJO



ORO ESPAÑOL EN LOS MERCADOS DEL MUNDO

La historia del robo del tesoro español (pág. 18.)

Carta del Director a don Alberto Asensio (pág. 7) ● Comentario a un editorial de «Ecclesia» sobre la Prensa (página 8.) ● «Adelita», conversación con Edgar Neville, por José María Deleyto (página 13.) ● Miguel Utrillo reivindicada para su padre la idea del «Pueblo Español» (pág. 23) ● Antología poética femenina, por Concha Fernández-Luna (pág. 25.) ● Reivindicación de los gachupines, por Alberto Martín Gamero, Gobernador Civil de Logroño (página 30.) ● Gentes y cosas de la Almería oriental, por Antonio Manuel Campoy (pág. 32) ● Emigrantes sin poesía, por José Ramón Allardi, S. J., (página 45) ● «El mal gobierno», por Ernesto Rossi (pág. 48.) ● Maniobras de la IV flota americana en la costa de Cataluña, por Hispanus (pág. 54.) ● Equilibrio de la mujer en Avila, por Diego Jalón, enviado especial (pág. 59)

TIERNA Y FINA HISTORIA DE MAURICIO «EL UÑAS» Y SUS SEÑORITAS
Novela por Pilar Narvión (pág. 38.)



UN FICHERO Y UN SERVICIO INTERNACIONAL DE INFORMACION SOBRE LAS ACTIVIDADES DE LOS DEFRAUDADORES



**NO
SE QUE
TENGO...**

Es lo que suele decir la gente cuando no se encuentra «del todo bien». No saber lo que se tiene es tanto como saber que el estómago, el intestino o el hígado funcionan mal. Los dolores de cabeza, los mareos, el cansancio, el desánimo, la flojedad, todos los síntomas, en fin, que, sin constituir enfermedades propiamente dichas, revelan un estado patológico difuso, pueden corregirse fácilmente.

Médicos de todo el mundo toman y recomiendan "Sal de Fruta" ENO, la deliciosa bebida tónica y laxante, depurativa y energética, que contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura. Ayuda a la naturaleza sin sustituir sus funciones.



**“SAL DE
FRUTA” ENO**

MARCAS

REGIST.

REGULA LA FISILOGIA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

EL CONTRABANDO ES MAL NEGOCIO



EN ESPAÑA EL TRAFICO ILEGAL SE LIMITA A LOS ARTICULOS DE LUJO

Un fichero y un servicio internacional de información sobre las actividades de los defraudadores

EN un despacho situado en un piso de una céntrica calle de Tánger se recibió la siguiente comunicación: «Mamá, bien boda martes mañana Francisco». El hombre que recibió la noticia miró el calendario y vio que estaban a sábado. Guardó el papel en el bolsillo del pantalón, se levantó de la mesa, cogió el sombrero y marchó hacia un bar del barrio marino. Entró, se acercó al mostrador y preguntó:

—¿Ha llegado William?
El dueño movió negativamente la cabeza. Sirvió una copa de whisky al cliente y no volvió a ocuparse de él. A la media hora entró un marinero pelirrojo, bajo y rechoncho. Se acercó al hombre antes llegado y juntos pasaron a un reservado.

A la madrugada del domingo siguiente, un barco de carga, de no mucho tonelaje, salía del puerto de Tánger, rumbo a alta mar. En la hoja de ruta figuraba como destino Marsella. El capitán era un marino pelirrojo, bajo y rechoncho, que hablaba un inglés áspero y brusco.

Una vez en alta mar, el rumbo se torció hasta llegar a unas seis millas de las aguas jurisdiccio-

nales españolas. La carga del barco es desconocida para todos, menos para el capitán. Sólo saben los marineros que es contrabando. Tendrán su parte, si el alijo llega a su fin.

El barco con matrícula de Tánger ha llegado a la altura, poco más o menos, de las costas de Tarragona. La carga va a ser transbordada en plena mar a una lancha más pequeña. Es la medianoche del martes. Se ha lanzado una bengala azul, seguida de dos blancas. A los cinco minutos, a estribor, de un punto del mar, ha salido, hacia lo alto, la misma señal. El barco para la máquina y queda, poco más o

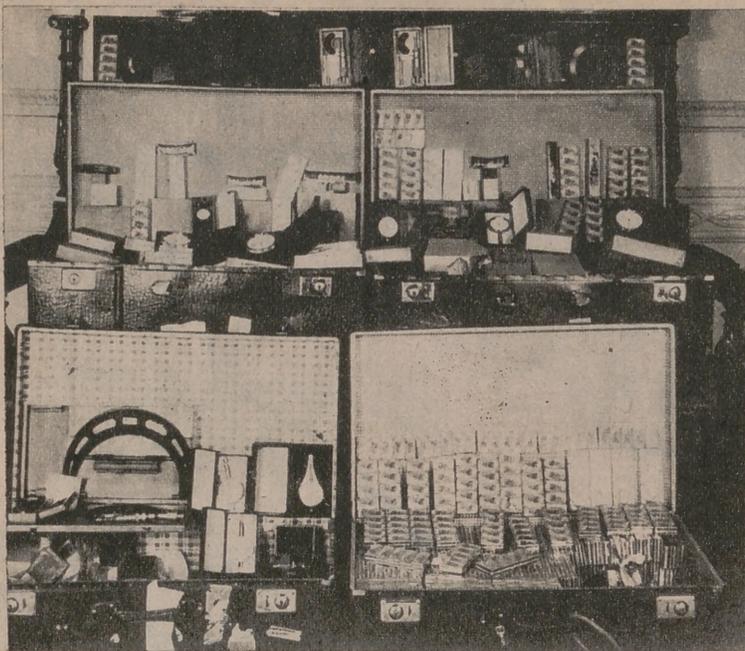


Vista de una cueva de Girona donde los contrabandistas escondían un importante alijo de tabaco

menos, al paio. Han trascurrido diez minutos cuando una lancha motora, con los tubos de escape introducidos en el agua, llega a su lado. La operación es rápida. No ha pasado una hora cuando



Objetos de uso superfluo, como máquinas de retratar, lápices de labios, perfumes..., son, por lo común, los mayores, en número, en las actas levantadas



En el doble fondo de las maletas, pueden aparecer desde cajetillas de tabaco hasta encendedores, máquinas de afeitar eléctricas o cepillos de nylon para el pelo

cinco mil kilogramos de tabaco han sido transbordados de una embarcación a otra. Ni una voz, ni una imprección, todo dentro de un impresionante silencio. Sólo se escucha el ruido de las olas chocando con los costados de los barcos.

La parte primera de la operación ha salido perfecta. «Mamá bien», quería decir que se conocía la ruta probable de la vigilancia marítima. En «Martes mañana», sólo era cambiar mañana por madrugada. Si la vigilancia hubiera aparecido, la lancha hubiera bordeado el transbordador sin hacer nada y se hubiera lanzado a pleno gas, mar adentro, en busca de la seguridad de las aguas internacionales, con el silencio de sus introducidos tubos de escape. El servicio de escucha no podría percibir ningún ruido.

Pero la «cosa» no ha fallado. Por algo la embarcación suele ser siempre la misma, debido, más que nada, a evitar que se puedan propagar noticias sobre «trabajos» realizados con ella. Generalmente se dedican a la pesca, no efectuando nada anormal para no caer en vigilancia. Pero cuando no están al alcance de la vista, y llega la hora, actúan en sus fines verdaderos.

La lancha, pues, va a proceder al alijo en plena costa. Va a «ensecretar» la mercancía. Antes de que amanezca, la lancha, cargada por más de la línea de flotación, ha avistado tierra. Los motores han sido parados. El impulso actúa únicamente de fuerza propulsora. El lugar de la costa ha sido elegido previamente. Aquella noche no pasará, porque ya lo hizo, la vigilancia.

En la misma costa, producida por la erosión del mar o por un cataclismo de los tiempos remotos, a plena marea, disimulada su entrada con peñascos y ramas, una cueva desconocida espera la parte última de la operación. La lancha ha llegado a unos metros

cerca del acantilado. El bote pequeño es lanzado al mar. Cuatro hombres transportan la mercancía. Ocho la van colocando en la gruta previamente dispuesta. En dos horas se liquidó todo. La gruta fué tapada. La gente desaparecida.

El barco primero llegó a Marsella a cargar vino para Tánger. La lancha vendría a su puerto, al anochecer, con un poco de pesca capturada. Todo había salido, en principio, bien.

Mas, al día siguiente, la vigilancia volvió a hacer su recorrido. La pareja pasa por el lugar cercano a la cueva. En su camino, una colilla caída es la primera señal.

—Voy a acercarme hasta el mar.

Baja y sube el guardia por las peñas. En una de ellas nota unas ramitas tronchadas. En otra, un polvillo negro; lo coge y huele: —Tabaco.

Vuelve con el compañero.

—Zona sospechosa tenemos.

Aquel montón de piedras, porque todo se examina, es revisado. Muy tierna está la tierra. Fresca y húmeda. El escondite ha sido descubierto. Se planea la operación para capturar a la banda. Durante varias noches se espera en vano. Por fin, al cabo de una semana, dos camiones paran en la carretera. Bajan seis hombres. La cueva es abierta. De repente, un reflector ilumina la entrada. Cogidos por sorpresa. Resultado final: cuarenta hombres complicados.

El alijo había sido descubierto.

NO ES LO MISMO CONTRABANDO QUE DEFRAUDACION

Esta anterior operación, ocurrida verdaderamente, es una muestra de la técnica empleada por los contrabandistas y del éxito de la especializada preparación de nuestra Guardia Civil. En es-

ta encuentra el contrabando y la defraudación su más encarnizado y dañino enemigo. Porque pocos artículos, en relación con el volumen de los que se trata de introducir, pasan al mercado interior. El que se venda un mechero, el que un par de medias de nylon salga a la venta, el que una pluma estilográfica pueda ser comprada o traída de Tánger, de Argel, de Casablanca, de Orán o de Gibraltar, que son los principales puntos de origen, no representa nada en el equilibrio total.

El contrabando y la defraudación—cada uno en su esfera—no crecen. No es lo mismo contrabando que defraudación. Contrabando es «la ilícita producción, circulación, comercio o tenencia de géneros o efectos estancados o prohibidos». Por defraudación se entiende «la fabricación, comercio, tenencia o circulación de los géneros o efectos sometidos al pago de derechos a que se refiere la ley, cuando fuera con infracción de las disposiciones que aseguran la percepción del impuesto». No se puede considerar, pues, contrabando y defraudación como un solo concepto. La diferencia consiste en que contrabando comprende cosa o mercancía monopolizada y prohibida, es decir, de un comercio que no está libre; la defraudación se refiere a artículos o géneros de libre comercio, sujetos al pago de determinados derechos arancelarios o impuestos cuando se hagan con infracción de los mismos. En cuanto a la venta del alcohol, por ejemplo, no se incurre en contrabando más que en el caso de la mezcla de alcohol y éter, por estar prohibida; igualmente, la introducción de lápices de labios de lacas para uñas o de perfumes sin pagar la correspondiente aduana, es defraudación, puesto que su fabricación no está ni prohibida ni monopolizada en el territorio nacional. En cambio, la entrada ilícita de tabaco, gasolina, explosivos o estufantes constituye contrabando por estar



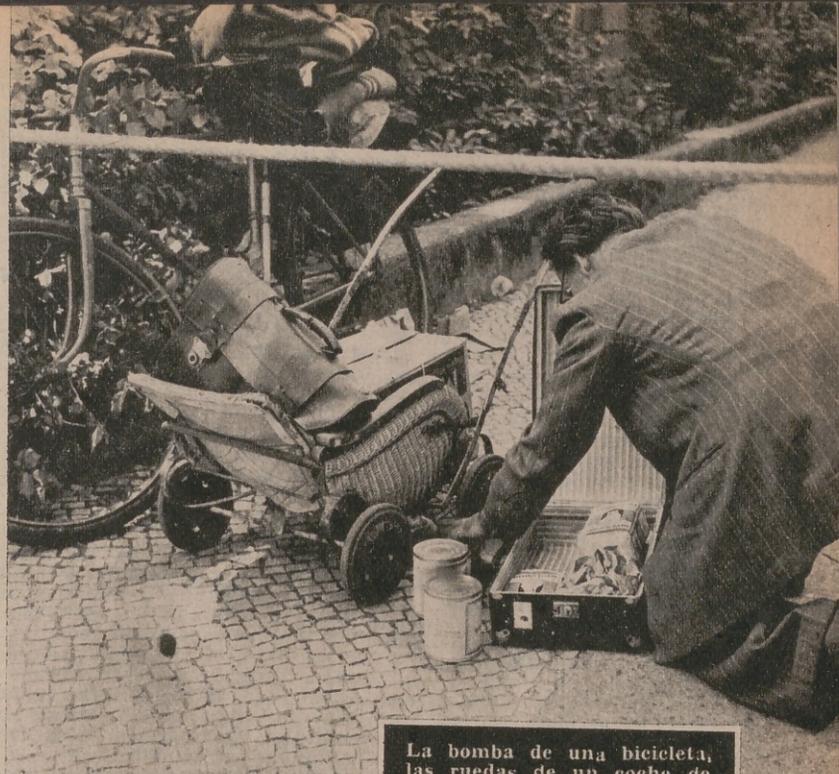
Una matrona inspecciona un bulto que contenían ropas de nylon y cortes de camisas

monopolizada o prohibida su fabricación o libre circulación en España.

Veamos los productos incursos en ambos apartados, sin hacer distinciones en cada caso, y observemos qué se deduce de ellos. A primera vista, dos cosas grandes: la labor exacta e implacable de la Guardia Civil y de la Policía española, y el poco «contrabando» que en relación con otros países y otros años se hace en España. Sencillamente, porque la calidad de los productos nacionales va desbaratando el inflado prestigio de lo extranjero. Aunque siempre quede alguna mujer que crea que la laca de sus uñas venida de Tánger tiene más poder de seducción que la fabricada en Madrid o que la línea de sus medias esbeltiza su pierna con más seguridad que las medias catalanas de la más pura fibra. Uno engaña, el que vende; otro es engañado, el que compra y se lo cree.

EL PERRO, AMIGO DE LA LEY

Con la misma eficacia que hace muchos años, aunque con menos frecuencia, el perro sigue prestando sus servicios auxiliares de policía. De policía o de contrabandista, según quien lo enseñe, porque, mientras los primeros siguen unos cursos de fino adiestramiento en la escuela de Madrid, otros, menos «educados» y de raza menos pura, siguen las enseñanzas de quienes han de utilizarlos en los oficios de un contrabando disimulado y práctico. El perro contrabandista es siempre buen nadador. Acompaña a sus dueños en los «trabajos» y permanece en la lancha mientras ellos desembarcan para comprar la mercancía. De regreso, la vigilancia de la pareja de costa quedará burlada de un modo sencillo: Envueltos en finas láminas de metal, recubiertas de hule, se han ceñido al lomo del perro amplias bolsas de café, de perfu-



La bomba de una bicicleta, las ruedas de un coche de niños o los botes de leche condensada, pueden ser escondrijo de piedras preciosas, plumas estilográficas o divisas

mes, de relojes o de plumas estilográficas. A una señal salta al agua y se apresura por ganar tierra, donde le espera gente conocida.

Los perros policías son de pura raza «Dobermann», o de la llamada «Pastor alemán». El perro policía, de fino olfato, de buena memoria, de agilidad y destreza física, tiene un compañero inseparable: su guía. Su guía es, en este caso concreto, un guardia civil, que le cuida, le observa, le trata con cariño y afabilidad y le premia y le castiga con justicia cuando la acción lo merece.

Así, el perro policía, llevado con una larga cuerda de la mano de su «dueño», se especializa en rastros, en reconocimientos de pistas, en registro de edificios, de barcos e incluso de equipajes. Y el perro policía se emplea, muchas veces, contra el perro contrabandista. Puede haber lucha o puede, simplemente, haber persecución. Tan fácil es que calga un hombre gracias al descubrimiento de un perro—ahí está el caso del animal que fué llevado a una demarcación de la Comandancia de Badalona y lanzado tras la pista de los autores de un alijo; su fino olfato encontró pronto el rastro que condujo al escondite en el monte donde se guardaban rollos de cobre, pañuelos de seda, radios, gasolina y aceites para los motores, como que sea el perro delincuente el descubierto.

De los 294 pares de medias y calcetines de nylon, 200 relojes, 23 máquinas de afeitar, 191 plumas estilográficas, 37.168 kilogramos de café, 5.647 kilogramos de hilo de cobre, 587 pañuelos, 17 radios y 882 litros de lubricantes, aprehendidos por el personal de la Guardia Civil durante el tercer trimestre del año pasado, un «Pastor alemán» tuvo su parte. La satisfacción interna por el éxito y la externa dada por su guía alegraron al perro. El ágil

movimiento de la cola lo tradujo.

LOS CAPRICHOS DE LA MUJER

La mujer tiene sus caprichos. Caprichos, a veces, que cuestan caros. Tanto para el que compra como para el que vende. El uno, por el precio; el otro, por la cárcel.

Si en la oficina dijeron que la crema traída de Tánger quita siete años en una noche y que cuesta diez veces más cara que exactamente la de igual calidad española, la mujer encarga rápidamente dos frascos de aquella maravilla, para que se vea que ella está al corriente de lo último, de lo mejor.

Si un día, la encargada del taller, o la vecina que baja por la escalera al ir a la compra, o la posible competidora en el probable pretendiente, lleva un tono de carmín que, según las usuarias, es «lo último de París», hay entonces urgente e insistente recomendación para la compra.

Entonces se ponen en movimiento los especialistas de artículos para señora. Saben que la mujer no ha de ser menos que su amiga. Mas lo malo es que la amiga, casi todas las veces, adquiere el artículo en la tienda de la calle Mayor con una marca bien visible que dice: «Fabricado en España». El resultado del uso, al fin y al cabo, es el mismo. Estos especialistas quieren entonces introducir en España lo que de fuera viene. E intentan pasar en un trimestre 360 barras de carmín, 22 cepillos de cabeza, 64 tarros de crema, 80 tubos de pasta dentífrica y 201 frascos con 344 kilogramos de diversa perfumería. Pero la opera-



maletas, las bolsas de mano o las listas de comida son, a veces, objetos que se esconden productos de tráfico prohibido

ción no tiene buen término, porque puede surgir la matrona de Port-Bou, que, hábil en el reconocimiento, descubra que aquellas caderas, tan bien redondeadas, tan perfectas, tan simétricas, no eran más que rellenos de tubos de labios; o puede que al vigilante de La Línea no le parezca demasiado natural la cojera de aquel que le faltaba una pierna y compruebe que entre el almohadillado de la pierna artificial del individuo existía un departamento donde se daban cita de reunión cremas, perfumes y frascos para las uñas; o simplemente, para terminar, el experto de Irún, al que no le hizo demasiada gracia aquella jarampera que llevaba muy tapada en sus brazos a una criatura, criatura que resultó ser un muñeco de cartón lleno de perfumería.

De esta forma, ¿cómo va una mujer a conservar su belleza? Así no puede ser, hombre...

LOS CAPRICHOS DEL HOMBRE

Pero si la mujer imita a sus amigas, no perdamos de vista al hombre cuando tiene que presumir delante de sus amigos.

Si abre la petaca y ofrece tabaco picado y suelto a los de su tertulia, ¿cómo no va a decir que aquello que van a quemar es de una plantación de la lejana y bella Cuba?

Si, por el contrario, lo que ofrece son cigarrillos rubios, ¿permitirá que en el papel que cilindra el aromático producto no vaya impreso un nombre turco, egipcio, armenio, hebreo o sánscrito si el caso lo exigiese? Y la pitillera. ¿Va a ser una hermosa pitillera de plata de ley, comprada y grabada expresamente para él en cualquier platería del centro de su española ciudad? No, hombre, por favor...! Qué dirían las amistades!

Y siguiendo con el humo está el objeto que ha de emplearse para producirlo: el encendedor. No va a utilizar cerillas españolas, tan vulgares, que erciden a la primera y que se piden un humito azul que se mete por la nariz y hace muy mal efecto en las chicas. Naturalmente, mostrará un encendedor con carga de gas, aunque cuando se acabe no haya humano que encuentre repuesto. Pero, ¿y la superelegancia de su uso? ¿Es que eso no vale nada?

Luego están las camisas de seda, y las de nylon, que también las usan los caballeros, y el papel de fumar, ya que, según ellos, éste de España sabe tan mal...; y las plumas estilgráficas traídas de tapadillo, que cuestan veinte duros más caras que en la tienda, etc., etc...

El procedimiento de obtención es análogo al de las damas. Y los resultados de la vigilancia, los mismos. No se pueden pasar las libras de tabaco habano entre los cestos de caracoles que devolvían en ristra de Orán, porque el vigilante de Alicante no tenía un pelo de tonto; ni las cajetillas de tabaco del quinto pino, porque, en Tarragona por ejemplo, había un cabo que descubriría cómo los cartones se guardaban en unos, al parecer, poblados hormigueros; ni se pue-

den traer encendedores en las suelas de los zapatos porque el vigilante de Urquiaga ya sabía la estatura de todos sus visitantes...

Luego querrán en la oficina que los hombres den tabaco, que vayan afeitados y que el mechero encienda a la primera.

Esto es no tener consideración.

LAS NUBES TAMBIEN SON UN CAMINO

En el contrabando y en los contrabandistas hay clases. No es lo mismo un alijo a medianoche, con una barca, en una playa desconocida, que un «camuflaje» a pleno sol bajando por la escalera de un «D C-4», en un elegante aeropuerto de Madrid, de Barcelona o de Sevilla. La Policía, especialistas de la Guardia Civil y un vista de Aduana vigilan estas fronteras del aire. Sus manos enguantadas estarán siempre dispuestas a examinar los pliegues de la camiseta para descubrir el estraperlo de seda fina o la divisa de moneda extranjera; a inspeccionar dentro del maletín o de la sombrerera para buscar el paquetito de modernos cortaúñas, de plumillas de acero, de tubos de chicles o para sorprender, dentro del elegante bolso femenino, el puñado de brillantes o de perlas, agazapados entre los caramelos del viaje.

La Policía del aeropuerto ha tenido siempre la cualidad de verlo todo, haciendo como que no ve nada. En la fina cartera de bolsillo de un pasajero o en el exótico sombrero de una dama puede ocultarse una respetable cantidad de divisas o un tesoro de piedras preciosas. Al delincuente de contrabando y defraudación, el avión facilita rapidez y la apreciable facultad de transportar objetos de mucho valor y escaso peso.

De los 2.209 dólares decomisados, 209.938 francos franceses intervenidos, 2.735 escudos portugueses capturados, 68.000 liras descubiertas y 161.264 petetas confiscadas en el período que consideramos, un cuarenta por ciento entró por el aire. Y de 128 cajas y 552 pastillas de chicle, fiscalizadas por introducirse sin declaración previa, un treinta por ciento no quiso pagar aduana en los aeródromos.

COCHES SOBRE CARROS

Si las cosas pequeñas quieren entrar en España por medios no lícitos, también las grandes se van a hacer lo mismo. Es que España gusta a todo el mundo. ¿Pues qué otra explicación puede darse a esas nueve embarcaciones aprehendidas; a esos setenta y tres camiones señalados; a esas 410 cabezas de ganado mayor y 2.182 de ganado menor capturadas; a esas 360 bicicletas definidas; y a esos nueve motores de automóvil descubiertos para ser montados en unas adecuadas carrocerías en España?

Cada objeto, cada captura, tiene su historia. Una historia divertida, inocente o dañina. Pero siempre, afortunadamente, con el final justo que le corresponde.

Durante medio año, un obrero de las cercanías de Behovia pasaba diariamente montado en una bicicleta azul por el puente

internacional de Irún. Llegaba temprano, por la mañana, a primera hora. Quedaba en Hendaya todo el día, y al comenzar la noche, pedaleando, emprendía su viaje de regreso. En el portamantas, el ciclista llevaba un paquete cuidadosamente envuelto.

Ni la Policía española ni la francesa sospecharon, al principio, de aquel hombre que llevaba su pasaporte en regla y permanecía en Hendaya el tiempo justo para trabajar en cualquier oficio. Los recelos vinieron después.

—¿Quiere usted mostrar, por favor, el contenido de este paquete que lleva en el portamantas?

—Con mucho gusto.

Cuando el pequeño bulto quedó deslizado aparecieron unos trozos de pan y algunos pedacitos de queso, sobras del bocadillo de la mañana. La Policía no quedó contenta. Siguió sus pesquisas y, a los pocos días, tenía el secreto en sus manos: El viaje de ida lo hacía el ciclista en bicicletas viejas, compradas al efecto, con neumáticos gastados, de cuadro pesado y pedales recompuestos o deteriorados por el uso. Una buena mano de pintura lo tapaba todo. A la vuelta montaba una bicicleta flamante, recién comprada y pintada del mismo color que la vieja, para la que ya había buscado cliente en su mercado. Mil quinientas pesetas de ganancia había en cada unidad.

El reconocimiento de coches en la frontera se hace con todo detenimiento. No sólo hay que revisar matriculas y documentación. Aunque pudiera parecer de película se han dado casos de contrabando o defraudación guardando en el interior de algunas piezas del automóvil, herreras de oro o de plata, hábilmente disimuladas.

LO UTIL Y LO SUPERFLUO

El Consejo de Cooperación Aduanera Internacional, del que España forma parte, creará un fichero de defraudadores. Este Consejo recibirá una información amplia y detallada de aquellos que haya sido condenados por fraudes aduaneros.

La actual defraudación y contrabando recaen casi siempre en objetos superfluos, halagadores de la vanidad, más que en aquello que puede ser de utilidad o constituir algo práctico en la vida.

Los productos farmacéuticos descubiertos hace una decena de años y que en un tiempo atrajeron la atención de especuladores, hoy caen totalmente fuera del campo del contrabando. No llega al centenar el número de frascos de penicilina apreñados como contrabando en los tres últimos meses; los de laca de uñas pasados de los dos milares.

E igualmente ocurre con la mayoría de los productos útiles, verdaderamente útiles. Esos están en España y no hay necesidad de irlos a buscar fuera.

Porque los otros son, ni más ni menos, moda pasajera. Para evitar el fraude, un ejército de hombres disciplinados, de hombres expertos y competentes vigila. Andaninos y abnegados tienen un nombre genérico: Guardia Civil y Policía. A ellos, la enhorabuena.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ALBERTO ASENSIO

SI Cartago no hubiera sido destruida y Roma no hubiese ganado a la postre las guerras púnicas, no soportaríamos los españoles el contrasentido, que a veces es demoníaco y a veces angelíco, de la ciudad de Elche; porque su palmar es fenicio, con una expresividad más esotérica que la botánica, pero su Virgen absunta le está librando constantemente de todos los peligros orientales. La Madre de Dios es más virginal y concentra un misterio más misterioso que la Dama, el jeroglífico de todos los arqueólogos, sobre el que cada época inventa un rumor y pone en circulación una mentira. La Dama, a la manera francesa de llamar una mujer en lenguaje péetico o de cortesía, y fué denominada así al comprar la escultura como una esclava por muy poco dinero, es el sintoma plástico de que el genio de Illice ha sido contrariado históricamente, salvándose del pecado esta desviación por la intercesión continua de nuestra Señora. No es una extravagancia del difunto don Ricardo Baroja el conjeturar al contemplarla en el Museo del Louvre durante su cautiverio, que la Dama no es una dama, sino un damo, un adolescente con atuendo litúrgico, un efebo, quizá, que oficiaba en un culto equívoco; como tampoco es una paradoja que el propietario del terreno donde se descubrió a la Dama, a la par de ser el mejor coleccionista del ambiente que envolvía a esta esfinge de Elche, cultive los melones, los pepinos y las hortalizas, más enigmáticas injertándolas en la savia estéril de un árbol tonto, de esos árboles que se tienen y se conocen por bobos en el país, ya que no dan sombra, ni fruto.

El carácter híbrido de Elche, entre campesino e industrial, tan agrario como cualquier comarca bien labrada de Alicante, y con cerca de quinientas fábricas y talleres que le colocan en la vanguardia de las ciudades impetuosas de nuestra Nación, es el carácter que nos desconcierta y hasta aturde a los mismos ilicitanos. Yo le debía esta carta, señor don Alberto Asensio, para corregir cuanto en mi conciencia no era, pero parecía una incorrección, para demostrar en público que no confundo el huerto de la «Mare de Deu» con el huerto del Cura, ni el huerto del Cura con el huerto del «chocolatero». Los huertos de Elche son huertos bíblicos, con un suavísimo paisaje de granados y almendros, árboles cristianos que no exhalan el duro hieratismo de la palmera, cuyo polen obedece a un intrincado sistema de atracciones y repulsiones. Quien posee un huerto en Elche es un señor, y nunca representará un papel de judío cuando el «Misterio», sino que en la vida y en el drama sacro se le exigen posturas espléndidas por sus convecinos y por el consueta. Sin embargo, yo trastoqué en la carta dirigida al duque de Alba (q. e. p. d.) su huerto del chocolatero por el huerto del cura, a pesar de haber sido huésped del suyo y sólo visitante del otro. Acaso el motivo de que yo, tan propicio a las cosas y a las medidas exactas y tan pavoneado por mi memoria, sacase como escenario al huerto del Cura, omitiendo al huerto del «chocolatero», fué la causa de que don Juan Orts, propietario del otro huerto, hace insistentemente la propaganda del propio huerto, la propaganda propia, mientras que usted con el huerto del chocolatero hace la propaganda de la ciudad.

Como Elche es tan polémico, tan contradictorio siempre que puede, recuerdo que contagiado por este espíritu de la controversia ilicitana, antes de tratar a usted, tomé partido contra usted, sin entrar ni salir personalmente en la cuestión que se debatía. Era en EL ESPA-

NOL de la primera etapa donde titulé una colaboración del amo del huerto del Cura, jugando con el vocablo, o sea «Orts contra Ors», o sea don Juan Orts contra don Eugenio d'Ors, o sea el «Orts» (huerto) contra el «Ors» (oso), en idioma lemosín, que hablan para andar por casa sus paisanos. Usted era amigo de don Eugenio, y en aquella ocasión se defendía (o tal vez ofendía con su acometividad creadora) entre las filias y las fobias encrespadas, y a mi don Eugenio tuvo que pasar mucho tiempo para respetarlo y para acostumbrarme a su guasa solemne. Usted era amigo de don Eugenio y de los demás españoles que aman a Elche a través de su amistad, de su generosidad. Lo fácil es encontrar en seguida el paralelo con los comerciantes de la Edad Media italiana, que eran próceres y que fundaron linaje, por sus dádivas y su protección a las artes, mas lo difícil es traer a Elche desde Humberto de Saboya a Arón Cotrús y desde el doctor Oliver a Dionisio Ridruejo, durante agostos y agostos y conseguir el milagro de 1954 (¡que ojalá se repita luengos años!) de reproducir el Misterio en el mes de noviembre.

Rumbeando sin rumbo, obsequiando sin molestar a los invitados, con esa parsimonia en los modales de usted, con esa economía de gestos, con ese ritualismo en la faz austera y sencilla que le llevan a dos pasos de ser la réplica viviente de la Dama, según la interpretación barojana del Damo de Elche. La cabeza irradia serenidad, bondad y poder, que cuando son virtudes precristianas tienen que embozarse en un algo balbuciente; pero que cuando mueven el corazón de un cristiano están tan a las claras que ofrecen el riesgo de convertirlo en víctima. Su suerte prodigiosa es haberse casado con doña Consuelo, con esa mujer con ese nombre que al pronunciarlo ya calma y tranquiliza en medio de un Elche ambiguo, pasional, patronal, proletario, cartaginés, católico, en el que las palmeras se meten dentro las fábricas o las fábricas se metieron irrespetuosamente en el bosque sagrado de las palmeras. Elche es una ciudad de progreso y de tradición, de cines excepcionales y sin un Museo que recoja con dignidad el pasado antiquísimo de su pueblo; con cincuenta médicos notables, pero faltándole, hasta que el nuevo Gobernador Civil, con su rapidez de político de raza lo ha logrado, un Instituto Laboral o las viviendas que necesita. Usted, don Alberto, puede enseñar al señor Gobernador Civil, a este gran Evaristo Martín Freire, lo que pudo obtener por su cuenta, mas con el riesgo, ya citado, consiguiente. Las aguas ya habían venido para fecundar las tierras ilicitanas, pero trajo a las jesuitinas y les buscó acomodo con ayuda de la ciudad; impidió que se blanqueara el palacio de Altamira, aunque no pudo evitar que desapareciera la Casa de los Leones; se afaná por reconstruir el templo de la Virgen y puso a disposición de la sociabilidad levantina un Casino que les honra. Sobre todo, es el secretario del Patronato del Misterio, del Misterio de Elche, que devuelve a la ciudad fenicia al seno de Dios y la purifica de todas sus banderías, de todas sus contradicciones. Porque, don Alberto Asensio, en el fondo más hondo su Elche es así, como lo es el ser humano, en cuyo ser averigüe el trasfondo de los misterios terrenales. Me refiero al antiguo capitán de la Legión y hombre ejemplar de Elche, don Antonio Macía Serrano, que puede representar por su literatura tremendista un anarquista dentro de un uniforme; pero que en realidad de verdad es, tanto como usted, el autor de las novelas de la Calahorra, un caballero cristiano, una buenísima persona.

COMENTARIO A UN EDITORIAL DE «ECCLESIA» SOBRE LA PRENSA

YA conocen nuestros lectores el editorial publicado por la revista «Ecclesia», órgano de la Dirección Central de Acción Católica Española, en su número 704, de fecha 8 de enero, sobre el discurso pronunciado por el Ministro de Información el 12 de diciembre último, en Barcelona, ante el II Consejo Nacional de Prensa. Se trata de un editorial cuya solvencia e interés reconocemos y aceptamos sin la más mínima reserva; interés, por otra parte, que en esta ocasión se ve reforzado por un sentido de discreción y de inteligente medida en los criterios y en el lenguaje, que lo hacen doblemente estimable. Somos los primeros en congratularnos por esta importante y tan sugerente «participación» de «Ecclesia» al estudio y planteamiento de los problemas relacionados con la «información», tanto en lo que se refiere a su naturaleza y fines como a su más perfecta regulación jurídica posible, dentro, naturalmente, del ideal de los Papas, de los principios y orientaciones de carácter fundamental y general contenidos en las enseñanzas pontificias.

«Ecclesia» comienza haciendo suyo lo que constituye el punto de partida, la base y la clave de toda la concepción doctrinal desarrollada por el señor Arias Salgado en sus discursos de Alicante y Barcelona. «Aceptamos con gusto—dice—la concepción de la Prensa como institución social sometida al supremo imperativo del bien común. Estimamos igualmente acertada la disección del señor Ministro sobre el sistema del liberalismo radical que hace, en Prensa como en lo demás, norma suprema del parecer privado, sin trabas trascendentes nacidas de una moral teológica, ni otras cortapisas por parte de la legislación positiva que las estrictamente indispensables para no «devorarse». Declara asimismo su conformidad con los razonamientos que representan la naturaleza dialéctica de la doctrina expuesta por el Ministro de Información en cuanto a la intervención del Estado en estas cuestiones: «Buena parte del discurso del señor Arias Salgado—escribe seguidamente—está invertida en justificar la intervención del Estado en este campo, lógicamente basada en la misión que le incumbe como tutor del bien común.»

A este propósito creemos que es obligado señalar hasta qué punto resulta caso singular la honradez intelectual y política con que el actual titular del Departamento se ha situado ante estas cuestiones. Proceder a la revisión de la normativa legal vigente sobre la Prensa, cuando el proceso de desarrollo de las técnicas o instrumentos informativos se halla en plena evolución expansiva, cuando la información en sus tan varias y múltiples versiones comienza a ser estimada como uno de los factores sustantivos del bien común nacional y como uno de los medios más profundamente decisivos en la lucha radical y esencialmente ideológica que tenemos planteada y que divide al mundo; cuando la normalidad de los países puede ser violentada a distancia y barrenada en sus cimientos a través de estas sutiles y casi impalpables fuerzas de penetración y de acción que son las grandes agencias y extensas redes mundiales queñas del caudal informativo, sin disponer antes de una doctrina clara, previsor, realista, completa y bien establecida, que sirviera en todo momento de guía para la elaboración de una nueva regulación jurídica de estas actividades, hubiera supuesto una irresponsabilidad y un error, cuyas graves consecuencias estaríamos ya lamentando y padeciendo todos en nuestras propias carnes. Hay que reconocer también que en estas materias, como en tantas otras, no disponemos del suficiente «saber positivo» que pueda darnos todas las soluciones concretas adecuadas al volumen, características, variantes y perfiles particulares que presentan hoy determinados problemas y fenómenos políticosociales. Este vacío había que llenarlo y salvarlo ahondando en los postulados de la filosofía perenne, en el análisis y conocimiento de los hechos tal y como son en realidad y en la doctrina de la Iglesia. Es necesario caer en la cuenta de que hasta la fecha son muy deficientes y escasísimos los estudios y las aportaciones de que dis-

ponemos en España concretamente sobre el pensamiento pontificio acerca de la Prensa y sobre su ordenamiento ideal. Había, pues, que centrar primero la atención y los esfuerzos en esta apremiante necesidad; había que promover, impulsar y recrear criterios y modos de conducta, sobre los que se asentara luego vitalmente, cómodamente, sólidamente, la ordenación legal, que debe irse elaborando de acuerdo con las exigencias reales de cada asunto y experimentando progresivamente dentro de las varias circunstancias de lugar, tiempo y personas.

Prueba manifiesta de la congruencia y de la eficacia de esta tarea nos la ofrece el mismo editorial de «Ecclesia». Refiriéndose a la intervención del Estado en la Prensa, resume su criterio en estos dos puntos: «¿Cuáles son—se pregunta—las armas legítimas del Estado en este terreno? El periodismo—contesta—no deben ejercerlo sino quienes acrediten su competencia y su moral. Reconocido el derecho a quien lo tenga, deberá concedérsele libertad, lo cual no es óbice para que se regule el ejercicio del periodismo.»

«Por su parte, las personas físicas o jurídicas que editen periódicos deberán acreditar determinadas exigencias o condiciones, y, con ellas, la independencia necesaria frente a toda presión interesada y partidista, oficial o privada, nacional o extranjera.»

Es, por lo tanto—según «Ecclesia»—, una facultad del Estado y, al mismo tiempo, una obligación garantizar a la sociedad que quien ejerza el periodismo reúna y mantenga a lo largo de su ejercicio profesional las condiciones de competencia y moral. Estas condiciones ha de acreditarlas ante la autoridad—que es la tutora del bien común—y solamente quien las acredite puede tener derecho a la debida y justa libertad. También estas y otras garantías han de obrar en manos de la autoridad por lo que se refiere a las personas físicas o jurídicas que editen periódicos.

Estos dos puntos son exactamente otros dos de los pilares sobre los que descansa la doctrina de la información razonada por el señor Arias Salgado en sus discursos. Las consecuencias concretas de estas exigencias y condiciones reclamadas por «Ecclesia» y de estas facultades, que concede a la autoridad en nombre del bien común, las expone el Ministro con estas palabras: «Por nuestra parte, mientras desentrañamos y divulgamos la doctrina española de la información, condición previa de una ley de Prensa más perfecta que no invida dentro del planteamiento liberal de la cuestión, preparamos disposiciones, que, contrastadas en la realidad y experiencia diarias, han de plasmar en su día en el Estatuto de la Información. Vigente ya el derecho de rectificación, y mientras están preparados los Estatutos de la Prensa infantil y el Estatuto de los directores, y en estudio el de las Empresas periodísticas, buscamos la manera de auxiliar con ayudas vitales a los periodistas y escritores que, habiendo alcanzado fama y honor en el servicio, merecen un seguro descanso por estar tocando ya los últimos límites de la madurez.»

«La independencia del director ha sido tutelada en España por una disposición vigente de cuya significación y trascendencia han de derivarse en el futuro consecuencias muy importantes. El contrato civil con la Empresa sitúa al Director en un plano de seguridad e independencia que hasta la fecha no era con regularidad alcanzado. Amparada la independencia y seguridad del Director, depositario al mismo tiempo de la confianza del Estado y de la Empresa, la figura jurídica de su función adquiere hoy un rango y una categoría que trasciende lo puramente privado. No es funcionario público ni está sujeto, por tanto, a escalafón o Reglamento administrativo del Estado, pero participa con toda la extensión que le es necesaria de la función rectora que la dignidad de su función exige y reclama.»

Están, por consiguiente, en vías de estudio y consulta precisamente las medidas que se deducen de las ideas apuntadas por «Ecclesia» y anteriormente citadas. La orientación y los fundamentos racionales de estas medidas quedan perfectamente

esbozados en estas otras palabras del señor Arias Salgado: «No queda con esto disminuida la importancia y el fuero legal de las Empresas periodísticas (cuyo Estatuto, como es decía antes, está en estudio), pues el Estado, absolutamente consistente de que es necesario que la vida de la Empresa sea pujante y vigorosa y que ésta debe de ser amparada, protegida y defendida, estima que la figura del director, tal como la venimos configurando en España, es el vínculo natural y humano que enlaza los intereses legítimos privados de una entidad con los intereses del bien común, que han de cuidar, promover e impulsar los órganos del Estado y de la Autoridad.» Es decir, la independencia legítima que propone «Ecclesian» y la coordinación imprescindible, que reclama el bien común. «Estado y Prensa—dice el Ministro—no son dos factores antagónicos, sino que ambos se complementan y necesitan mutuamente por la coincidencia de su fin principal, el bien común nacional, por el conjunto de deberes que le son comunes en función del bien de la sociedad y de la persona, al que ambos han de servir, sin detrimento del interés justo, privado y particular. En nuestra doctrina de información, el mando es céfalo: orienta la Empresa, mediante el director por ella propuesta; orienta el Estado, mediante el director por ella aceptado.» Es decir, las Empresas y los periodistas han de acreditar ante la autoridad aquella competencia, aquella moral y aquellas condiciones a que se refería «Ecclesian».

II

Y este es el momento en que hemos de considerar otras sugerencias aportadas por «Ecclesian» en su editorial y que afectan a cuestiones que, a su juicio, están menos elaboradas en los discursos del Ministro de Información. Las concreta en estas dos preguntas: «¿Qué parte corresponde a la opinión pública en orden a la verdad y el bien común? ¿A qué bases jurídicas ha de atenerse el diálogo entre la opinión pública y el poder constituido?»

La respuesta que formula «Ecclesian» comprende los aspectos siguientes:

- 1.º «Opinión pública es—según palabras de Pío XII— el patrimonio de toda sociedad normal, compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad de la que forman parte. Ella es, en todas partes, en fin de cuentas, el eco natural, la resonancia común más o menos espontánea de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.»
- 2.º «La opinión pública, así entendida, es un bien de la sociedad normal. Su corculación desde arriba atentaría contra los derechos de la persona humana y contra la dignidad del periodista y su no existencia desde abajo acusaría un vicio aún más grave de la sociedad.»
- 3.º «La colaboración de esta opinión pública verdadera corresponde a las minorías de hombres con rectitud de ideas y de sentimientos y no a la masa, ya que ésta en el mundo de hoy es, por lo común, un simple caldo de cultivo donde los más osados ensayan sus sistemas fácilmente, aprovechando los inmensos resortes de la técnica.»
- 4.º «En cuanto a captar y reflejar esta verdadera opinión pública, alcanza a la Prensa una incalculable responsabilidad, y la misión del periódico en este terreno es de estricto y altísimo servicio.»
- 5.º «Si la auténtica opinión pública ha de gozar de libertad para desarrollarse, la Prensa deberá compartir idéntico derecho siempre que no atente contra el bien común.»
- 6.º La libertad de Prensa puede ser coartada no sólo por el Estado, sino también por presiones económicas de Empresas editoriales, por corrientes políticas de partidismos apasionados u otras fuerzas subterráneas, presiones todas ilícitas.»
- 7.º «Si la opinión pública pierde mesura y límite hasta hacer ingobernable a un país, dejaría de ser tal opinión para pasar al griterío demagógico, con la consiguiente pérdida de derechos.»
- 8.º «Gobierno y opinión pública son dos partes de un diálogo. Ninguna de ellas son infalibles ni son impecables. Por lo tanto, hay que aprovechar las razones de las dos como sumandos valiosos para unas conclusiones lo más cercanas a la verdad y al bien común. Este diálogo no menoscaba los derechos de la autoridad. No obedecerla porque su dictado discrepe de nuestro parecer será elevar la opinión a rebelión.»

9.º «La Prensa ha de divulgar y apoyar los actos justos del gobernante. Sin embargo, éste y el bien común no resultan menos servidos cuando, gracias al diálogo, se cierra el paso a la injusticia o al error.»

Creemos que ahora lo procedente es recoger también en puntos concretos el pensamiento expuesto por el Ministro de Información sobre la naturaleza, concepto exacto y función natural de la opinión pública y sobre los derechos y deberes que en este orden corresponden a la Prensa. Intentamos resumirlo en los siguientes apartados:

1.º «Cuando se habla de opinión pública se olvida que opinión es el asentimiento de la mente con temor de errar, en contraposición a certeza, que es el asentimiento firme de la mente sin temor alguno a equivocarse. Por tanto, erigir la opinión, aunque sea pública, como lo hace el liberalismo, en un imperativo terminante, en un mandato definitivo, en un aserto, sin temor de errar, es convertir de hecho la opinión en certeza, con todos los inconvenientes que encierra tomar como estable lo que es por naturaleza movetizo y dudoso.»

Aunque éste es el arranque filosófico de la palabra opinión, reconocemos, sin embargo, el grado de certeza moral que puede alcanzarse en determinadas circunstancias lo que se llama opinión pública o mejor opinión nacional.

2.º «Los vocablos y el concepto opinión popular, opinión nacional «son términos más adecuados, porque la nación o el pueblo existen, mientras que el público no es más que una ficción que surge o se desvanece en un momento dado.»

3.º «Existe una definición de lo que es la opinión pública y que nosotros hemos calificado como opinión nacional. La expuso el Sumo Pontífice reinante: «Es el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad de que forman parte. Ella es en todas partes, en fin de cuentas, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.» Sociedad normal quiere decir una sociedad sujeta a normas y cuyas manifestaciones vitales se repitan y continúen de manera congruente y normal.»

4.º «Actualmente, en casi todos los países, hay gentes que están desarraigadas de la normalidad y que pertenecen por su pensamiento, su disciplina y su conducta a otras sociedades. En ellos no puede darse aquella resonancia común ni en sus espíritus ni en sus juicios. Estos forman parte de la masa y, por consiguiente, no de la sociedad normal. Por lo tanto, su opinión no puede integrar la verdadera opinión nacional.»

5.º «El que la opinión no sea expresada por la sociedad ni tampoco formada por el público, sino formada y expresada por minorías, constituye la más clara contradicción interna de la democracia inorgánica y liberal, aun con el hombre medio como sujeto y objeto de los órganos motores de la opinión pública.»

6.º «A los íntimamente ligados a la comunidad y dotados de conciencia, de responsabilidad y de vinculación con el bien común, siempre poco numerosos y cada vez más raros, es a los que se les confía el encargo de crear la opinión, porque—se pregunta con Pío XII—¿se atrevería alguien a decir con seguridad que la mayoría de los hombres son aptos para juzgar, para apreciar los hechos, de suerte que la opinión sea guiada por la razón?»

7.º «Aun suponiendo las mejores condiciones—agrega con el Sumo Pontífice—, la opinión pública no es, sin embargo, infalible ni siempre absolutamente espontánea.»

8.º «Cuando se analiza con serenidad lo que la verdadera opinión pública representa en la vida del país se llega lógicamente a la conclusión de que ésta no es ni puede ser otra cosa que uno de los medios a través de los cuales los ciudadanos participan de algún modo en la gestión de la «res pública». Ahora bien, participar en la gestión de los intereses públicos no supone que lo primero sea la facultad de crítica. Antes está el deber de cooperación, la facultad de aportar criterios solventes y responsables para la mejor administración de los intereses comunes, deber que generalmente se olvidó se incumple.»

9.º «La crítica y la oposición, como único cometido de la opinión pública, engendrará fácilmente en el pueblo la creencia de que toda responsabilidad

dad, todo esfuerzo, todo lo que represente acción positiva, ha de cargarse sobre las espaldas del Estado. La opinión pública ha de ser un gran acumulador de afanes de cooperación, un órgano consultivo cuyos pronunciamientos pueden servir de orientación a los que gobiernan, un sistema de señales que no pueden despreciar los Poderes públicos, una de las partes del diálogo que facilite esa tan necesaria simbiosis entre las esferas de mando y los ciudadanos, un instrumento de frenos morales para cuantos integran la comunidad, para individuos, instituciones y Estado; un medio de participación del pueblo en la gestión del quehacer nacional, en la defensa y administración de la «res pública», del bien común nacional. Un órgano de orientación y un termómetro de la temperatura moral del país.»

Es del máximo interés caer en la cuenta de la sustancial diferencia que existe entre opinión pública y gestión del bien común. Aquella, cuando es recta, colabora, pero no es directamente responsable; quien gobierna, quien interviene desde el mando en la gestión de la «res pública», siempre asume la responsabilidad de sus actos.

10. «La proyección y manifestación libre del individuo en la vida social, económica y política y la presencia efectiva del Estado en lo político, social y económico, son términos, no de una antítesis, sino de un binomio, cuya resultante es la comunidad política soberana, la sociedad natural y perfecta.»

11. «La Prensa que ha de formar y orientar a la opinión pública requiere un margen de independencia con relación al Estado, no puede ser corporativamente un mero órgano de éste. El Estado no puede avasallar ni absorber la personalidad y funciones de las instituciones, que constituyen la estructura y los órganos de la vida social, pero ninguna entidad privada, natural o social, puede, apoyándose en lo que cabría denominar fuero de la institución, alzarse con toda ni con parte de la soberanía que, por ley natural, ostenta el que gobierna legítimamente y conforme a ley. El Estado no puede convertir la Prensa en un órgano de la Administración pública. Pero tampoco la Prensa puede ser un poder al margen de toda obediencia al Estado ni un instrumento de grupos, sino un órgano de los intereses de la sociedad.»

12. «Cuando se producen divergencias o disparidad entre las aspiraciones o pensamientos del pueblo y las directrices seguidas por los gobernantes, no sería juego limpio silenciar las razones en que éstos apoyan sus criterios. Las razones concretas en que se apoyan las orientaciones y directrices de una gestión política no siempre deben ser opuestas a la opinión pública, pues tal vez su difusión puede malograrlas. Por principio ha de concederse al gobernante un amplio margen de confianza. Nunca debe olvidarse que la opinión pública está, por su propia naturaleza, sujeta a límites y a normas morales que no pueden rebasarles.»

13. «Pero mientras el bien común nacional no sufra detrimento por la manifestación pública de los distintos pareceres, esta manifestación ha de estar amparada y aun estimulada por el Poder público. Aun cuando también parece evidente que si, por razones de mayor bien común, llegará el momento en que fuera necesario o conveniente que los Poderes públicos se pronunciaran, éstos están obligados a hacerlo, y es deber de la autoridad el exigir el cumplimiento de su voluntad ordenadora.»

14. «Estimamos que debe ser obligatorio en conciencia para los súbditos ajustarse a lo que la autoridad ordena, siempre que no se trate de una ordenación manifiestamente lesiva del bien común nacional, de los derechos inalienables del individuo o de las instituciones naturales. Ya San Pablo dijo: «Toda alma se someta a las autoridades superiores. Porque no hay autoridad que no sea instituida por Dios, y las que existen, por Dios han sido ordenadas. Así que el que se insubordina contra la autoridad se opone a la ordenación de Dios, y los que se oponen, su propia condenación recibirán. Porque los magistrados no son objeto de temor para la buena acción, sino para la mala. ¿Quieres no tener a la autoridad? Obra el bien y obtendrás con ella elogios; porque de Dios es ministro respecto de ti para bien. Mas si obrares mal, teme, que no en vano lleva la espada; porque de Dios es ministro, vengador para castigo del que obra el mal. Por lo cual fuerza es someterse no ya sólo por el castigo, sino también por la conciencia. Que no sólo también pagáis tributos, ya que

funcionarios son de Dios, asiduamente aplicados a ella. Que por eso pagáis tributos, ya que funcionarios son de Dios, asiduamente aplicado a eso mismo. Pagad a todos las deudas: a quien contribución, contribución; a quien impuesto, impuesto; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor.»

Así habló Pablo a los fieles de Roma siendo Emperador Nerón, perseguidor de Cristo y de sus miembros, y, sin embargo, para ellos no fué oscuro su pensamiento. En ellos nos habló también a nosotros, gobernados hoy afortunadamente por una Autoridad cuya legitimidad de origen y de ejercicio está avalada por los títulos más limpios, más indiscutibles y más ejemplares.»

15. «Las limitaciones que pesan sobre la Prensa en el ejercicio de su libertad provienen de que se trata, no de la mera libertad de expresión, sino de la «libertad de divulgación», que hacen referencia a esferas reales y jurídicas distintas. Existe una esfera individual a la que corresponden unas facultades individuales y, por tanto, una libertad individual. Es necesario que esta zona no sea invadida por el Estado si no queremos caer en el Estado comunista que priva a la persona humana de su dignidad, si no queremos cegar la fuente del espíritu, de la responsabilidad y la iniciativa privada. Por otra parte, sólo el Estado comunista policíaco y tiránico, que utiliza el terror como instrumento permanente de gobierno, puede con relativa eficacia dirigir y regular estas manifestaciones privadas del individuo, absorbiendo a la larga de hecho su personalidad en la personalidad única del Estado. Existe una esfera social, y en ella el hombre, al ejercer su libertad, ejerce unas facultades sociales cuyo ámbito incide en el área pública, que lógicamente ha de estar vigilada y regulada por la autoridad. Y éste es precisamente el caso en que se encuentra la información.»

Una comparación sincera y completa entre el esquema ideológico del Ministro de Información y el esquema ideológico de «Ecclesia», antes reseñado, pone de relieve la identidad de las bases ideológicas de ambos, identidad natural y lógica, pues del señor Arias Salgado son también estas terminantes afirmaciones: «El Estado español entiende que la prosperidad pública no es un bien material únicamente, sino un bien material y moral a la vez, que está naturalmente subordinado al fin supremo del hombre. El Estado español entiende que, al encontrarse el hombre elevado al orden sobrenatural, corresponde, en este orden, el cuidado de las cosas religiosas, a la Iglesia fundada por Cristo a la que El encomendó la defensa y propagación del depósito de la fe.

«Esto que dicho está y ordenado para todos el Estado español, concreción política de un pueblo íntegramente católico, tenía que aceptarlo lo aceptó y lo acepta gustosamente hasta las últimas consecuencias. Integra e intangible permanece la soberanía del Estado en lo que a él exclusivamente concierne. Pero en las cuestiones puramente espirituales proclama como consecuencia directa de su catolicismo, la plena soberanía de la Iglesia, y en las cuestiones mixtas que, siendo temporales, afectan indirectamente al orden dogmático o moral, entiende que ambas potestades han de proceder de común acuerdo para regularlas en perfecta armonía, reconociendo, a este respecto, los derechos que ostenta la Iglesia, nacidos de la preeminencia de su fin espiritual.

«Esta proclamación lleva consigo la plena aceptación de la doctrina de la Iglesia, en orden al núcleo de cuestiones y problemas culturales, sociales y religiosos, que implican las llamadas libertades civiles, entre las que se cuentan, naturalmente, la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad de Prensa, hoy propiamente libertad de Información.»

Esta identidad se acusa también en las consecuencias, aunque, como es lógico, la experiencia, el conocimiento realista de los hechos y la dedicación permanente del Ministro a estas cuestiones son factores que se acusan de modo especial y siempre beneficiosamente en las aplicaciones y puntualizaciones más concretas que hace de aquellos principios.

III

Existe, no obstante, un punto del editorial de «Ecclesia» en el que es obligado detener este examen. «La censura—dice—como medida de excepción, entra en las atribuciones del Estado siempre que no sea arbitraria.

«Es más, no rechazaríamos la censura si ésta se limitase a garantizar lo que establece el ar-

ticulo 12 del Fuero de los Españoles, esto es, "que todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado", que deberían de establecerse concretamente en la Ley de Prensa.»

Creemos que el sentido y la interpretación recta de estos párrafos es la siguiente. Primero: Se reconoce que el Estado tiene facultad de suspender las que se denominan garantías constitucionales y el ejercicio de las llamadas «libertades civiles», en circunstancias excepcionales y casos de emergencia. Esto se halla también recogido en el artículo 35 del Fuero de los Españoles, pues dice textualmente: «La vigencia de los artículos 12, 13, 14, 15, 16 y 18 podrá ser temporalmente suspendida por el Gobierno total o parcialmente mediante Decreto-Ley, que taxativamente determine el alcance y duración de la medida.»

Segundo: «Ecclesia» no rechaza la censura previa, como facultad legítima y permanente del Estado, si se garantiza el contenido del artículo 12 del Fuero y siempre que esta censura sea limitada y reglamentada. Según «Ecclesia», y dentro del sentido expuesto, no se puede negar al Estado el derecho a ejercer esta facultad, no sólo en los casos de emergencia, sino de modo permanente. No se discute, pues, el derecho ni el que sea facultad permanente. Lo que es opinable es la extensión, oportunidad y limitación de la misma que, como es natural, ha de estar en función de las circunstancias de lugar, tiempo y personas. Ya decía también el Ministro: «No cabe, por tanto, negar esta facultad a un Estado católico «de iure» y «de facto» porque los valores dogmáticos y morales que presiden sus actos son una garantía del buen uso y ejercicio de esa facultad.»

«Cabe negársela al Estado ateo y al Estado laico y agnóstico, porque al no tener otro límite que la suprema razón del Estado, el abuso y la arbitrariedad para con la sociedad y la persona convertirían en norma el ejercicio despótico de esa facultad. Pero al Estado católico esta facultad le corresponde en virtud de su propia misión y de su propia naturaleza.»

De no ser éste el sentido e interpretación recta de los párrafos de «Ecclesia» a que ahora nos referimos, surgiría una serie de objeciones que recogemos a continuación:

«Ecclesia» dice: «La censura, como medida de excepción, entra en las atribuciones del Estado siempre que no sea arbitraria.» Desglosada la frase de las que le siguen, en esta afirmación parece estar contenida implícitamente otra que puede formularse así: «La censura previa, como procedimiento y facultad permanentes del Estado, no es lícita.» He aquí una tesis que, tomada en todo su alcance, no creemos que pueda proponerse como doctrina expresa de la Iglesia, sino, a lo sumo, como opinión de algunos sectores dentro del pensamiento católico, y que aplicada a otros medios informativos y de divulgación—cine, radio, teatro, libros, etc.—daría lugar a unas consecuencias gravemente dañosas para la moral y la formación recta de la opinión pública, al no disponerse de la censura previa y, por tanto, de los procedimientos preventivos. Es obvio que constituye una obligación para el Estado «prevenir el mal social», obligación a la que son correlativos los medios procedentes para evitar, en cuanto le sea posible, la consumación de dicho «mal social».

«Ecclesia» escribe también que «Su Santidad Pío XII en su discurso del año 1950 a los periodistas católicos, recordó la necesidad que había en la misma Iglesia de no ahogar la opinión pública en materias opinables». Consideramos que nos hallamos ante una de estas cuestiones opinables. Las autoridades que la consideran totalmente lícita y como facultad permanente del Estado católico son numerosas y de indiscutible categoría.

Ya en otras ocasiones hemos recordado lo que en una Carta Pastoral del cardenal Dalla Costa, que mereció los honores de ser reproducida íntegra por «L'Osservatore Romano», se dice acerca de la censura previa estatal. «Nadie puede afirmar —escribe el insigne purpurado— que sea más seguro castigar el error y la culpa, cuando han sido conocidos, que impedir que se lleguen a cometer. La censura que previene excluye toda clase de procesos con todos los inconvenientes que los acompañan: el debate, la defensa, las apelaciones, las condenas, las multas, la cárcel. Todo esto es excluido por la censura preventiva. Además, la libertad de Prensa, tal como hoy se entiende, pone al mismo nivel a to-

das las religiones y a las doctrinas más opuestas, la verdad y la falsedad, el bien y el mal; supone que todos son capaces de adoctrinar sobre cualquier cosa, que todos son capaces de aprender cualquier cosa, lo que es el summum de lo absurdo.»

El padre Taparelli, cuyo prestigio y autoridad nadie puede poner en duda, se pronuncia así también en este tema: «Ciertamente, la censura, como todo otro tribunal y todo otro medio social de perfección, debe ser desempeñada por personas íntegras, bajo leyes bien pensadas y bajo inspectores vigilantes... Pero querer abolirla porque le falten esas condiciones, es matar para curar, teoría médica muy usada por ciertos políticos de hoy.»

Por su parte, el padre Guenechea, S. J., profesor de Derecho Político en la Universidad Gregoriana, después de afirmar que es mejor prevenir que castigar y de rechazar algunos sistemas y arbitrios escogidos para obtener sin censura los mismos resultados positivos que con ésta, resume así su juicio: «La censura previa no carece de inconvenientes. Sin embargo, parece que debe ser aceptada moderadamente, al menos en las cosas de gran importancia, teniendo siempre en cuenta las circunstancias de lugar, tiempo y persona.»

Una sola consecuencia queremos deducir ahora de todo esto: no supone ninguna desviación doctrinal mantener que la censura previa es una facultad que corresponde de modo permanente al Estado católico, que por su naturaleza y fines tiene en este orden deberes superiores y por lo mismo también derechos superiores a los del Estado agnóstico, aunque esta facultad deba reglamentarla o limitarla, atendidas las circunstancias de lugar, tiempo y persona, aunque esta facultad pueda o deba, de acuerdo con dichas circunstancias, no ejercerla directamente o simplemente no ejercerla.

Así hemos de estimarlo además por cuanto en el editorial de «Ecclesia» leemos: «Es más: no rechazaríamos la censura si ésta se limita a garantizar lo que establece el artículo 12 del Fuero de los Españoles.» Ni esta aceptación condicionada sería admisible si en la doctrina general de la Iglesia estuviese expresa o implícitamente repudiada como lícita la dicha censura previa.

En apoyo de la condición, en virtud de la cual «Ecclesia» aceptaría o no rechazaría la censura previa en España, aporta unas palabras del emi-

ESTA A LA VENTA

EL NUMERO 35 DE

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA

CADA MES: 10 PESETAS

Administración: Pinar, 5, Madrid

LEA EN ESTE NUMERO
DOCE SONETOS
-- De Vicente Gaos --

y otros poemas de Eduardo Zepeda
Henríquez, Sebastián Sánchez Juan,
Mariano Roldán, José Córdoba Trujillano,
José Luis Gallego, E. Gutiérrez Albelo
y Rogelio Buendía.

nentísimo Cardenal Primado. En su instrucción pastoral del 16 de junio de 1950, decía así el arzobispo de Toledo: «Enseña, Santo Tomás de Aquino que todas las virtudes morales consisten en el medio, y por ello es sumamente deplorable que no se quiera reconocer que entre las libertades de perdición, el desenfrenado libertinaje de la Prensa para el engaño y la corrupción del pueblo, condenado siempre por la Iglesia y el estatal totalitarismo de la Prensa, existe el justo medio de una responsable libertad de Prensa, propia de una sociedad cristiana y civilizada que es el que defiende el cristiano Fuero de los Españoles (artículo 12), que no es un programa académico para que rijan en futuras generaciones, sino una ley declarada básica en la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado refrendada por un plebiscito nacional.» Dos extremos condena el Cardenal: el libertinaje desenfrenado de la Prensa y el totalitarismo estatal, condenación que, gracias a Dios, no afecta a la Prensa española en los momentos actuales ni al Estado español, que es de iure y de facto un Estado católico. Propugna el Cardenal una «responsable libertad de Prensa». Ahora bien: ¿puede afirmarse, en principio, que esta responsable libertad de Prensa es sustancial y prácticamente imposible con la existencia de una censura previa, ejercida con rectitud de intención y sólo en servicio de la salud de la misma Prensa y del bien común nacional?

Consideramos dignas de un detenido examen las palabras que el Ministro de Información pronunció en su discurso de Barcelona a este respecto: «Conviene puntualizar que el ejercicio y la facultad más delicados que un Estado católico, como el español, posee en orden a conseguir una responsable libertad de información, que es la consulta previa, no tiene en última instancia más explicación que la de hacer compatible el bien común y la libertad de criterio de cualquier periodista, impidiendo que prevalezcan esos criterios cuando no se ajusten a lo que piden la verdad, la doctrina de la Iglesia o los intereses o conveniencias de la comunidad, que son a los que se debe, ante todo, el periodista. Se trata, pues, más que de una acción que elimina la libertad de criterio o redacción, de una función preventiva de cooperación armónica y tutelar del bien común. El Estado español entiende que la estricta neutralidad del poder público frente al uso que se haga de estos instrumentos de difusión puede ser quizá un acto de impotencia, pero nunca será la defensa de la recta y auténtica libertad de información. Más que los instrumentos periodísticos, son hoy las grandes agencias informativas internacionales las que dominan y controlan y administran la noticia, el mercado de la noticia. Representaría por parte del Estado un verdadero desamparo de los órganos informativos y de los intereses de la comunidad que le están confiados, no habilitar los procedimientos lícitos más adecuados que están a su alcance para vigilar en su territorio la acción de esos fabulosos trusts que son dichas agencias. Ante un poder de amplitud internacional, ¿puede el Estado mantenerse inerte y abandonar a la Prensa de su país a un posible coloniaje?»

Sobre estas previsiones marcha y se desenvuelve

de hecho y de derecho la política de Prensa en España, bajo una reglamentación cuyo perfeccionamiento representa uno de los objetivos estables a cuya consecución ha invitado a todos insistentemente el Ministro en sus discursos.

«Ecclesia» toca a continuación otros aspectos. «Una cosa es —dice— la censura y otra las llamadas «consignas», mediante las que se obligue a los periódicos a presentar como propia la opinión de los gobernantes, cosa distinta del derecho del Estado, mientras lo primero creemos que atenta a los derechos de la persona humana.» También nosotros creemos que atenta a los derechos de la persona humana obligar a decir a un escritor, con su firma, lo que no quiere decir. No estimamos, sin embargo, que atente contra los derechos del director y de las empresas periodísticas el que el Estado pueda urgirles el deber de bien común de no silenciar acontecimientos de carácter nacional, social o político, dejándoles siempre la debida libertad de redacción y de exposición. Cuando los directores y las empresas fallen en el cumplimiento de estos deberes, opinamos con «Ecclesia» que el Estado tiene derecho a disponer de espacio en los diarios para publicar notas y comentarios, cuyo origen pueda ser conocido por los lectores.

No hay duda que algunos de estos aspectos y otras muy importantes cuestiones no están totalmente elaborados. Estamos en ello de acuerdo también con «Ecclesia». Deber es de todos cooperar en tan nobilísima tarea. El Ministerio, por su parte, trabaja intensamente en ello. Ya en Alicante, decía el Ministro de Información: «A causa de esta caracterización de los problemas informativos, la política del Ministerio prefiere ir abordando, en disposiciones especiales, los casos y cuestiones que admiten una clara regulación. La existencia de la Ley de Prensa de 1938 nos permite elaborar los supuestos doctrinales y recorrer este camino de perfeccionamiento con la seguridad, el sosiego y la calma que requiere el hallazgo de soluciones permanentes o estables. Cuando dicha labor esté suficientemente adelantada habrá llegado la ocasión de codificar en un Estatuto más completo y perfecto las disposiciones previamente ensayadas y contrastadas por la experiencia.» Buscamos la verdad y con la humildad debida exponemos las razones que creemos queden conducirnos a su descubrimiento. Ninguna intención partidista mueve nuestra voluntad, impulsada única y exclusivamente por el afán de servir lo más recíamente posible a la persona humana y al bien común nacional. Como hijos sumisos de la Iglesia queremos, en todo momento, sentir con ella y sometemos siempre nuestro juicio a la decisión de la Jerarquía.

Nunca hemos pretendido que nuestro preceer sea injalible ni, por tanto, independiente de las enseñanzas sobre moral y dogma de quienes tienen el deber y la facultad de comunicárnoslas en nombre de Cristo. Es ciertamente un consuelo que en nuestra Patria no sólo no tengamos vigencia «ni la Prensa anticatólica ni la abiertamente pornográfica», sino que sea positivamente católica y socialmente moralizadora.

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

SIDEESEA CONOCER

POESIA
ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS.
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

CONVERSACION CON EDGAR NEVILLE EN EL NACIMIENTO TEATRAL DE

"ADELITA"

**"EL TEATRO ES CADA VEZ
MAS UN ESPECTACULO
DE GENTES CON FORMA-
CION INTELECTUAL"**

**"EL HUMOR ES UN
ESTADO DE ESPIRITU"**

Observaciones en la
noche del estreno



A las veintidós horas y veinticinco minutos del viernes, 14 de enero, Conchita Montes salía del teatro de la Comedia de Madrid. Faltaban exactamente treinta y cinco minutos para que comenzase la representación primera de «Adelita», la recién escrita obra de Edgar Neville. Conchita ha abierto la portezuela de su coche, ha puesto en marcha el motor y ha arrancado. Recorrió la calle del Príncipe, salió a la carretera de San Jerónimo, subió por la calle del Prado hasta la plaza de Santa Ana, entró otra vez en Príncipe y paró, unos metros tan sólo, antes del lugar donde estaba aparcado.

—Había salido con el propósito de cambiar el coche de sitio—explicó luego la actriz.

Los nervios la hicieron volver, inconscientemente, al mismo punto de partida.

Conchita, maquillada, pero todavía sin vestirse, con el traje blanco que sacará en el primer acto, habla del tiempo que tardó en ensayar la obra.

—No se da uno perfecta cuenta de cómo pasa el tiempo. Siempre se cree que se acabará, y cuando llega este momento nos gustaría que aun faltasen dos o tres días, por lo menos.

Un botones entra con una moderna cesta de metal, en la que vienen dos botellas de champán. Son regalo de Carlos López.

—Dígale a don Carlos que me han gustado horrores.

Ha sonado la hora de vestirse. Luz, su joven ayudante, comienza la operación. Desde dentro del subcuarto interior, paré por medio, Conchita dice las últimas palabras:

—Tcdo es difícil, todo es difícil...

Ya se han oído los tres timbrazos clásicos en el vestíbulo. En ese momento pasa corriendo, hacia su camerino, Gerard Tichy, el actor alemán de cine, que va a interpretar en España su primera obra de teatro.



Arriba: Conchita Montes, intérprete de «Adelita».—Abajo: La primera actriz del teatro de la Comedia sonríe ante los «piropos» de López Rubio, Valeriano León y Ruiz Iriarte

Ya está el primer acto en marcha. En escena, Pedro Porcel y Rafael Alcónso: dos viejos impecables que en la realidad no lo son. Entre bastidores, nadie. Sólo los tramoyistas, el traspunte, los actores y Rosa María Vega. Rosa María es la novia, de verdad, de Fernando Guillén. Fernando Guillén es, en la obra, Tonito, el marido de Adelita. Pero su novia, la novia de Fernando, está allí, silenciosa, apoyada en un muro, escuchando, aunque ya las conoce, las palabras.

—Yo creo que «Adelita» es más comedia que «El baile»—dice Fernando, y luego, dirigiéndose a su novia, observa:—Está más nerviosa que yo.

—Yo, cuando salga él, me voy arriba.

Y Rosa María se fué, porque Tonito entró en escena.

Desde dentro, atisbando por una ventana de la decoración, Marbel, el modista que ha diseñado los modelos que exhibe Conchita Montes en la obra, se fija en la escena. Porque ya ha en-

trado la primera actriz. Luce una especie de vestido de noche con reminiscencias griegas, de jersey de seda natural blanca. Las señoras de la sala lo consideraron un acierto.

Don Tirso Escudero, con un nardo en la solapa, pasea silencioso fumando un puro.

Conchita acaba de hacer mutis. Palmotea y exclama:

—Esto va bien, esto va bien...

Luego pide un vaso de agua. No hay ni vaso ni agua y se le va a buscar. Entra otra vez en escena. Sale y se bebe, de un tirón, el fresco líquido.

—Que me tengan preparado otro.

Guillén ha acabado su misión en este acto. Y secándose el sudor, el gran sudor que corre por su cara, dice:

—¡Ya se acabaron los nervios! Hay que gritar como un demonio...

En el muro, apoyada, Rosa María le aplaude.

En escena está ahora Mercedes Albert, la dama gris, la

muerte. Se va a llevar para siempre al más viejo, a Rafael Alonso. Las palabras van y vienen emocionadas, tensas, sobrecogedoras. En el mutis hay ovación cerrada; unas frases más tarde termina el primer acto.

Edgar Neville, que hasta ahora permaneció oculto, sale con los actores a recibir y agradecer los aplausos. Cuando el telón se ha quedado quieto hay abrazos de todos para todos.

«Adelita» va para arriba como la vida.

EL CUARTO ACTO DE «EL BAILE»

Entran a felicitar a Neville amigos y conocidos de antes y de ahora. Para todos Edgar Neville tiene dos explicaciones. La una es escueta:

—Gracias.

La otra amplía, aunque poco, la primera:

—Este es el cuarto acto de «El baile». Pero donde tengo seguridad es en el tercero.

Rafael Alonso y Pedro Porcel, vestidos todavía con el traje de etiqueta del acto primero, se aprestan a ver quien es más joven de los dos. Porcel: cuarenta y cuatro años; Alonso; treinta y cuatro. Ambos se abrazan y Porcel dice a su compañero:

—Ten cuidado, no te lleves la pintura... Ya te la llevaré.

Alonso no se fija, está contento y exclama:

—¡Eres un «salao»! ¡Así se hace!

—¡Somos unos viejos «salao»! Un cigarro. ¿Quién tiene un cigarro?

Los tramoyistas han tardado en cambiar el decorado once minutos justos. Mientras, los amigos de Conchita Montes y de Edgar Neville felicitan, hablan, ríen y se abrazan. Los carpinteros clavan, colocan muebles, bajan decorados y cambian el escenario. Entre todos hacen el efecto de una obra rápida que tuviera revueltas las escenas.

Otra vez se ha quedado el escenario, por entre bastidores, vacío, sin gente espectadora. Marbel continúa en su mismo lugar, a pie firme, sin moverse. Edgar Neville, desde el lado del camerino de Conchita Montes, sigue, callado, la representación. Mercedes Albert se ha desvestido y baja, en bata, desde su cuarto al escenario. En el segundo acto no trabaja. Conserva el tocado de plumas de gallo que, sobre sus rubios cabellos, le dan un aspecto de muerte estilizada, de muerte moderna y coreográfica con la que es bueno y agradable bailar el «ballet» de la despedida, aunque el último fuera.

Gerard Tichy ha entrado en escena. Viste un traje azul oscuro, con leves rayas verticales, impecable.

Conchita Montes luce un modelo, de calle, nuevo. Rafael Alonso se fué con la dama gris y Tonito—Fernando Guillén—lleva un Jersey de los de ahora, de los de rayas coloradas y blancas en el cuello. Siguen las risas en el público, las risas sinceras y espontáneas. El fino humor de Edgar Neville, llevado con maestría, ha conquistado a los espectadores.

La dama gris—vestida con su

bata rosa—se ha marchado:

—Un momentito, me voy a vestir.

Terminó el acto segundo con resultado igual al primero. Después de las reverencias, Neville se dirige a Gerard y le felicita. Y, luego con los que entraron, comenta:

—Es un actor formidable. El domingo le dimos el papel y se lo ha aprendido en cuatro días.

Marisa de Leza, Casanova, Mihura, Zumel, Ruiz Iriarte, Joaquín Calvo Sotelo, Fernando Fernández de Córdoba y Buero Vallejo se alegran, con Neville, del buen rumbo de la obra. Valeriano León se dirige al camerino de Conchita. Y, a ella, dice:

—¡Qué valiente es escribiendo! ¡Y qué corazón tiene! El segundo me gustó muchísimo.

Alonso y Porcel abrazan a Valeriano. Trío de ases se llama la figura.

EL ESCENARIO SE LLENA DE GENTE

El tercer acto está terminando. Conchita Montes ha corrido a cambiarse el amplio vestido de lunares blancos sobre fondo azul fuerte, para la escena final. Antes, un vendedor de lotería preguntó, entre los mismos telones, quién quería la suerte. Gerard Tichy, cuando termina su última escena, da un salto y viniendo hacia Luz, la ayudante de Conchita, exclama contento:

—¡Se acabó!

Frotándose las manos, se pone a mirar, entusiasmado, la última sensacional aparición de la actriz.

La compañía, con el autor en medio, saluda. El tercer acto, como se dijo, resultó bueno. Antes de que lleguen, otra vez, los amigos, todos los personajes se abrazan y bailan contentos. Donde antes hubo unos problemas, unos diálogos, unos ingenios creados, sólo hay, ahora, felicidad derramada.

Han desaparecido con rapidez los telones, los decorados y las bambalinas. El desnudo escenario del madrileño teatro de la Comedia se ha ido poblando de grupos, de amistades. Allí están Alberto Closas y su esposa, Aurora Bautista, el doctor Jiménez Quesada, Valentín Fernández, Pilar López y Tomás Ríos, Pastora Peña, Alvaro de la Iglesia, la marquesa de Quintanar, Pedro Ladrón de Guevara, José María Rodero, José Udaeta—el bailarín—, y así hasta casi completar el centenar de gentes de estreno, de gentes en la acepción pura del vocablo, de teatro.

Edgar Neville, ya cuando apenas quedan conversaciones en aquel estático y esqueletizado salón de baile que parece el escenario, pregunta por Conchita.

—¿Dónde está Conchita?

Contestación rápida:

—Cambiándose los zapatos.

Mas lo verdadero, lo exacto, lo justamente cierto, no era eso. Conchita Montes no podía estar allí porque de verdad ya era, para los tiempos, Adelita, la niña crecida que salía en «El baile».

EL FINO SENTIDO DEL HUMOR

Han pasado veinticuatro horas contadas desde que «Adelita» llegó al mundo. En el mismo diván

preparado, donde la dama gris convence a los abuelos de que les fué llegada su hora, Edgar Neville habla de esta niña que tanto creció, habla del humor, del cine, del teatro, de las gentes, de la paz y de la guerra misma que aquí estuviesen, junto a él, junto a nosotros. Quizá porque la apasionada vida literaria de Neville comienza cuando, allá por 1921, se marcha voluntario a la guerra de Africa y envía crónicas a «La Epoca». No era todavía diplomático—ingresó en la carrera al año siguiente—, sino un soldado que además de un fusil llevaba una pluma en bandolera.

Pero Edgar Neville, con esta su presencia de captador de la realidad, de constructor poético de la realidad vivida, es, fundamentalmente, un humorista. Ahí están, para demostrarlo, la fundación, en 1923, de «El Buen Humor»; de su primer libro, «Eva y Adán», colección de cuentos del género; de su novela «Don Cle-rato de Potasa»; de «La familia Mínguez», y de su próximo «Futuro imperfecto», colección de narraciones.

Ha de darnos, pues, una definición del humor.

—El humor es la poesía con pudor. El humor es un estado de espíritu. La gente tiene o no tiene sentido del humor. El humor ha de ser espontáneo. En todo humor hay unas gotas de escepticismo, de lirismo y de mucha observación. A veces el humor se confunde con la sátira. Quevedo es un humorista satírico y su humorismo va destinado a una época, a la suya concretamente.

—¿Cuál es la principal característica del humor de usted?

—El mío es un humor de verdad, que no es festivo, con mucho ribete lírico, como tiene que ser el humor para que quede.

Ahora, solitaria la escena, parecen resonar en el ambiente las frases finas y claras de los personajes de «Adelita», esas frases que envuelven, bajo la aparente superficialidad de una sonrisa, todo el solemne concepto de una idea profunda, de una idea poética y, muchas veces, vivida.

—Al autor que es humorista, ¿cómo le es más fácil presentar su humorismo: en el teatro, en la novela o en el artículo?

—El humorismo en el teatro llega más directamente al público y se nota mucho antes su reacción.

Las palabras reposadas, tranquilas de Edgar Neville, van resonando por los rincones, por la chimenea figurada, por los huecos de las cajas que representan colecciones de insectos, en las mismas tablas que pisamos. Edgar Neville, cuando habla, parece como si se hubiese trasladado, sin sentirlo, al mundo irreal, pero existente, del humor.

DE LA TRAVIESA MOLINERA A «EL ÚLTIMO CABALLO»

De 1928 a 1931 Hollywood conoce a Edgar Neville. En un período de vacaciones—de su cargo diplomático en Washington—, Neville marcha a la ciudad del cine. Encabeza la presencia de López Rubio, de Tono y de otros más que irán después que él. Con la Metro dirige la versión espa-

fiola de «El presidio». Luego, al fundarse la C. E. A., cuando viene a España, Neville es, por natural experiencia, pionero casi del cine español. Hace el guión y colabora con D'Abadie d'Arrast en «La traviesa molinera», versión de «El sombrero de tres picos», de Alarcón. Es su primer triunfo en España.

—¿Cuál es la fórmula ideal para hacer cine?

—El cine es un espectáculo de masas. Esto es lo que le hace difícil, sobre todo en aquellos países donde hay gran diferencia de sensibilidad en las masas. Hay que pensar en compaginar el gusto del autor, el gusto de la minoría y el gusto de las masas, que son las que han de ver después la película.

Dirige luego «El malvado Carabel», «La señorita de Trévez», «Frente de Madrid»—ésta en Italia, después de nuestra guerra, donde actúa por primera vez; es un descubrimiento suyo Conchita Montes como actriz—«La vida en un hilo», «El último caballo» y muchos más, de las cuales gran parte son también por él dirigidas. Peor quizás los mayores éxitos de Neville en el cine los haya obtenido como argumentista. Y aunque Neville ama igual al guionista como al director que dentro de él viven, trabajan, triunfan o fracasan, muestra, quíerese o no, una distinción, una particularización propia.

—Yo prefiero el guión, porque soy, ante todo, escritor. La cuestión de la dirección está demasiado ligada a los elementos humanos y técnicos que tiene el realizador en sus manos; porque a veces, por más excelencias que tenga en el guión, le es imposible lograr la calidad que quisiera obtener para la obra.

Todo artista, toda persona cualquiera, también lleva dentro de sí un cariño por alguna época de su vida, por algún suceso, por algún recuerdo. Y Neville, dentro de su creación fílmica, tiene el suyo.

—Las películas pasan de moda, y cuando pasan los años y se vuelve a ver una obra, han pasado de actualidad los modos, el tema e incluso el maquillaje; en consecuencia, la película pierde. Yo, personalmente, prefiero de lo mío, los siete primeros rollos de «El malvado Carabel», «La señorita de Trévez» y «La vida en un hilo».

Cuando Edgar Neville, apoyado en el diván curvado del acto primero de «Adelita», ha nombrado sus preferencias, parece escucharse un imperceptible, un inexistente rumor aéreo, como si en pares de segundos se hubiesen proyectado las películas que viven presentemente en su corazón.

DOS MUJERES: MARGARITA Y ADELITA

Y ahora, el teatro. Ahora quiere decir el año 1934. Es el primer estreno de Edgar Neville: «Margarita y los hombres». Antonio Vico y Carmen Carbonell la presentaron. Luego, el teatro también se llevó el esfuerzo y el pensamiento del autor. Porque no fué solamente «El baile», sino

«Veinte añitos» y «Rapto», y varias más, hasta casi la docena. Y ahora, ahora mismo, «Adelita».

—El nacimiento de «Adelita» puede decirse que ocurrió por casualidad. Se me habían quedado vivos unos personajes de «El baile» que tenían indiscutiblemente una misión que cumplir. Y a cumplir esta misión vinieron.

Cuando Edgar Neville escribió «El baile» tardó solamente cuatro mañanas.

—Ahora he tardado una semana en escribir el primer acto de «Adelita»; otra, el segundo, y dos meses, el tercero. Cuando estuvo terminada la obra tuve que cambiar: el tercer acto pasó a ser el segundo, y el segundo, el tercero. No totalmente, desde luego.

—¿De cuál de las dos ha quedado más contento?

—De las dos igual. El público me ha acogido muy bien las dos. Captaron todas las frases y se impresionaron en los momentos oportunos y precisos.

—¿Tiene usted fe en el teatro de cámara?

—Yo tengo fe en todos los intentos que se hagan para hacer un teatro en el que se ha tenido principalmente una preocupación artística o literaria. En el teatro de cámara, además, pueden darse a conocer actrices y actores nuevos. Y esto es siempre bueno.

El cine y el teatro, pues, marcan su conjunción en este hombre observador, ojo viviente del pasado, del presente y del porvenir.

—Concebida la idea, ¿qué es más difícil: el guión o la obra de teatro?

—Difícil no es nada cuando se tiene el diálogo y se ha meditado la obra. El guión es más complicado. El que en el teatro se resuelva por diálogo, lo simplifica. Pero lo más importante es el armazón: si la arquitectura interna está hecha, nada es difícil.

—¿Qué prefiere la gente: la poesía, el humor, el drama...?

—Hay que distinguir entre el cine y el teatro. El teatro, gracias a Dios, es cada vez más un espectáculo de gentes con una formación intelectual, a las cuales se las puede hablar de una manera más afilada que a la masa dominguera, que es la del cine en cuanto sale de la Gran Vía. Este público quiere unas veces cosas de humor; otras, dramas; pero siempre desea que la película tenga sólidamente cimentada su condición imprescindible de lo que llaman los americanos «entretenimiento». O sea que lo que se tenga que decir en la historia ha de estar contado de una manera amena y divertida.

Después de un estreno, el autor no tiene más remedio que mirar hacia adelante, que otear el tiempo futuro. Porque en el número de las representaciones está la verdad de las calidades. «El baile» llegó a las 800 representaciones. ¿Cumplirá «Adelita» tantos aniversarios? Cuando la pregunta va hacia el porvenir, Edgar Neville contesta de una manera general.

—En el cine, nuestra mecánica y nuestra economía no son lo bastante fuertes como para competir con los de fuera, y nuestra



Mercedes Albert y Pedro Porcel en una escena de «Adelita»



Edgar Neville sonríe con Rafael Alonso, caracterizado de abuelo

única manera de presentar batalla es a fuerza de inteligencia en los guiones. El cine español está en precario y seguirá estándolo mientras se permita esa monstruosidad de doblar las películas a nuestro idioma. En el teatro vamos firmemente a más: el público cada vez nos sigue en número mayor, se traduce menos y se escribe mejor. Se ha podido comprobar que el teatro extranjero no es ni mucho menos superior al nuestro.

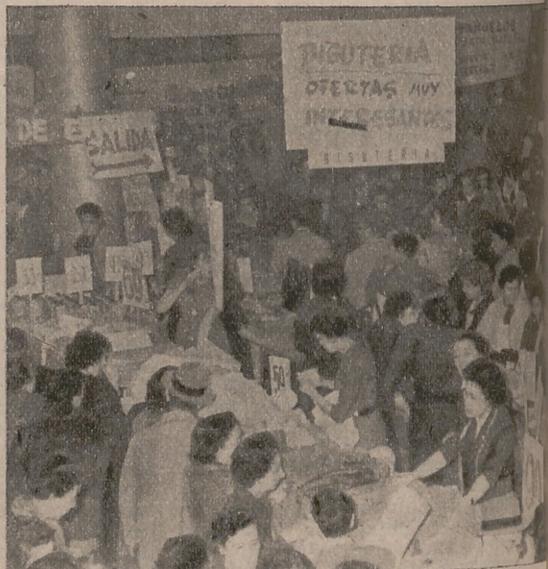
Cuando ha dicho las últimas palabras, Edgar Neville se ha pasado la mano por la frente y ha respirado hondo. Su física persona de amplio volumen, de mirada un poco perdida en el plano perpendicular del telón bajado, su lenta cadencia en la dicción, ha tomado un tinte emocional, profundo y sentido.

En el escenario se han quedado totalmente solas, las colecciones de los insectos, los cuadros, los libros, las repisas, los ecos de las palabras que se dijeron. Son los valores y las presencias, que, en definitiva, permiten la continuidad de las cosas.

José María DELEYTO
(Fotografías de Mora.)

"REBAJAS DE ENERO"

UNA "VENTA ESPECIAL" PERFECTAMENTE ORGANIZADA Y CONSOLIDADA



LOS MAS NECESARIOS E IMPORTANTES ARTICULOS, AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS

Hubo varias jornadas en las que cerca de 50.000 personas entraron a comprar en un sólo establecimiento

TODOS los años, y cuando todavía los Reyes Magos están recogiendo en las estanterías de las tiendas los sobrantes juguetes, casi todos los comercios de tejidos o grandes almacenes realizan lo que genéricamente denominamos Ventas Especiales.

La entidad madrileña que ha impuesto esta costumbre es El Corte Inglés, y por ello ofrecemos una breve charla con don Ramón Areces, director-gerente de la referida firma y hombre de extraordinaria laboriosidad y empuje profesional:

—Díganos, señor Areces, ¿podemos asegurar a nuestros lectores que este año «Rebajas de Enero» han superado en éxito de público a las anteriores?

—Desde luego. Pueden ustedes decir que hemos batido nuestra propia marca.

—Hemos oído que el público, luchando por entrar a comprar, ha

roto alguna luna de los escaparates. ¿Es cierto esto?

—Sí, señor. Las avalanchas de compradores fueron este año tan grandes que nos rompieron tres lunas. Pero, por fortuna, no hubo que lamentar ni un solo herido.

—¿Llevan ustedes control de la gente que al día les visita?

—Sí. Hubo varias jornadas en las que entraron a comprar cerca de 50.000 personas...

—¿Es una cifra! ¿Y desde qué año se vienen celebrando «Rebajas de Enero»?

—Desde 1942. Entonces nadie hacía Ventas Especiales por esta época.

—Y, díganos, ¿les perjudica la profusión actual de Ventas Especiales?

—De ningún modo. Madrid es muy grande y hay público para todos los comercios...

ENERO 1955 UN MILLON DE COMPRADORES



Esta fotografía y las de la página anterior muestran el aspecto que ofrecen todas las secciones de «El Corte Inglés», de Madrid, durante la venta especial «Rebajas de Enero»

—¿Alguna cosa pintoresca en estos días?

—Muchas. Por ejemplo, diga usted que llegan a treinta o cuarenta los paquetes que extravían en la tienda los propios clientes en cada jornada, y que cuando los recuperan se llevan una gran alegría.

—Es natural. ¡Después de tanto trabajo por conseguir entrar en la tienda, perder los paquetes comprados debe tener muy poca gracia! Y díganos, señor Areces: desde el punto social, ¿qué alcance concede usted a «Rebajas de Enero»?

—Pues... el que tiene. «Rebajas de Enero» es una Venta Especial en la que no se engaña a nadie. Es decir, «Rebajas de Enero» tiene como única misión la de poner los más necesarios y los más importantes artículos al alcance de todas las fortunas, fenómeno que solamente puede conseguirse cuando, como en nuestro caso, se adquieren artículos en fábricas de gran prestigio en cantidades muy cuantiosas para conseguirlos a precios realmente bajos.

—¿Es cierto que en algunos artículos pierden ustedes dinero?

—¡Caramba con la pregunta! Pues... en determinados casos, así es. Pero esto es una cuestión que sólo atañe a nosotros. En definitiva, no olvide que la razón primordial de «Rebajas de Enero» es la de corresponder al gran favor que el público nos hace todo el año, al visitarnos con una asiduidad verdaderamente excepcional.

—Entonces, ¿satisfecho con el resultado de la duodécima Venta Especial?

—¡Satisfechísimo y dispuesto a superarla en años venideros!



La escalera que une las distintas plantas del edificio de «El Corte Inglés» es un río de visitantes



ORO ESPAÑOL

EN LOS MERCADOS DEL MUNDO



Todos los Bancos situados en la zona roja fueron saqueados y requisados los depósitos de las cajas fuertes particulares. Las cajas conteniendo el tesoro español, oro en lingotes, monedas y joyas, fueron situadas fuera del territorio nacional para consumir el expolio de España

LA historia del robo del oro español es una historia que comienza en un Consejo de Ministros para terminar en el más extraordinario balance que ninguna nación del mundo pueda ofrecer como testimonio de los propósitos de sus gobernantes. Porque al asalto de los subterráneos del Banco de España sucedía una gigantesca y casi fantástica ola de rapiña que alcanzaba a todos los sectores de la vida nacional. Científica y exhaustivamente se abrieron las cajas bancarias, sin respetar tampoco los Montes de Piedad, en los que las clases más modestas tenían guardados sus ahorros. La requisa de todo objeto de valor se desarrolló en medio de la crueldad.

Por contraste, y durante años, se ha ido levantando desde la nada con una terrible, obstinada y heroica decisión, no sólo las ruinas que nos dejaron, sino el patrimonio actual de España. Pero el caso es, y ello es patente a todos los españoles, que ha sido preciso hacerlo desde cero. Mientras tanto, en muchos meridianos del mundo se han ido desmontando las joyas familiares o religiosas de generaciones de españoles para pagar a precio de oro la diversión de los que huyeron, dejando, por añadidura, en la miseria y el caos a los que, engañados, les acompañaron. Aquellos que fueron capaces de entregar el oro de España, sin una sola duda, a Rusia.

EL PRIMER EXPOLIO

A mediados de septiembre de 1936, Madrid veía la caída del Gobierno Giral. Las gentes cruzaban en silencio las calles. En

la Puerta del Sol, guardada por soldados, se comentaban las consignas del día:

—¿Tú, a dónde vas?

—Yo, a Carabanchel.

Los soldados tampoco, la verdad es, querían hablar mucho. Los milicianos rondaban el pequeño grupo. Jorge Allende, que es quien relata la escena, hace —en su libro—un comentario que no deja de reflejar exactamente el estado psicológico de aquellos días: «Se había comenzado a correr la voz de que las tropas de Franco estaban para entrar en la capital... En esas condiciones nos enteramos de la caída de Giral.»

Pero el 7 de noviembre, entra el estupor de los madrileños, desfilaba por la Gran Vía, en dirección a la Ciudad Universitaria, la primera Brigada Internacional.

«En la noche—dice el «Diario» de Allende—las tropas de Asensio se batían ya con los internacionales. Nosotros—añade—no sabíamos qué pensar. La guerra entraba por derroteros imprevistos e insospechados.»

Pues entre la caída de Giral y la llegada de la primera Brigada Internacional a Madrid se formó el Gobierno de Francisco Largo Caballero.

Quedaba, pues, un mes entre ambas fechas. Un mes en cierta manera importante: el mes de octubre.

El temor de aquellos días cristalizó en una jugada impresionante. El Consejo de Ministros se reunió para decidir sobre las medidas de seguridad que habrían de darse al oro. En el Consejo estaban Negrín, ministro de

Hacienda, y Prieto, que era entonces ministro de Marina y Aviación.

A los pocos días de iniciarse el Movimiento Nacional, el Gobierno rojo, a pretexto de saturación en los cambios, consiguió que el Banco de España hiciera una serie de recursos en libras esterlinas al Banco de Francia, ascendiendo lo remitido por este concepto, desde el mes de julio de 1936 al mes de enero, inclusive, de 1937, a la suma de 21.964.444 libras.

El 13 de septiembre de 1936, Negrín, como ministro de Hacienda, firma un decreto por el que, bajo pretexto de su seguridad, obligaba al Banco de España a que entregara el oro que poseía «para llevarlo a un lugar más seguro».

Dirigió la incautación el entonces director general del Tesoro, Francisco Méndez Aspe. Ordenada la entrega de llaves de las cajas y las cámaras donde se custodiaba el oro, fueron abiertas las mismas, extrayéndose la suma de 2.184.145.184,51 pesetas oro, equivalente a 5.199.756.026,24 pesetas efectivas.

El 26 de septiembre, Aspe, de acuerdo con Negrín, enviaba a Marsella 250 cajas en el «Tramontana», calculándose que el total de los enviados a Marsella asciende a 1.938.

«SE ME HA QUITADO UN PESO DEL CORAZÓN»

Cuando se habló de «ponerlo en seguridad», Azaña—dice Alvarez del Vayo—dió un suspiro de satisfacción: «Un gran peso me han quitado del corazón.»

Así, pues, se recibía la noticia en el Consejo de Ministros. El doctor Negrín, a quien más tarde Moscú propondría para presidente del Gobierno, tenía preparado ya todo.

Alvarez del Vayo, en «The Last Optimist», ofrece más detalles de aquella jornada: «Prieto recibió la noticia con enorme alegría y directa y personalmente tomó a su cargo la preparación de la Escuadra que acompañaría al convoy hasta Túnez. Como ministro de Marina, Prieto fué participante del secreto—«co-partner in the secret»—, puesto que era necesario asegurar el transporte por mar...»

Como es sabido, Indalecio Prieto ha intentado por todos los medios quitarse ese sambenito de encima. Pero en esa tremenda y agria polémica que está establecida constantemente entre los grupos expoliadores, las palabras adquieren toda su tremenda y amarga verdad. Todos estuvieron de acuerdo.

ROSEMBERG, UN VIRREY RUSO EN ESPAÑA

Alguien más sabia en aquellas horas el destino del tesoro de España. «Estaban al corriente—dice el Campesino—el embajador soviético, Rosemberg; los agentes de la N. K. V. D. en España, algunos miembros del «Bureau» político del partido comunista y Alvarez del Vayo, quien, después de haber exaltado sucesivamente a Lenin, Trotsky y Stalin, llegaría a ser uno de los agentes más devotos de Molotov durante toda la guerra de España.»



Doscientos cincuenta millones de pesetas en oro pudieron ser recuperados en Francia. La fotografía fué obtenida mientras se cargaba un camión con parte del tesoro depositado en una sucursal del Banque de France



Llegada al Banco de España, en Madrid, del mismo camión que vimos cargando en la fotografía de arriba. La mayor parte del tesoro fué trasladada a Rusia y a Méjico, y con él se han subvencionado campañas antiespañolas

Araquistain, que fué embajador de la República en Berlín y París, ha contado en su libro «El comunismo en España» estas de-

cisivas afirmaciones: «... Rosemberg tenía reputación de inteligente, pero más que como embajador actuó de virrey ruso. Visi-



Un momento de la descarga en el Banco de España de los sacos de oro recuperados en Francia

taba al jefe del Gobierno diariamente, procurando darle instrucciones sobre lo que debía hacer para llevar bien la guerra. Los consejos, casi órdenes, de Rosenberg se referían a toda clase de asuntos...»

El caso es que el ministro de Hacienda y Rosenberg, con Alvarez del Vayo como traductor e intérprete del ruso, estudiaron durante horas el asunto. La operación llegaba a su momento cumbre. En un despacho, a media noche, se llamaba a José Díaz secretario del partido comunista español, para decirle:

—¿A quién se encarga la dirección?

—Yo me inclino por el Campesino—contestaba Díaz.

EN EL PUESTO DE MANDO DE EL CAMPESINO

Fué el mismo secretario general, José Díaz, quien visitó en su puesto de mando a Valentín González. La hora imprevista sorprendió a los milicianos. Quién más, quién menos, se preguntaba lo que traería en mitad de la noche a José Díaz hasta la brigada.

La conversación fué rápida. José Díaz comunicó al otro que había sido encargado por el Gobierno de custodiar el oro del Banco de España a Cartagena.

Ninguno de los dos hombres sabía en aquel momento, cuando planeaban el más hondo y amargo latrocinio, lo que les iba a deparar el porvenir: José Díaz, el 19 de marzo de 1942, en la ciudad de Tiflis, caía desde el cuarto piso de la casa en la que habitaba, muriendo sin poder decir una sola palabra. No hubo la menor duda sobre la naturaleza del origen de su muerte. En cuanto al Campesino, él mismo ha contado sus años de campos de concentración en Rusia.

Pero en aquel momento la conversación se producía sin ningún sobresalto; todo parecía claro. Rosenberg había dicho: «¡El oro, a Rusia!» Ninguno tenía por qué discutirlo.

El Campesino inquirió únicamente:

—¿Será preciso emplear la fuerza?

—No, no será necesario. La operación está muy bien preparada y todos los que participan son gentes nuestras.

Toda la conversación anterior está recogida del libro de Valentín González.

EL ASALTO AL BANCO DE ESPAÑA: SIETE MIL OCHOCIENTAS CAJAS A RUSIA

El asalto al Banco de España se realizó matemáticamente, sin ruido. La noche preparada para el robo, todos los guardias que custodiaban el edificio eran miembros del partido comunista. Un enorme silencio cruzaba los pasillos de piedra.

«El director del Banco había sido convocado por Negrín—dice el Campesino—a una conferencia en su despacho. Allí estuvo durante muchas horas mientras terminaba todo.»

Mientras tanto, todo el grupo que realizaba la «operación» comenzaba a abrir los subterráneos. «Muchos de ellos, disfrazados con uniformes de guardias de Asalto,

comenzaron a sacar el oro y lo cargaron sobre treinta y cinco camiones.»

Absortos en su faena, los grupos de hombres se sucedían en la carga y la transmisión de las cajas. Se trataba de oro amonedado y en barras. «Se me dió una lista. Había en total—dice el Campesino—7.800 cajas de 75 kilogramos cada una. Todo se hacía en el mayor misterio, como si se tratara de un robo. Yo mismo no me daba cuenta en esta época, pero ahora recuerdo mi complicidad y me lleno de indignación contra mí mismo y contra todos los responsables de este robo. Yo estoy convencido de que José Díaz ha debido arrepentirse profundamente antes de su trágica muerte en Tiflis. («La vie et la mort en U. R. S. S.», página 178.)

«¡ATENCIÓN, DINAMITA!»

A marchas forzadas se cargó el inmenso tesoro. Los hombres, sudorosos empezaron a poner en marcha los camiones. Se abandonó Madrid, que comenzaba a cerrar sus ventanas y puertas al miedo de una noche más, a las diez horas cuarenta y dos minutos.

Como en una novela policíaca se fueron almacenando situaciones de enorme precaución.

A la salida de Madrid, los conductores de los camiones fueron relevados. En la carretera esperaba un nuevo grupo, que se hizo cargo del volante, sin saber una palabra, sin poder cruzarla tampoco con sus compañeros de profesión. Un silencio total.

Una bandera roja fué apareciendo, con susto para vecinos y paseantes, sobre los camiones. Hasta el más tonto podía saber de qué se trataba: una columna con explosivos. Un pequeño cartel impreso en tinta negra, añadía: «¡Atención, dinamita!»

Las cajas, el enorme y primer gran envío, fué depositado en La Galeta, precisamente donde se guardaban los explosivos. Como a la salida de Madrid Cartagena tampoco se enteró de que aquel día había sido la ciudad de la fortuna más inmensa. Un tesoro que estaba encerrado entre los explosivos.

El 25 de noviembre los artilleros comenzaban a cargar las cajas en los barcos. Como si hiciera un recuento interior de los centenares de robos que seguirían, añade el Campesino esta breve apostilla: «Este no fué, por otra parte, el único robo cometido en detrimento del pueblo español.»

Peró volvió entonces tranquilo a dar su «sin novedad» a Madrid. De esta forma ha contado el Campesino su participación en el robo de España.

EL MISTERIOSO MISTER BLAKSTONE

Lo inaudito y asombroso del caso es que el Gobierno no tomó ninguna medida seria para la seguridad del tesoro. Era éste oficialmente un depósito que se hacía a Rusia, pero fundamentalmente esto no era así. Parecía un regalo del que, se pensaba, podría exigirse algún día una parte. Alvarez del Vayo da los datos impresionantes:

«El acuerdo—dice—fué hecho por triplicado: el Gobierno so-

viético se quedó con uno; otro recibo fué para Largo Caballero. Pero cuando Negrín subió al Poder, en mayo de 1937, no pudo encontrar este documento en los archivos del Gabinete ni nadie del «staff» de sus asesores pudo decirle nada sobre él.»

Noticia tan asombrosa, facilitada por un hombre que intervino en la operación como ministro de Estado, resulta, aun escrita por el propio protagonista, inconcebible. Bien claro está, pues, la fina conexión de todos en el robo, que, desde el principio, se consideraba irreparable. Robo gigantesco que en el fondo ponía en marcha todos los que le sucedieron. Pero sigamos la lectura de los escritos de los que intervinieron en primera persona en todo ello:

Una persona más siguió de cerca todo el proceso. Se trata de un enviado personal de Stalin. Un hombre misterioso que fué el encargado en Cartagena de recoger el oro. ¿Quién era este hombre? No se sabe su nombre. Sólo se conoce el que adoptó provisionalmente al entrar en España: mister Blakstone.

Era costumbre de los comunistas internacionales que intervinieron en la guerra española operar aquí con nombres de ocasión. Rosenberg, el embajador soviético, en cierta ocasión presentó a Jesús Hernández un nuevo desconocido en la lista de los agentes de Rusia. «El recién llegado—dice Jesús Hernández—estrecó la mano del embajador, y volviéndose hacia mí dijo en un español acusadamente a francesado:

—¿Comarada Hernández?

—El mismo.

—Yo soy... «Marcos»... Me gusta el nombre—dijo sonriendo.

Algo como en la escena anterior ocurrió en el caso de Blakstone. Pero, si se me permite, todo ella revela cómo era la vida española de aquellos días. Ocurrió así:

El embajador ruso presentó el desconocido a Negrín, ministro de Hacienda, diciéndole: «Es el hombre de confianza que se hará cargo del oro en nombre de los rusos.» «Después—dice Alvarez del Vayo—el embajador Rosenberg solicitó de Negrín que bautizara al nuevo colaborador. El ministro, riéndose, contestó: «Se llamará mister Blakstone.»

DOS BARCOS SE CRUZAN EN ALTA MAR

Existen algunas pequeñas discrepancias en cuanto a la forma en que el oro fué transportado al puerto soviético de Odesa. El Campesino habla de un barco solo; Alvarez del Vayo se limita a decir que el oro fué custodiado por la Escuadra, que obedecía órdenes del ministro de Marina, Indalecio Prieto.

Jesús Hernández, en su libro «Yo fui ministro de Stalin en España», dice lo siguiente: «En el mar se cruzaron dos naves: la que venía de Rusia a España con sus bodegas casi vacías y la que de Cartagena había salido para Odesa con 7.800 cajas del oro español. Los tahures del Kremlin no se fiaban. Pesetas oro 2.258.569.908 (70 por 100 en libras esterlinas oro) constituían las reservas del Estado español en el año 1936. Los rusos, para comen-



Exposición de objetos religiosos, joyas de orfebrería, procedentes del saqueo de iglesias, que fueron recuperadas en el castillo de Figueras, donde habían sido almacenadas para pasarlasy a Francia

zar a suministrarnos las armas, exigieron un depósito de gramos de oro de 510.079.592, equivalentes a 1.581.642.100 pesetas oro, o 63.265.684 libras esterlinas. ¡Más de la mitad del tesoro español! El 6 de noviembre el oro español llegaba a Moscú.»

Sin embargo, parece ser un hecho cierto que, en vez de un barco solo, mister Blakstone empleó cuatro vapores rusos. De tres que en esas fechas estuvieron en Cartagena han quedado sus nombres: el «Vorgoles», el «Kine» y el «Nevek». El primero salió del puerto bajo la protección de dos destructores. ¿Llevaba ese barco todo el tesoro?

LA LLEGADA A ODESA

El general ruso Krivitsky, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético por esa época, cuenta cómo se llevó a cabo la operación del desembarco del oro en Rusia. «Una enorme cantidad de oro había llegado de España en aquellos días.»

Lo curioso es que, al señalar los procedimientos empleados, llega uno a sentir la conexión con los empleados en Madrid. «Fueron», dice el general Krivitsky en «Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético»—encargados de la operación los más altos funcionarios de la Policía secreta. Estos formaron a su vez una brigada especial de unos 30 hombres de toda confianza que marcharon a Odesa, en el mes de diciembre, para trabajar como descargadores de los muelles.»

Más tarde, posteriormente a la operación, uno de los agentes contó al general algunos pormenores: «Todas las cercanías de los muelles quedaron despejadas y rodeadas de cordones de tropas especiales. Atravesando ese espacio vacío, desde el muelle hasta

la vía del ferrocarril, los más elevados funcionarios de la O. G. P. U. llevaban las cajas de oro a sus espaldas. Durante días y días transportaron el cargamento y lo pusieron en vagones de carga que llegaron a Moscú en convoyes armados.»

Cuando el confidente y el general entablan una conversación que se refiere a la cantidad, el funcionario, asustado de los miles y miles de cajas que habían transportado los 30 hombres durante días, le dió esta expresiva imagen:

«Si todas las cajas de oro apiladas en los muelles de Odessa hubiesen sido colocadas una junto a otra aquí, en la plaza Roja, la cubrirían totalmente de extremo a extremo.»

¿QUIENES SON ESOS CUATRO?

Unos meses después que la primera remesa de oro español llegara a Moscú, cuatro españoles ocupaban unas habitaciones en el hotel Metropol. El hotel Metropol es un hotel que se ha dedicado notoriamente a admitir a aquellos clientes por los que el Kremlin tiene interés en determinados momentos.

Esos cuatro españoles habían sido escoltados por todos los Múscos moscovitas. Habían estado en Crimea, en el Cáucaso, en Leningrado y en la presa gigante del Dnieper. Durante meses, es decir, desde la llegada del oro, habían viajado turísticamente por Rusia...; pero cada mañana, desde su regreso a Moscú, se presentaban en la Embajada española para solicitar la devolución de sus pasaportes.

—«¿Quiénes son esos cuatro?»

—«Son cuatro cajeros del Banco de España. Vinieron con la expedición del oro. Pasaron tres

meses contándolo día y noche y comprobando cifras. ¡Ahora quieren volver.»

La conversación anterior, reflejada en el libro del general Krivitsky—asesinado por escribir el libro—, termina con estas palabras: «Si se marchan a aquí cuando la guerra termine podrán considerarse afortunados.»

EL TESORO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

Pero el despojo, como todo el mundo sabe, no terminó ahí. Según informes reunidos, del 25 de octubre de 1936 hasta febrero de 1937 se llevaron a Rusia diez mil cajas de oro y cuatro mil, doscientas cajas de plata.

Por mandato personal de Lister y de su cómplice el comunista Villasantes, ex jefe de intendencia del quinto regimiento, transportó a Francia un camión cargado de maletas llenas de joyas. Una parte de ellas fue transportada a Rusia, enterrándose en Francia ocho de ellas.

—En otra ocasión—dice el Campesino—«encontré en Lérida y en un subterráneo una gran cantidad de oro y el mejor puesto emisor que pudiera pensarse. El oro fué transportado por el comunista Hungría en dos camiones con orden de entregarlos a la Pasionaria. He sabido más tarde, por José Díaz, que había sido transportado a Francia y remitido a Maurice Thorez, secretario general del partido comunista francés.»

SE HACE SALTAR CON DINAMITA EL CASTILLO DE FIGUERAS

Durante la última fase de la campaña de Cataluña, cuando el ejército rojo era ya una sombra en derrota, fueron cargados en el castillo de Figueras seis ca-

miones de oro en barras y piedras preciosas.

Por todas partes, preparadas anticipadamente, se amontonaban las riquezas del inmenso saqueo individual y nacional.

En el caso concreto de Figueras la operación fué encargada al comandante Manolo, jefe del batallón especial de Lister. Para cubrir mejor el robo, para no dejar rastros detras de sí, hicieron saltar con dinamita el castillo. Como estaban cerca las tropas nacionales—dice el Campesino—hubo de abandonar parte de la presa. Pero los camiones pasaron la frontera tranquilamente: los sacos de oro cubiertos por sacos de pan y con la disculpa y la prisa de ir a abastecer a las tropas hambrientas que habían pasado la frontera. Lo mismo que los dos de Lérida, los cuatro de Figueras pasaron bajo el control total de Thorez. ¿Qué ha sido de todo esto?

Entretanto, andando el tiempo, el «comandante» Manolo pasó a Rusia, donde como millares de españoles fué acusado de espionaje. Condenado a trabajos forzados fué enviado en un vagón de tercera clase de Moscú a Ouzbekistán. Pero no resistió. Murió durante el viaje y su cadáver permaneció durante tres días en el tren sin que nadie se preocupara de enterrarle.

LOS DOS GRUPOS: LOS DEL ORO DE MOSCÚ Y LOS DEL ORO DEL «VITA»

Larga y áspera polémica se ha entablado, incesantemente, entre los dos grupos que, de una forma u otra, se llevaron las riquezas y los tesoros españoles. De un lado Negrín y los suyos; los del oro a Rusia. Del otro lado: Prieto y los suyos: los del cargamento del «Vita».

El «Vita» como se sabe era un yate de recreo, grande, de hermosa línea y afilada proa adornada, que llevaban bandera americana por pertenecer a un filipino. En ese barco se cargó, con rumbo a Méjico, un tesoro cuyo inventario aproximado se eleva a los ciento quince millones de dólares.

El inventario que ha publicado Alvarez de Vayo—que, sin embargo, ha mantenido en secreto lo enviado a Rusia por formar parte del grupo de Negrín—refiere que el «Vita» llevaba desde recursos propiedad del Gobierno, como fondos confiscados a «elementos rebeldes», joyas, oro, depósitos de hipotecas, depósitos de Bancos y empresas de fianzas, objetos preciosos de arte, colecciones únicas en el mundo, algunas propiedad del Estado y otras de particulares, entre ellas una colección de monedas de valor incalculable.

UNOS NOMBRES Y UNAS CIFRAS BANCARIAS

Pero, anticipadamente a la última marea, la mayor parte de los gobernantes y dirigentes había llevado ya, por delante, sus capitales. Así Alvaro de Albornoz, con ciento veinticinco millones de francos en el Chase Bank. Fernando de los Rios, con doscientos veinticinco millones

seiscientos cuarenta y cinco mil francos, en el B, Comercial de Washington. Juan Negrín, con trescientos setenta millones de francos en el Eurobank. Gonzalo Zabala, con veinte millones de francos, también en el Eurobank. L. Araquistain ochocientos cincuenta millones de francos repartidos en seis Bancos: el Chase Bank, Lyonnais, Eurobank, etc., Luis Prieto—hijo de Indalecio Prieto—, con ciento cuarenta y cuatro millones en el N. York. Gordón Ordás con ochocientos veintitrés millones en el Midland, Eurobank de Méjico y tantos otros que, por no fatigar y hacer la lista interminable, saquearon inauditamente la nación y los particulares.

EL GRUPO DE PRIETO, EN MEJICO

La llegada del «Vita» y el conocimiento expreso que se tuvo en todas partes de la llegada de otros tesoros españoles, conmocionó la vida de la nación. Así se estableció en Méjico, inmediatamente, una violenta y áspera división entre los exilados expoliadores y aquellos que lo primero que advertían, a la hora de hablar con un español, era que nada tenían que ver con ellos.

Por otra parte, la vieja y honorable colonia española de Méjico cerró las puertas a unos y a otros. Durante años, este hecho psicológico, inevitable por muchas razones, ha ido conformando el espíritu de las cosas españolas en la capital.

A tal grado de fuerza llegaba la presión pública de la vieja colonia contra los poseedores de joyas o dinero de España, que muchas familias, de las que es voz pública que se encuentran con fortunas importantes, han puesto a trabajar a sus familiares para demostrar lo contrario.

Los exilados de los grupos más activos se suelen reunir en dos cafés típicos: en el «Tupinamba», que tiene gran ambiente entre los toreros y los artistas, un grupo, mientras que en el «Campoamor» suelen reunirse los intelectuales. Ambos cafés están en la misma calle y han acabado por tener un aire especial.

Como en el resto del mundo, los grandes poseedores de fortunas, Prieto, su hijo, Gordón Ordás y tantos otros, se han desentendido completamente de las miserias generales de los emigrados.

En Morelia, al principio, se creó un colegio para niños, los famosos «niños de Morelia», que abandonados a su suerte han terminado por ser, infaustamente, algunos de sus hombres, la carne del gangsterismo mejicano. Los niños, en su mayor parte, fueron recogidos por la colonia española.

Prieto vive la vida del nabad, pero su salud está resentida y ha de vivir, casi constantemente, en Veracruz, donde la presión es más baja. Su hijo, Luis, el «millonario», llevó una vida capulosa, rodeado de artistas y truhanes. Murió de repente. Y así, la muerte niveladora va cerrando de forma dramática muchas veces—accidentes y muertes repentinas—un capítulo impresionante.

Fuera de ellos el resto va intentándose adaptar, con su trabajo, a la situación de Méjico y a la vida antigua y tradicional de los españoles antiguos. El pueblo es acre y duro con los «nuevos».

2.500 MILLONES DE FRANCOS SIN RECIBO PARA EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS

Hemos hablado ya de la dura polémica entre los grupos. Cada uno de ellos en su afán de esconder lo suyo denuncia con toda clase de señales, el robo de los contrarios. Ninguno tiene la conciencia tranquila y pasea por las playas de moda del mundo con su cohorte de pistoleros y guardaespaldas porque, sabido es que a nadie, salvo a ellos, les ha tocado en el reparto. A los demás, nada. Han muerto, simplemente, en el exilio.

Quizá por eso, Prieto, en su libro «Cómo y por qué salió del Ministerio de Defensa Nacional», dice: «... el partido comunista francés recibió 2.500 millones de francos para entregas de material de guerra sin que dicha suma fuera controlada por cualquier funcionario del Estado español. La propaganda, primero pública, y después clandestina del partido comunista (contra la España nacional) fué pagada con dinero aportado por nosotros, y, desde luego, lo suficiente para cubrir los gastos enormes de esta propaganda. Se lanzó el periódico «Ce Soir», que estaba subvencionado con fondos enviados por Negrín. La flota compuesta por doce navíos: «La France Navigation», era de propiedad española, posteriormente, los comunistas franceses, administradores de la compañía, rehusaron entregar los barcos...»

He aquí un ligero muestrario, un índice terrible que revela hasta qué grado se ha manejado al mundo. Luchando contra España con su mismo dinero. Con el de la nación y el de sus hijos.

LA DENUNCIA DE ESPAÑA

Al denunciar España el hecho de que aparezcan nuevamente en el mercado universal remesas del oro español enviado como depósito a Rusia, pone en evidencia un grave problema de convivencia universal. Aceptar los pagos con una moneda que se sabe fehacientemente no pertenece al comprador es una figura universal de delito. Tratándose de una nación y del tesoro de ésta, la cosa es aún más grave.

No era, tampoco, la primera vez que aparecía, ni tampoco, la primera vez que han aparecido acciones, las del Metropolitano de Buenos Aires, por ejemplo, en los negocios del mundo. Una vez más España, al denunciar el inmenso robo, sobresalta la conciencia del mundo.

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"



CARTA AL DIRECTOR

MIGUEL UTRILLO REIVINDICA PARA SU PADRE LA IDEA DEL «PUEBLO ESPAÑOL»

APORTACION DE PRUEBAS

DON Joaquín Montaner Castaños, secretario que fué de la Exposición Internacional de Barcelona, en el número 298 del semanario, páginas 28, 29, 30 y 31 escribió un artículo sobre la «Historia «verdadera» del «Pueblo Español» de la Exposición Internacional de Barcelona», en la que una vez más se atribuye la paternidad de la idea que después, andando el tiempo, tomó forma, es decir, realidad concreta, y se llamó el «Pueblo Español» en la Exposición Internacional de Barcelona.

No es la primera vez que el se-

ñor Joaquín Montaner se atribuye esta paternidad, y yo defendiendo la de mi señor padre, don Miguel Utrillo. Pero los hechos auténticos sucedieron así:

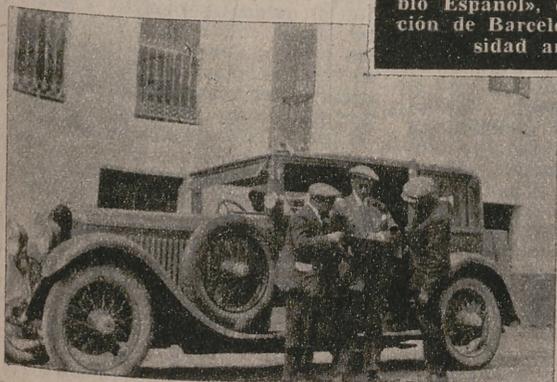
1) Siendo Alcalde de Barcelona don Fernando Alvarez de la Campa, un día encontró a mi padre y le dijo textualmente: «Hombre, usted no quiere hacer nada para nosotros. ¿Por qué no busca algo sensacional para la

Per todos los paisajes, calles y caminos de España pasearon los creadores del «Pueblo Español», de la Exposición de Barcelona, su curiosidad artística



Curiosas fotografías de don Miguel Utrillo y sus colaboradores recorriendo pueblos y monumentos de la España histórica y artística, buscando ideas para el «Pueblo Español»

Exposición? (Hay que destacar que por aquellos años existía un fuerte movimiento catalanista al que mi padre, de paso sea dicho, nunca hizo el caldo gordo, siendo su «colaboracionismo» bastante mal visto.) Y a los dos días, mi padre presentaba a don Fernando Alvarez de la Campa una Memoria en la que, bajo la denominación de «Iberiona» había el germen e idea que después te-





De su paso por Valencia Utrillo quiso tener este recuerdo

nía que ser el «Pueblo Español». Estamos en 6 de octubre de 1923.
2) Don Vicente Artigas, arquitecto y concejal en la época de don Fernando Alvarez de la Campa, en unas declaraciones a la Prensa, que adjunto remito a usted, lo mismo que la Memoria

día del señor Alvarez de la Campa, Utrillo, a instancias mías, presentó otra Memoria del proyecto. El éxito que obtuvo fué igual que el anterior. Pero, afortunadamente, yo ya había hecho entrar en el Comité de la Exposición a don Luis Plandiura, y Utrillo se puso en contacto con él, y la cosa marchó mejor.

—¿Y de los que lo realizaron sabe usted algo?

—Sí, es a Utrillo a quien debe Barcelona el magnífico «Pueblo Español» de la Exposición. Utrillo fué muy bien secundado, especialmente por el arquitecto Raventos (don Ramón), quien es el que ha hecho algo importante además de Utrillo.»

Los hechos son estos. Tenemos pues, la idea inicial en marcha. Pero el señor Joaquín Montaner olvida destacar todo y, naturalmente, citando a mi padre y hasta a don Luis Plandiura, que fué precisamente el propio Joaquín Montaner, quien así que el certamen fué inaugurado, dió el cese al creador del

anterior, dijo textualmente:

«Antes del directorio del general Primo de Rivera, cuando se abandonó la idea de celebrar una Exposición de Industrias Eléctricas y sustituirla por una Exposición Internacional, Miguel Utrillo presentó un proyecto para hacer al margen de la citada Exposición un recinto aparte para dar una nota de color y ser un valioso elemento de atracción. Utrillo propuso hacer este recinto para celebrar en el mismo fiestas regionales, torneos, juegos, etcétera. Este proyecto fué presentado al Comité Artístico, pero no se le tomó en consideración y fué archivado.

—¿Y no se volvió a hablar del asunto?

—Sí, después, cuando la alcaidía del señor Alvarez de la Campa, Utrillo, a instancias mías, presentó otra Memoria del proyecto. El éxito que obtuvo fué igual que el anterior. Pero, afortunadamente, yo ya había hecho entrar en el Comité de la Exposición a don Luis Plandiura, y Utrillo se puso en contacto con él, y la cosa marchó mejor.

—¿Y de los que lo realizaron sabe usted algo?

—Sí, es a Utrillo a quien debe Barcelona el magnífico «Pueblo Español» de la Exposición. Utrillo fué muy bien secundado, especialmente por el arquitecto Raventos (don Ramón), quien es el que ha hecho algo importante además de Utrillo.»

Los hechos son estos. Tenemos pues, la idea inicial en marcha. Pero el señor Joaquín Montaner olvida destacar todo y, naturalmente, citando a mi padre y hasta a don Luis Plandiura, que fué precisamente el propio Joaquín Montaner, quien así que el certamen fué inaugurado, dió el cese al creador del

«Pueblo Español», a su compañero Xavier Nogués y al propio don Luis Plandiura, porque por aquellas fechas don Mariano de Foronda y el barón de Viver no se llevaban bien...

El señor Montaner habla de muchas cosas y hasta de considerandos, porque las ideas, siempre serán ideas, pero cuando son controladas por el papel de barba muchas veces se llegan a entorpecer y a camuflar. ¿Quién más indicado que el propio Joaquín Montaner de quien, como secretario general de la Exposición Internacional dependía todo el engranaje de la misma, para hacerse hacer artículos laudatorios como uno que también adunado y publicado en «Nuevo Mundo» por E. Estévez Ortega?

La de mi padre es rectilínea, y de tramoyas teatrales, ninguna. Antes de hacer pueblos había animado enciclopedias, creado «Maricel», luego «Terramar», y se sabía de memoria España entera, bien al revés, por cierto, de sus colaboradores, Raventos, Folguera y Nogués, que casi dudo que hubieran salido nunca de Mora de Ebro, pongo por caso. Lo que sucede es que mi padre fué siempre un gran secundón, que animaba y creaba cosas tras cortina y se fiaba de sus amigos, lo que a veces es un error lamentable, mientras dejaba que otros se apropiasen de sus ideas. Sin ir más lejos, lo que le pasó con el «Pueblo Español» le volvió a suceder con «Terramar», en Sitges, en donde un aparejador se creyó dueño y señor de una cosa que hasta el nombre es bonito... Y cuando se creara y bautizara casi estaba el tal aparejador en pañales. Es la vida.

Pero como estamos en España y no en Francia, y para que de una vez se aclaren las cosas, yo ruego—si ello no es muy complicado—que se nombre un tribunal de arbitraje. Yo aportaré mis archivos y que el señor Joaquín Montaner Castaños aporte los suyos.

Que se examinen papeles, textos y proyectos. Y allí se verá que la idea inicial fué EXCLUSIVAMENTE de mi padre, don Miguel Utrillo. Todo lo demás es literatura y ganas de hacer llegar las aguas a molinos que les faltarán siempre los engranajes rectores. Es más, sin jactancia sea dicho. Mi padre era el «único» que podía tener ideas aplicables a hacer un pueblo, porque a lo largo de su vida levantó bastantes. Y a tal punto los conocía que precisamente en el «Pueblo Español» la mayoría de las calles fué el quien las bautizó, y estaba tan al corriente de lo que en los pueblos sucede que hasta en un balcón puso un letrero que decía: «Escuelas Nacionales». Lo que le valió por cierto un ataque bastante feroz de don Luis Bello.

La historia es esta. No otra. Nada hay más lamentable que juzgar en 1954 ó 1955 cosas que sucedieron en 1929, por ejemplo. Defiendo la memoria de mi señor padre, no por ser mi padre, sino porque estoy cierto que tenía razón, y de él fué la idea inicial del «Pueblo Español». No de otros. Una vez más que conste.

Miguel UTRILLO



También la estampa andaluza está en la colección

ESENCIA Y PRESENCIA DE LA MUJER EN EL ARTE DE HACER VERSOS

(REPORTAJE A UNA ANTOLOGIA POETICA)

Carmen Conde, Pilar Paz, Gloria Fuertes, Pura Vázquez, Pilar Vázquez Cuesta, María Alfaro y Ángela Figuera ofrecen una obra de creación propia sin mimetismos

VEINTISEIS POETISAS SELECCIONADAS EN UN TOMO EJEMPLAR

EL hecho es éste. Por vez primera se reúnen en una antología poética, en España, nombres y versos de poetisas. Forjadoras de imágenes, recreadoras del verbo cotidiano en una dimensión lírica, alucinada y diferente, cada una de estas cultivadoras de la poesía muestra una manera de hacer, un inquieto sentir, una sensibilidad abierta y florecida, una evasión o confirmación de su realidad física, la indeclinable angustia transida a veces de desesperación o el don perfecto de la fe y de la esperanza. Carmen Conde ha congregado en un tomo ejemplar los poemas más representativos de las poetisas seleccionadas—veintiséis, incluida la propia coeditora—. Quedan fuera algunos o muchos nombres, y no cabe culpar a la antologista por la omisión. Humildemente lo hace constar en la nota que precede a la introducción, con razones suficientes y decisivas.

CARMEN CONDE Y LA HISTORIA DE UNA ANTOLOGIA

De la génesis y motivo de esta obra, indispensable para el conocimiento de la poesía femenina española contemporánea, nos habla Carmen Conde.

—Estaba cansada de ir al extranjero y que se sorprendiesen de la existencia de poetisas españolas. La idea de esta necesaria divulgación de los actuales valores poéticos femeninos de España fué cuajándose lenta y secretamente en mi ánimo. El año pasado, con ocasión de las conferencias que pronuncié en el Instituto Internacional de Boston, surgió el chispazo. Encontré, además, un editor no profesional, un señor que había asistido a mis lecciones en el Boston y a quien le atrajo la idea desde el primer momento. En cuanto a las poetisas, todo han sido facilidades y simpática colaboración. Cada biografía es autodefinición, pues está escrita por la autora. Así se ha conseguido, al mismo tiempo, la diversidad. Mi deseo era hacer más extensa la antología, y en principio quise incluir más nombres. Pero el editor se echó a temblar, ya que suponían más de mil páginas. Para comienzo, era excesivo. Espero poder ampliar en una segunda edición.

Sin duda no se hará esperar mucho esta segunda edición. De toda Europa recibe Carmen Con-

de peticiones de esta obra. Especialmente de aquellas universidades donde hay lectorado de español. Y es que esta antología viene a llenar una necesidad largamente sentida.

—¿Existe diferencia básica y real entre la poesía masculina y femenina?

—Creo que la poesía tiene sexo. Se puede hasta ser un gran poeta que mire a las dos vertientes; poseer la sensibilidad de los dos sexos. Ahora, la expresión poética de la vida, la da mejor cada uno según su propio sexo. Esta generación está manifestándose integralmente en su intimidad y en su certidumbre. La mujer ha adquirido su expresión, su lenguaje. Se diferencia de los poetas que cultivan el mismo género de poesía. Entre un Celaya o un Blas de Otero y una Ángela Figuera, por ejemplo, habrá parecidos, pero se expresan de distinto modo.

—¿Cuáles considera características esenciales de la poesía femenina actual, en nuestro país?

—Las poetisas de hoy, en primer lugar, ofrecen una obra de creación propia, sin el mimetismo acostumbrado en la anterior poesía femenina. Pero quizá lo más interesante, el hallazgo primordial, es que ha buscado y encontrado sus temas en un vasto y complejo mundo: la Vida. La poesía se ha hecho más trascendente, más recia y dura. También se observa la preocupación auténticamente de maternidad ahincada en las raíces. Hasta en las que son solteras, se manifiesta como un clamor de su esterilidad. La maternidad se ha hecho tragedia. Amor costoso, duramente sentido. Y es que no en vano nos ha tocado vivir en una hora difícil y áspera de la Historia y del mundo. Por distintos caminos en cada una, la mujer—madre, poetisa, escritora; sencillamente mujer—se sabe a sí misma y ha encontrado su propia e insustituible condición.

El gato, famoso gato persa de Carmen Conde, que ha estado silencioso y escondido bajo la camilla, durante toda la entrevista acosa ahora sus ventas y redondos ojos. Se nos queda mirando. Entran a anunciarle una visita a la poetisa. Nos despedimos. La luz dora al cuarto de estar de Carmen Conde como a una manzana. La manzana de la concordia — pensamos —. Muy bien podría ser el símbolo de es-



Carmen Conde, coeditora de la Antología de Poesía Femenina Española

ta mujer, de espíritu generoso y ancho, que ha llevado su voz y las de las poetisas españolas a la Universidad Bocconi, de Milán; a la Sociedad Hispano-Holandesa de Conferencias, de Amsterdam, y a tantos otros lugares del extranjero que no recordamos en este momento.

PILAR PAZ, BENJAMINA DE LA POESÍA FEMENINA

De las poetisas integradas en la antología, sólo unas cuantas residen en Madrid. Lamentamos no poder entablar diálogo con todas. Y muy en lo hondo nos duele la muerte de aquella dulce y buena Celia Viñas, acaecida cuando ya el libro estaba imprimiéndose.

Empezamos por la benjamina, Pilar Paz Pasamar. Hija de familia, la segunda entre cuatro hermanos (fórmula de 2 + 2, pues son dos chicas y dos chicos). Adolescente a punto de juventud. Alta, espigada, morena. Nació en Jerez y le gusta cantar



Pilar Paz luce su clara sonrisa de adolescente y esas trenzas que se cortó hace un año paseando por el lago de Como



Gloria Fuertes en un recital al aire libre en el parque del Retiro

y bailar: sevillanas, bulerías. Alegre dimensión de vida, no exenta, sin embargo, de atticismo. Terminó el bachillerato en Madrid y cursa en la actualidad Filosofía y Letras en la Universidad Central.

—El primer libro de versos lo escribí a los quince años. No lo publiqué. Mi primera obra publicada se titula «Mara». El nombre está sacado del Libro de Ruth, de la Biblia. Lo prologó Carmen Conde. Tenía yo entonces dieciocho años. (Lo dice con un acento que mueve a risa, pues ahora sólo tiene veintiuno). Después he publicado en diversas revistas poéticas españolas.

Su segundo libro, «Los buenos días», obtuvo el accésit del «Ado-

nais», en 1953 y ahora acaba de ganar otro accésit, el del concurso del semanario «Juventud».

—Debo tener cara de «segundo premio», nos dice riéndose.

De pequeña le gustaban mucho las muñecas y, más tarde, la posesión de montones de libros y revistas, que agujereaba una vez leídos, porque descubrí «lo cómodo que resultaba jugar con personajes de papel». Llegó a crear ciudades enteras y le gustaba actuar de «destino» de sus «criaturas». A los diez años, se enamoró «del niño que corría más que ninguno». Y a los quince años tuvo su «amor imposible». Por entonces, ya la poesía de Juan Ramón Jiménez le abrió un horizonte nuevo.

—Empecé a sufrir ratos de seriedad y tristeza. En los alegres, no dejaba—como ahora tampoco—de cantar y bailar las cosas auténticas de mi tierra. Desde entonces he escrito muchos versos. También me gusta escribir teatro. E interpretarlo. He actuado en Cádiz, Córdoba, Jerez, Moguer..., en compañías de aficionados y estudiantes.

—¿De verdad, le gusta bailar y cantar flamenco, o era una broma?

—En serio. Mire, esta mañana, precisamente, estuve en una boda y canté unas bulerías. Por cierto, ocurrió algo divertido. Un chico, a quien no conozco, de los que estaban en la fiesta, dijo cerca de mí: «Estas son las mujeres que a mí me gustan. Las que no piensan». (Se ríe abiertamente Pilar Paz, llenos de luz meridional los ojos claros y limpiños). Ya ve, yo que suelo pensar, de vez en cuando...

—¿Qué opina de la mujer de su generación?

—Me gustaría que el nivel femenino tuviera una mayor responsabilidad. En general, estoy más contenta de los chicos de mi generación que de las chicas. Pero, por Dios, no vayan a enfadarse.

Joven y ya rica de lumbre creadora, de «certeza luminosamente espléndida», en frase de Carmen Conde, todo el horizonte es suyo

y a él va, con paso dulce y seguro, Pilar Paz Pasamar, «infanta», hoy por hoy, de la poesía española.

GLORIA FUERTES TRABAJA EN UNA OFICINA Y MONTA EN BICICLETA

El primer regalo que tuvo Gloria Fuertes, se lo hizo ella misma. Fué una bicicleta, que compró a plazos. Tenía entonces catorce años. Ya colaboraba en revistas infantiles y con el producto literario adquirió la «bicli».

—No es que presuma de campeona, ni les vaya a quitar la gloria a los ases del pedal, pero lo hago bastante bien. Aunque he engordado y ya no soy tan joven, sigo montando en dos ruedas. No tengo prejuicios. Si pudiera ser, me gustaría ir a dar un recitan a la Luna.

Esta es Gloria Fuertes, niña grande de ojos redondos y claros, con andar de chicarrona del Norte y, a ratos, valvén de barco en alta mar. Esta es la niña que «casi no tuvo niñez»; la amiga de los chiquillos de todo el mundo. Que ahora trabaja en una oficina y quiere escribir cuentos y teatro. Sobre todo teatro.

—¿Qué libros leía usted de pequeña?

—Cuentos. Todos los cuentos. Me hice poetisa antes de leer poesía. Me inventé una poesía para mí y luego resultó que había gente que escribía así en París y en América.

Gloria Fuertes ha publicado muchos cuentos, en revistas infantiles y también versos. En 1950, «Isla ignorada», su primer libro de poesía. Luego, otro: «Canciones para niños», «Aconsejo beber hilo». Muy pronto saldrá el cuarto: «Versos para párvulos».

—Escribo cada día, sin tregua. No por obligación, sino por necesidad espiritual. Tengo que darme.

La poesía de Gloria Fuertes es sencilla, vigorosa, saturada de hondo clamor maternal, de ternura viva y un tanto desgarrada. Significa, en el panorama de la poética femenina española, el máximo acercamiento a la poesía social, en cuanto se valora como amor desnudo y fraterno a todos los seres humanos. En su creación se depura lo auténtico del falso. Pero así es también su vida ordinaria.

—¿Recuerdos infantiles, Gloria?

—Del colegio al trabajo. Casi a los quince años, empecé a trabajar en una fábrica de Metalurgia. Luego, en la oficina que estoy. Eso sí, cada vacación estival me iba a la playa yo solita en tercera. Mi más diáfano recuerdo son las cartas que escribía, año tras año, a los Reyes Magos, pidiéndoles muchas cosas. Después, al ver que me ponían una «pepóna» de 0,95, pensaba. Pensaba mucho. Me daba pena de mis pensamientos, pero no derivé nunca a la envidia a los otros niños.

Es especialista en literatura infantil. Y ha escrito el villancico del «Niño de la manga ancha».

—¿Aspiraciones actuales, aparte su deseo de escribir teatro?

—Como dicen en los pueblos, salud y trabajo. Vivo franciscana-

mente, así que con tener para el autobús y unos zapatos... Además, soy millonaria. Millonaria de amigos, de buena gente, en todas partes. La amistad es lo más importante, para mí.

PURA VAZQUEZ, LA
«POETISA DEL SIL»

Citamos a Pura Vázquez en el Ateneo y ella acude puntual. El alma de Rosalía de Castro se asoma desde muy lejos para escuchar la voz de Pura, esta galleguina de Orense, maestra como Gabriela Mistral y como ella, dulce amante de los niños. En sus ojos hay fondeada una flor de leyendas, un sortilegio de «saudades» y cantos de pájaros, un rumor hondo y verde de Naturaleza viva, forestal. Reside en Madrid desde hace diez años y en el S. E. M. todos conocen su andar leve y silencioso.

—El título de maestra lo aboné con la indemnización de un empleo que dejé al hacer la oposición. Quería haber ido a la Universidad, pero no pudo ser. (Lo dice con cierta pena, pero se rehace pronto). Me gustaría ser la eterna estudiante, pese a los suspensos y a la mala fama que tuve entre mis profesores. Era muy popular, en este sentido. No aparecía por las clases, en un mes, a veces. Me iba a ver los árboles, a ver cosas por ahí. (Abarca inmensidades y lejanías con el gesto de sus manos. Parece una emigrante, un marinero sorteador de océanos).

—¿Mañana estudiante, entonces?

—Sí. Escribía poesías y cuentos, en los bancos de clase, cuando no tenía papel. Agotadas todas las hojas útiles de los libros de texto, los cuadernos. Donde veía un espacio en blanco, grande o chico, a llenarlo. Y me abstraía tanto, que no me enteraba de lo que ocurría en clase. Me llamaban para decir la lección y... nada, ni enterarme. Hasta llegaron a expulsarme del Instituto. Comprendo que no me portaba demasiado bien. Saltaba por la ventana de la clase de Física, que daba al jardín, y me iba de vagaburdeo. Como es lógico, el catedrático me suspendió. Decían que no llegaría lejos. Sigo aquí, pero pienso ir a América.

—Bueno. Pero ahora es usted una muchacha formal y seria.

—No crea. Me sigue gustando hacer travesuras y tengo que pensar todos los años que tengo «muchos», dice, y nos echamos a reír—, para refrenarme. Carmen Conde dice que tengo los siglos de edad y los siglos de sabiduría de los gallegos. Pero yo me encuentro tan indefensa y tan poca cosa, tan sin saber nada de nada.

Esta gallega tiene un formidable y finísimo sentido del humor.

Pura Vázquez, a pesar de ser «tan poca cosa», es hasta académica: miembro de número de la Real Academia Gallega. Le impusieron la medalla el mismo día que a Cela.

Se disculpa de tanto honor:

—Cosas de allá, de Galicia. Los gallegos nos queremos mucho unos a otros.

En total tiene publicados ocho libros: «Peregrino de amor», «Márgenes veladas», «En torno a

la voz», «Desde la niebla», y actualmente le están editando en Buenos Aires otro en su lengua nativa. Escribe en castellano y en gallego con la misma fluida naturalidad. En 1950 ganó el accésit del Premio «Boscán», y pronosticamos que ha de ganar muchos premios esta «poetisa del Sil» (calificativo de Carmen Conde), de lírica apasionada y de difícil facilidad, pura y sencilla, ebria de espacios libres, cantora de la Naturaleza y ella misma árbol de perenne adolescencia.

Le hacemos una última pregunta:

—¿Cómo se ve usted en su espejo íntimo?

—Mi intimidad es fácil. Sigo siendo la misma muchacha enamorada y deseando un montón de cosas. La primera, casarme —afirma rotunda—. Me gustan mucho los niños y es acaso lo único que me pone sentimental. También me gusta—no se alarme—conversar con los animales: pájaros, perros, caballos.

PILAR VAZQUEZ CUESTA,
BIBLIOTECARIA «HONORIS CAUSA»

Pilarín Vázquez Cuesta está «recem chegada», como quien dice, del Brasil. Cinco meses ha permanecido allí, becada por el Gobierno brasileño. También ha visitado Montevideo, en cuyo Centro Gallego dió una conferencia sobre «La mujer en la poesía gallega». Es bajita, morena, de ojos verdes, y le sale un acento picanteado de portugués al hablar.

Gallega, de Chantada—la tierra de los mejores pirotécnicos de toda Galicia—, expresiva y menuda, dada a la fantasía, pero con el sentido de la realidad a punto Pilarín Vázquez Cuesta nos habla de sus años infantiles, llenos de sabrosos recuerdos.

—Durante el bachillerato se me daban muy bien las matemáticas y muy mal los ejercicios de redacción. Le tenía un miedo pánico a la Literatura. Estudiaba yo entonces en el «Beatriz Galindo». Recuerdo que una compañera me advirtió que a Gerardo Diego le gustaban los signos de admiración e interrogación:



Pura Vázquez remando en el Tajo, aunque no presume de deportista

Yo hice mi primer ejercicio todo salpicado de estos signos... Ahora pienso que eran bobadas de niñas. Pero, desde luego, la influencia de Diego como profesor me marcó. Esto, en serio.

Bibliotecaria en la actualidad del Ayuntamiento de Madrid, lo es «honoris causa», desde los cuatro años, de la Biblioteca Nacional, a la que empezó a ir desde esa edad con una tía suya, funcionaria de aquel centro. La dirigía entonces don Miguel Artigas, quien un día preguntó que quién era aquella pequeña bibliotecaria.

—Yo estaba convencida de que lo era—asegura.

De pequeña era una niña triste hasta que aprendió a leer. Entonces huyó del aburrimiento. Más tarde aprendió a hacer muñecas de papel, a las que les dibujaba los vestidos.

—No crea. Llegué a pensar muy seriamente en dedicarme a diseñar figurines.

También en esta gallega salta



Pilar Vázquez Cuesta, gentil «caipira» brasileña, en una fiesta de San Juan en Jacarepaná (Río de Janeiro)



María Alfaro después de una conferencia sobre el poeta Byron

la cuerda burlona, el soterrado humorismo. Nos confiesa ahora su miedo enorme a enfrentarse con los chicos cuando arribó a la Universidad. (Es licenciada en Letras.) Ahora opina que los hombres y las mujeres son dos mundos distintos, dos conceptos antagónicos de la vida.

—Quizá por eso se complementen—afirma.

—¿Problemas Pilarín?

—El principal problema humano para mí es vencer la soledad. Pero la soledad no se vence con la simple presencia física de una persona. Y ahí tiene, implícita, mi definición del amor y mi postura ante él.

Viajera incansable, ha recorrido España, Portugal, Francia, Bélgica, Marruecos y ahora Brasil, a donde piensa volver. Su vida es rica, armoniosa, plena de espiritualidad. Como su poesía, esa poesía dispersa en revistas y



Angela Figuera, con su esposo, veraneando en los pinares de Soria

que nos debe consagrada en libros.

LA MADUREZ HUMANA DE MARÍA ALFARO

La charla con María Alfaro nos deja un regustillo de serenidad, de ancho sosiego. Mujer en cruz, de vuelta de tantas cosas, limpia de espíritu y segura del gesto, es poetisa «per se». Siente la poesía, la capta en todo momento, si bien no la cultiva con entera asiduidad por su dedicación a otros trabajos literarios.

—Yo no puedo llamarme, en rigor, poetisa—nos dice.

Sin embargo, María Alfaro ha publicado un notable libro de versos, «Poemas del recuerdo».

Corresponsal en Madrid de «Les Nouvelles Littéraires», ha vivido cuatro años en París, dos en Méjico y otros cuatro en los Estados Unidos. Conferenciante, ensayista, traductora de lord Byron... En su vocación literaria influyó desde su temprana juventud el ambiente intelectual de familia. Su abuelo, don Antonio de Segovia, fué secretario perpetuo de la Real Academia de la Lengua. Está casada con un ingeniero industrial. Es una gran viajera y un espíritu nutrido de goces intelectuales y artísticos.

Hablamos de la vida y de la muerte, temas eternos y acuciantes, ya que prefiere apartar la poesía de nuestro breve diálogo.

—Me gustaria morir centenaria. Quiero tener una larga agonia de asco. Asco de mí, de mi miseria humana, de todo.

Sus ojos se pierden y se anegan en una lejanía amorfa, sin límites. Nos dice luego que le gusta leer.

—¿Ha escrito alguna novela?

—Sí, dos. Pero no tengo prisa en publicarlas: «Doña Ana o el fracaso de la sabiduría» y «Memorias de una muerta».

—¿Le atrae la muerte?

—No. La espero, nada más. Y deseo que tarde mucho.

ANGELA FIGUERA, UNA MUJER SIN PRISAS

Angela Figuera está también casada con un ingeniero industrial. Su único hijo, Juan Ramón, se prepara para el ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales. El hogar de los Figuera—el marido de Angela es primo hermano suyo y coinciden en el primer apellido—participa tanto del mundo de las matemáticas como del literario y del artístico. Existe un equilibrio de fuerzas, sin roce ni malentendidos. Clima diáfano, de laborar intenso.

Ya desde el colegio de monjas, en su Bilbao natal, escribía versos ingenuos para recitar en el mes de mayo. Siempre ha escrito sin prisas de publicación inmediata. Lo comenta divertida:

—Siempre he hecho todo tarde: las publicaciones, el hijo, el viaje de novios a Mallorca, aún pendiente...

Conoce casi toda España, en viajes lentos, sin horario fijo. Dentro de estas rutas por las provincias españolas destaca Soria, origen de uno de sus libros.

«Soria pura», recreación del paisaje a través de una visión y un sentir personalísimos, y la segunda de sus obras publicadas. La primera, «Mujer de barro», es un canto vibrante y apasionado al amor y a la maternidad. Angela Figuera es licenciada en Filosofía y Letras. Ha desempeñado la cátedra de Lengua y Literatura españolas en Huelva y Alcoy. Es una perfecta ama de casa y ha sabido hacer felices a los suyos. De inteligencia flexible, comprende el paso y las inquietudes de las nuevas generaciones. Ama la vida sencilla.

—Ya sabes. Primero, los libros, luego, el campo—mi ideal y el de Julio es tener una casita rodeada de árboles, en cualquier sitio, que diste lo suficiente de la ciudad para no sentir su tráfico—; después, la música, y por último, el arte moderno. Sería inexacto decir que comprendo todo el arte abstracto. Pero pienso que de la inquietud actual pueden surgir más tarde los nombres consagrados. El arte, como la vida, es renovación. No hay que rasgarse las vestiduras, ni criticar acerbamente, ni tachar de iconoclastas a los jóvenes, sino darles el tiempo que se les debe conceder a los artistas y esperar. Ya ves la distancia que existe entre la poesía actual y la de hace cincuenta años o veinticinco años. Yo misma he pasado en mis poemas de cambiar mi intimidad feliz al dolor y la preocupación por un mundo y una humanidad difícil, áspera, malherida. ¿Poesía social? No. Poesía humana, humana a secas; la poesía que una mujer que es madre también con todas sus auténticas y nunca soslayadas consecuencias, puede sentir y debe sentir en nuestro tiempo.

—Esto se ha puesto grave—nos dice con una ancha sonrisa.

Y a renglón seguido enhebra la charla por otros derroteros:

—Hace poco se me presentó un señor desconocido aquí en casa, tímido y balbuciente, dándole vueltas y más vueltas al sombrero entre las manos, que, al final, me soltó: «Yo venía..., si usted fuera tan amable..., a que me enseñe usted a hacer esos endecasílabos libres que usted escribe.» ¿Qué te parece?

Nos reímos a todo pulmón. El cuarto de estar se puebla de imágenes, de gestos, de voces. Hasta los cuadros del pintor Figuera—uno de los hermanos de Angela—parecen unirse al ritmo de la vida que palpita y bulle en las palabras de la poetisa. «Kelbtin», la perra, ensaya unos asombrados ladridos.

Nos despedimos de Angela Figuera. En la calle repasamos mentalmente el itinerario poético por si nos falta alguna. «Lástima que Josefina Romo se haya marchado de vacaciones a Nueva York» pensamos. Porque Josefina—«María Sola», en un libro de poemas rico en temática y en logro literario—, profesora de Universidad en Madrid y en Norteamérica, nos hacía falta para completar este, por fuerza, breve «tour» por la lírica femenina residente en la capital de España.

Concha FERNANDEZ-LUNA

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

REIVINDICACION DE LOS GACHUPINES

Por Alberto MARTIN GAMERO

Gobernador Civil de Logroño

QUEREMOS comprender bajo este nombre, que guarda una absoluta sinonimia con los calificativos que se les dan en otras Repúblicas americanas, a los españoles de nacimiento que habitan en ella. Hemos elegido el calificativo con que se les designa en Méjico por el cariño hacia esa República y por su distanciamiento circunstancial de las cosas de España, sentimientos de los que participa la enorme mayoría del pueblo mejicano.

Creo que no es la primera vez que se aborda este tema en la Prensa. A los escritores que me han precedido les ruego admitan mi felicitación por esta empresa que considero justa.

Quizá la cosa más difícil para el hombre sea conocer al hombre. Como dice el viejo adagio, seguimos valorando a nuestros semejantes no por lo que son, sino por lo que parecen. Elle unido a que, como diría Arturo Graf, «son poquitos los hombres que sepan tolerar en otros los defectos que ellos mismos adolecen», y consumado con el mal de la envidia ante el resultado del sacrificio y laboriosidad ajena ha producido en algunos consideración para el americano, para el indiano, para el gachupin. El fenómeno ha tenido su origen en

las tan superhermosas como supersoberbias capitales, mal observatorio—contra lo que sus habitantes creen—para multitud de problemas humanos y sociales, y está demostrado que con su elevado sentido del humor, con su elegancia y buen gusto—exclusivo, al parecer, de sus moradores—crean a veces fenómenos de insolidaridad nacional—que se paga a buen precio el subsanarlos—, y otros, como en este caso, injuria a colectividad; españoles tan de pro, tan patriotas, tan excepcionales, que merecen nos preguntemos en conciencia si nuestro cariño a la vieja Hispania iguala al de ellos y si como ellos hemos sabido crear por todo el mundo el respeto a nuestra Patria y la hermandad entre los españoles; en cualquier paralelo de la tierra donde se encuentran.

Esa visión del americano de rutilante carro, cargado de dinero, objetivo fácil de las lindas cazadoras de las salas de fiestas, falsos anticuarios, «maitres» de grandes hoteles y cicerones a tanto la hora, encontró desde el primer momento la repulsa de todas las provincias del norte de España, que en una inmensa mayoría han sido las tierras pródigas que les vieron nacer y que tanto les tienen que agradecer.

El que en cualquier gran ciudad es un señor más, de gran posición económica, aquí es el nativo de una aldea, con su círculo de familiares y amigos que conocen sus penas y sus desgracias, su mérito y sus glorias.

Si en cualquier momento, por cualquier motivo y en cualquier edad, es cosa fuerte dejar la Patria, pensemos en los viajes sin viáticos y a cuyo final sólo espera el trabajo, el esfuerzo, el hambre y quizá el fracaso y la muerte fuera de la casa humilde que los vio nacer y tiene derecho a verlos morir.

Si dura es la vida, más dura es nuestra raza, y allá va el joven gallego, asturiano, montañés, vasco, castellano, etc., etc., sin más equipaje que su ánimo esforzado y sin más tempo que su edad. Por sus virtudes, se personaliza en ellos el pensamiento de Addison: «No está en nosotros los mortales mandar en el éxito; pero podemos hacer más: merecerlo.»

América no es fácil de conquistar, y durante años quizá pasan por esa situación que, por vivir la tantas veces, Cervantes describía con feliz gracejo: «Asaz de desdichada es la persona que a las dos de la tarde no ha desayunado»; no hay distinción del día y la noche para sus trabajos y molestias, pero le convierte en una necesidad y por eso no encuentran montañas que no atalayen para buscar los horizontes que ante ellos se abren. Aherran sin avaricia, y su primer dinero es para los familiares de España.

Quando la vida les empieza a senreir, empiezan a vivir para los demás, para los otros españoles necesitados, socorriéndolos y no compadeciéndolos—como por aquí tanto se usa—, porque la experiencia y la desgracia propia les enseñó a obrar así. Los centros benéficos, sanitarios, asistenciales, de las distintas colonias regionales—cuyas memorias anuales nos envían con tanto cariño—son buena prueba de ello.

Estos hombres, estas familias, sólo tienen un bendito complejo: su sublime amor a España, un amor como el de Dante Alighieri, capaz de mover el sol y las demás estrellas. Su obsesión día-

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Única publicación de técnica e informaciones doxológicas que se edita en lengua castellana

«OPINION» RECOGE LOS RESULTADOS DE LAS ENCUESTAS MUNDIALES MAS INTERESANTES

En el último número se incluyen entre otros trabajos los siguientes:

Auscultaciones de la Unesco sobre la influencia en los niños de las revistas infantiles;

Puntos de vista de los empresarios y obreros canadienses con respecto a las relaciones laborales

Hombres y mujeres ante el matrimonio

Los norteamericanos lloran en el cine

Vaticinios electorales en Estados Unidos

Los ingleses están descontentos con sus restaurantes

Ardides de la moderna publicidad

Los franceses opinan sobre la política de su Gobierno

Diversos países son partidarios de un idioma universal

Los argentinos opinan sobre espectáculos

Estudios sociológicos en U. S. A., Suecia y Japón

Los peligros del tabaco en Italia

«OPINION» APARECE TODOS LOS MESES

36 PAGINAS

SUSCRIPCION SEMESTRAL: 30 pesetas

Pedidos: Montesquínza, 2. — MADRID

ria es el recuerdo de sus aldeas, y generosamente, por obra y gracia del dinero de los americanos, surgen en las mismas, escuelas, teléfonos, abastecimiento de aguas, frontones, trilladoras, tractores, etc. Pocas cosas más gratas que la visita a los pueblos riojanos para asistir en compañía de algún generoso gachupín a estas inauguraciones que regalan al pueblo «La Sociedad de Hijos de Villoslada de Cameros», de Santiago de Chile, etcétera, y así la relación interminable en todos los pueblecitos de la sierra, las Viniegras, Galilea, Badaran, Briones, etc.

La romería de la Virgen de Lomos de Orio, el primer domingo de julio, y su «caridad» con decenas de americanos que vienen por pasar ese solo día y adorar a la Señora de sus antepasados es sencillamente emocionante.

Cuando vienen a España les acompañan sus hijos, y su mayor ambición es que se casen aquí, sin más pretensiones que la bondad y laboriosidad de los pretendientes: los fíofos prejuicios sociales para ellos no existen.

Durante nuestra Cruzada vivieron y ayudaron a la mejor causa, y luego los españoles que se habían labrado su propio naufragio, su propio «Waterloo», no murieron de hambre, no por la ayuda de sus dirigentes, dueños del mayor expolio al Tesoro nacional que registra la Historia, sino porque allí donde llegaron había españoles que adivinaron la necesidad de otros españoles, y las facturas, los comercios, los hospitales cantaron una vez más la santa hermandad entre nuestras tierras y nuestros hombres.

Han sido magníficos embajadores en los años difíciles. Han arrojado graves responsabilidades, incluso, en algún caso, como el asesinato de Gollostra, estuvieron presentes en significar su protesta y acoger con rapidez y con la debida dignidad sus restos mortales hasta que nuestro Gobierno dispuso lo pertinente.

Por otra parte, América les debe eterna gratitud, pues el auge agrícola, comercial e industrial de todas las Repúblicas hispanoamericanas se les debe en gran parte a ellos, que representan igualmente el sentido de ponderación, de trabajo, de estabilidad y de continuidad en la vida política-social de las mismas.

Por todo ello, es acertadísima la conducta que sigue nuestro Gobierno en los momentos actuales de intercambio intelectual, de recepción por las más altas jerarquías del Estado de personalidades de Hispanoamérica, de concesión de condecoraciones en los aniversarios de nuestras gestas nacionales y de autorización de la doble nacionalidad, pues los sentimientos de estos paisanos nuestros son igualmente afectivos para el suelo que les vio nacer y para el que fecundaron con su trabajo.

Al final de la jornada—y aun antes si es posible—, el retorno a sus provincias, a volver a contemplar paisajes y rostros queridos, a olvidar aquellos que no guardaban relación ni con su pasado ni con su porvenir; olvidar lo que en sus vidas han tenido de soledad, de aislamiento, de falta de descanso, de inseguridad; a buscar «la leña seca para quemar, el vino añejo para beber, el amigo anciano para conversar». Los únicos amigos que pueden oír la historia de aquel niño, hijo de la lavandera de su pueblo a quien envió su madre con un modesto presente para una chica rica de un pueblo próximo en un día de cellisca invernal, y la madre de la novia, agradecida, le dijo que era «un chaval muy majo» y le dió de merendar un huevo frito y chorizo «para él solo», cosa que a su regreso envidiaron sus ocho hermanos más pequeños, o aquella otra—ésta ya más próxima—de cuando el Caudillo de España le dió un abrazo el día que inauguró en la capital de la provincia un sanatorio antituberculoso para el cual él había entregado al salvador de España unos millones de pesetas.

La asistencia de estos españoles fuera de nuestras fronteras es un hecho de política universal que prestigia a España y debe enorgullecernos a todos; guardémosle el respeto y el cariño debido y merecido; nosotros, los que no hemos dejado de pisar nunca el suelo nacional, los que, al parecer, nos olvidamos de que una de las satisfacciones mayores que nos es dada, es la que han cantado nuestros poetas en estos sencillos versos:

«¡Cuán feliz es el que oye eternamente el mismo ruido de la misma fuente!»



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados



Una vista del pintoresco pueblo de Mojácar, la Montaña Sagrada de romanos y moros

UN PUEBLO VIVE DE ESPALDAS A LA ANGUSTIA



La palmera ratifica los títulos andaluces de la ciudad de Cuevas del Almanzora

¿QUE país es ese en el que los frutos no se pudren y los rosales no están más de tres meses sin rosas, y en el que la plata fluyó del suelo cuando los pastores pegaron fuego a los copudos árboles?

Ese país está a unos seiscientos kilómetros de Madrid y es poco conocido, país de sol y de cielo azul, con playas que conservan las huellas de muchos pueblos, país de montes y valles tibios, con ríos de escasas aguas. Es el país cuyas costas vieron las naves de Ulises, costas llenas de luz y olorosas de yodo, con calas de menudísimos guijarros. Yo os introduciré al conocimiento del país que celebraron los clásicos, a una de sus regiones concretamente

Está tal región entre los 36° 40' y 37° 54' de latitud Norte, y los 0° 35' y 2° de longitud Este del Meridiano de Madrid, y así resulta la más oriental de las tierras andaluzas. Su extensión es de 8.774 kilómetros cuadrados: el 1,74 de la superficie de España. Su clima es propicio a los hombres: de diciembre a febrero, 11,8 grados; de marzo a mayo, 15,7; de junio a agosto, 23,9, y de septiembre a noviembre, 18,9 grados. No sé si fué «Childe Harold» o Rainer Rilke el que dijo que una temperatura así debió disfrutarse en el Paraíso. Allí dominan los vientos del segundo y del cuarto cuadrantes. Digamos, de paso, que en torno a estos vientos se ha disparatado bastante. El soplo del

LAS COSTAS DE ULISES, LLENAS DE LUZ Y OLOROSAS DE YODO

Oeste es fuerte, desde luego, pero no hasta el punto, como quieren enciclopedias, de obligar a sentarse en el suelo para no ser derribado. En la zona Central y en el Suroeste se disfruta de casi una continua primavera, sobre todo en la costa. La sequía pertinaz es interrumpida de tarde en tarde por terribles chubascos, y alguna vez se sienten terremotos. El último gran temblor se prolongó a Orán, y lo arrasó.

Hay en el país altos cerros, como el Maimón, de 1.739 metros; la Muela de Montreviche, de 1.567; el Cerro Gordo, de 1.542; el de la Jara, en Sierra Cumbre, de 1.321. La parte más áspera del país está por la Sierra de Gádor, donde comienza la Nevada. Las de los Filabres, Almagrera, Oria, Cabrera, Alhamilla, Lucainena son también sierras fragosas. En tiempos pasados estas montañas estuvieron pobladas de coníferas. Hoy, la superficie forestal de ellas es de 63.983 hectáreas, más 300.000 de matorrales y pastos. De estos montes se sacan anualmente 164.000 quintales de esparto. Pero la riqueza de estas sierras está en sus entrañas: oro, plata, cobre nativo, hierro, plomo, azufre, cinabrio... Estos parajes, según dijo un geólogo bel-

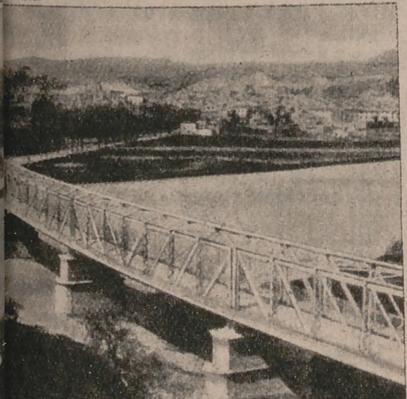
ga, son como un inmenso prolongado placer minero.

Tres ríos y muchos arroyuelos surcan la zona Central para conducir sus aguas al Mediterráneo: el Almanzora o Guadalmanzora (río de la Victoria en lengua de árabes, bautizado en memoria del caudillo Muhammad Ben Abumar Almanzor), es el principal. Nace en las vertientes septentrionales del Mojón de Cuatro Puntas, y fertiliza Serón, Tijola, Bayarque, Sufli, Olula del Río, Puchena, Zurgena, Somontín, Armuña, Fines, Cantoria, Huércal-Overa y Cuevas del Almanzora. Después viene el río de Aguas, nacido en faldas filabresas, que va a morir junto a Mojácar, la Montaña Sagrada de romanos y moros, «Llave y amparo del Reino de Granada.» Y el río de Antas, filabrés también, que antes de desembocar junto a la mar, en la primera vez en la biografía de Europa, se conoció el bronce.

El litoral de esta comarca almeriense es de los más bellos del Mediterráneo, y el viajero, en una cualquiera de estas playas, puede creer que está en Sicilia o en la Riviera. El cielo y el mar de Carboneras, pongamos por caso,

GENTES Y COSAS DE LA ALMERIA ORIENTAL

PAIS DE PLAYAS Y ALTOS CERROS BAJO EL SOL MEDITERRANEO



de construcción moderna sobre el Almanzora: Este parque cuévano tiene el su nombre andaluz de «Recreo»



son idénticos al mar y al cielo de Nápoles. Ciféndome a la región que describo, la más oriental de la provincia, diré que entre la desembocadura del Almanzora y el de Aguas se borda el golfo de Vera, llamada Puerto del Rey, de dorada arena, y de allí al cabo de Gata, por la ondulada costa pueden verse lugares de agreste y delicada hermosura: Puntas del Cantal e islas de San Andrés de la Carbonera, del Farallón y la Mesa de Roldán, de la Polacra, el puerto del Genovés, Punta de Vela Blanca... De seguro que el conde Arnaldos, en la canción que decía al que con él iba, no se refería a los peligros del mar en estos parajes, tan bonancibles siempre. El buen conde se refería a los piratas que en aquella época infestaban el litoral, pues no en balde Medina Albari había sido uno de los mercados de esclavos más famosos de la Edad Media. El litoral está sembrado de atalayas, y en tiempos remotos debió ser impresionante: hasta el estuario del Almanzora bajaba la selva, el río era propicio a remontarlo en naves, llevaba pesca, y por aquellos alrededores brotaban fuentes termales.

DE LOS REMOTOS HABITANTES DE ESTAS TIERRAS Y DE LAS COSAS CURIOSAS QUE EN ELLAS HAY

Esta tierra es feracísima, y con un poco de agua se obtiene el treinta por uno de la siembra. Hay palmeras de azucarados dátiles, naranjos hespéricos, higueras y olivos, granados y melocotoneros, palas chumbas, tomates sabrosísimos, como los de Calguerin, gruesas moras y enormes sandías, pimientos, parrales y vides, no tan jocundos como los de Laujar ni tan cosmopolitas como los de Berja. La sierra huele a espliego y romero. Y cuando los años buenos hacen crecer los cereales, el harapiento pastorcillo puede hacerse una flauta delicada, «avena tenui», y ofrecer a los campos dulces e improvisados sonos, lo mismo que en Virgilio. En Pulpí, vecino a Cuevas del Almanzora, se cosecha aceite, y también en Turie muelen oliva las almazaras. Lubrín es famoso por sus almendras, sierra Cabrera por su miel. En Cuevas y en Huércal-Overa, en Los Gallardos y en Bédar, la riqueza es más bien cereal. Albox

tiene fama por sus mercados. Garrucha es pescadora y consignataria, y en Carboneras se juntan las faenas del agro y los trabajos del mar.

¡Ah, si esta comarca tuviera agua en abundancia... Hay años de cruel sequía, de privaciones. No sin razón pudo el cantor de estas tierras llorarlas en su sed, cuando «no escurre el ciclo maldice la gota ni nace hierba ni pa los ganaos...» Cuando las minas estaban en explotación era otra cosa. Había dinero a carros (en carros se llevaba la plata acuñada a los accionistas de las minas de Almagrera), faltaba la mano de obra. Pero tras la abundancia vino la escasez, hubo que vivir de la tierra, generosa, sí, pero dejada de la bendición del cielo, y una prolongada parusia de vacas flacas se enseñoreó de todo. Esta comarca, sin ser eléctrica, cree que el principio de todo lo bueno está en el agua. Sin agua, casi todo quiere decir pobreza.

Antes de tratar concretamente de aquellas gentes, quiero decir algo de las primeras que habitaron estos lugares. Los primeros testimonios hemos de ir a buscarlos a las grutas. En las grutas almerienses, en los argares c. y. paradigma situamos en la de los Letrados, en Vélez Blanco, hallamos características de edades remotas que se desconocen en Aurínag. Estas pinturas almerienses son anteriores a las de La M. -deleine y Altamira, según Lódríck, y van a celebrar su apoteosis a la malagueña de La Pleta. Los cazadores del Paleolítico almeriense narraron en ritmos impresionantes todo un poema de estilizados órdenes zoológicos y humanos. Y, saliendo de las cavernas, el hombre mágico de Almería está hoy en las encañadas fachadas de los cortijos de esta región oriental: es el tótem indiano que sostiene el arco iris y con el que parece jugar a la comba, legado enigmático de algún mito solar.

Los mismos cazadores que decoraron sus grutas, más tarde, en un cálido valle que hay a la izquierda del río de Antas, a doce kilómetros del mar, crearon la primera cultura broncínea.

En la desembocadura del Almanzora, en la actual Villaricos, un día populosa Baira, el arqueólogo Siret Cels descubrió necrópolis neolíticas, sobre las que más tarde se alzó la famosa ciudad fenicia, aquella cuyo castillo atalayaba el mar, según el relato edrisiano. Aquí se han encontrado flechas turdetanas, triangulares las de Villaricos como las de las tumbas reales de Micenas, fabricadas por los expedicionarios que después habían de fundar Cádiz.

Las necrópolis fenicias están confundidas con las cartaginesas, y éstas con otras más remotas y con otras posteriores. En las cercanías de la antigua Baira, en Villaricos, el viajero puede ver tumbas con expoliadas vasijas cinerarias. Aquellos lejanos almerienses enterraban a sus muertos en ánforas y junto a las ánforas de rojiza arcilla ponían copas hechas con huevos de aves gigantes, como pretendiendo que la eternidad se las bebiera. También se en-

cuentran monedas con delfines atravesados por tridentes, pequeñas vasijas de barro cocido con el motivo ornamental del pulpo, unido siempre al culto de Astaroth.

¿Cómo precisar la raza de estos almerienses? ¿Son bástulos, turdetanos, iberos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, góticos, árabes...? Los árabes dejaron allí su toponimia, sus sistemas de riego, sus fortalezas, mas no acabaron con la raza original. Hay, claro, muchos almerienses orientales con rasgos típicamente mahometanos, pero junto a éstos hay otros tipos raciales.

Nada he de decir del dominio musulmán en estas tierras porque a ello quiero dedicar un reportaje especial, en ocasión de celebrarse ahora en Almería fiestas por el primer milenario de su Alcazaba, y en torno al cual se han dicho cosas estupendas, como si el tema fuera de tipo arqueológico y misterioso, como si no hubiera una abundantísima bibliografía sobre el particular.

Tras la opulencia árabe, estas tierras no conocen otros esplendores. Durante los siglos XVII, XVIII y XIX Almería arrastró una vida gris, exportando leyendas negras de tracoma y miseria y emigrantes pobres, visitada de vez en cuando por viajeros franceses e ingleses que no la entienden.

En la actualidad, estos pueblos vegetan. Cuevas del Almanzora, con su pequeña iglesia dórica y su castillo desmantelado, tal vez alzado por Fajardo el Malo sobre una torre romana, es un pueblo que vive de su precaria agricultura. Lo mismo sucede con casi los demás pueblos de la Almería oriental. Mojácar casi se quedó sin casas. ¿A qué seguir? El problema de estos pueblos es el agua. Agua aunque se eche una implacable llave al sepulcro de toda esta historia.

EL ALMA MÁGICA DEL ALMERIENSE ACTUAL.

Pero antes de introducirnos a este problema del agua, permitidme que os diga algo sobre la psicología de aquellas gentes. La sociedad almanzorana está formada por una pequeña burguesía de terratenientes y comerciantes, y puede decirse que esta clase media se prolonga hasta el obrero, hasta el bracero y el pescador, sin diferencias abismales. No existe problema de clases. La clase obrera se funde y confunde con la burguesía.

No existe sociedad disuelta, todos se conocen, y entre el más acaudalado y el barbero se tienen lazos amistosos, casi entrañables. La sociedad es orgánica y sus miembros están vinculados por parentescos más o menos cercanos. Y el gitano que roba gallinas, arregla calderos y paraguas, laña cántaros, esquila borricos, limpia zapatos y canta fandangos en las tabernas, mientras su mujer mendiga, es un tipo metido en sociedad generalmente. No creo tampoco que la leyenda de la vagancia sea muy cierta. Allí no van a trabajar suecos ni uruguayos, lo que quiere decir que todo lo hacen los propios hijos de la región. Por otra parte, y como dato

curioso, consignaremos que en 1951 los parados que había en toda la provincia eran 2.577, débil número comparado al de sus casi 400.000 habitantes.

Veamos ahora, si ello es posible, cómo puede ser el mecanismo moral, la psique de estos hombres, capaces, como diría Eugenio d'Ors, de hacer compatible el regodeo de la pereza y el sentido de la perfección. Digamos primeramente que allí el bien es algo que debe coincidir con la utilidad. Allí en el Sur, la acción moral dimana de una voz autoritaria de la conciencia, a la que no es posible huir. Ni siquiera en su intimidad se considera allí el hombre desprendido de los suyos. El almeriense entiende primordialmente la vida en unidad con los suyos.

En su «yo» más hondo, es posible que el almeriense oriental sea un hedonista, alguien que quiere ser feliz ante todo, y tras los sacrificios a que obliga la voz de la sangre, la búsqueda de la felicidad es el gran sueño, el gran peregrinaje. Y, naturalmente, todo lo decide el «fatuma», es decir, hay una dependencia exterior. El «tenía que ser», por otra parte, es la forma oscura y cotidiana del determinismo. Hay, mezclado a todo esto, un mundo mágico; la realidad de la fantasía sustituyendo a la realidad de carne y hueso; mundo daimónico que se burla de la omnipotencia de las ideas, especie de animismo en revoltijo con las entidades fantasmales del sueño, que opera sobre la vida vigilante: un estadio primitivo, como dirían Vico y Goethe, nexo del almeriense actual con sus remotos antepasados, puente entre el mundo preárabe y el actual.

El alma mágica de aquellas gentes, a vista de pájaro, es una especie de cosmos de curioso lenguaje y oscuro sentido. Es posible que la geografía no configure el alma, pero es indudable que la influye, que la estimula. Aquellos parajes, lunares aquí y sensuales más allá (a la vuelta de un campo salitroso pueden crecer plantas tropicales), aquella atrabiliaria geografía excita la imaginación. La propensión a lo mágico se palpa. No podían faltar, pues, los procedimientos agoreros. El vuelo y el canto de la lechuza, como en los antiguos auspicios, anuncian funestos acaeceres. Los sortilegios y la nigromancia se practican también. Se evoca a los muertos, y en la noche de San Juan tienen lugar extrañas ceremonias rituales. La quiromancia corre a cargo de gitanas greñudas y graciosas. Si por la noche aulla un perro cerco de un enfermo, es que éste está en peligro de muerte, superstición de clara estirpe griega: Hécate llevaba un perro de aullidos fatales. Si se sueña con que las muelas se caen, la muerte ronda, y ratones soñados indican tesoros ocultos, cuyo secreto saben como menudos grifos. Hay también la superstición pitagórica de los números: el número trece es opuesto a la ventura. Todo esto, y mucho más que no es posible traer aquí, no reza con las gentes que superaron tal estadio de cultura. De todas las maneras, las comunicaciones en general (carreteras, radio, cine, etcétera) van relegando ta-

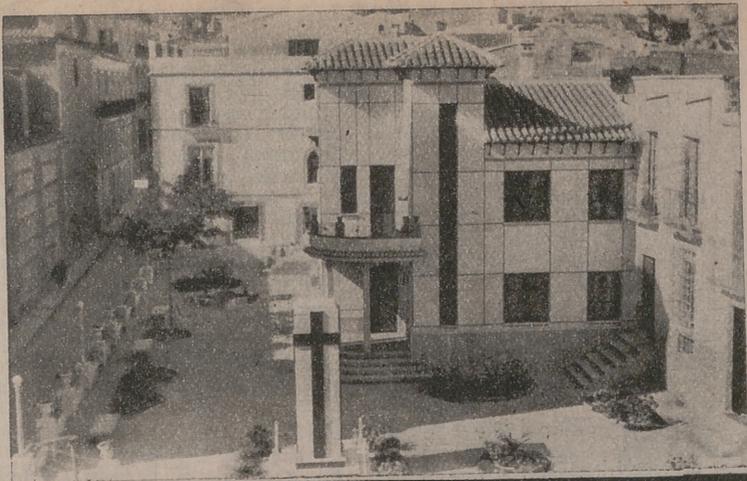
les supersticiones a los lugares más aislados.

PUEBLOS QUE MUEREN DE SED MIENTRAS SE PIERDE EL AGUA

La vida transcurre allí sosegadamente. En Carboneras, en Mojácar, en Turre, en Garrucha, en Vera, en Pulpí, en Lubrín, en Cuevas del Almanzora, se vive casi de espaldas a la angustia. La gente trabaja, juega a las cartas y al dominó, bebe que es un primor, pasea, critica, se alegra unas veces del bien de los demás, otras veces se alegra del mal de los otros. Hay rivalidades entre los pueblos, principalmente entre Vera y Cuevas. Yo creo, sin embargo, que son rivalidades que jamás traspasan los linderos de la bellaquería. Cuevas fué siempre más importante que Vera; Vera, en la actualidad, es tan importante o más que Cuevas. En Vera hay industrias, y en sus proximidades, en las vegas del Real de Antas, sobre todo, abunda el agua, bendición del cielo. Creo que la rivalidad entre patanos (los de Vera) y rabotes (los de Cuevas) viene de muy antiguo; tal vez de los tiempos de la Reconquista, cuando un puñado de caballeros se repartieron tierra y aguas. Los apellidos de tales conquistadores, como casi todos los apellidos de por allí comienzan ya a verse en tiempos anteriores a la toma de la región por los Reyes Católicos; en la crónica del Rey Enrique IV (en la de Galindez Carvajal, por ejemplo) podemos ver tales apellidos. También hay que saber tales rivalidades enraizadas en la época de «marranos» y de cristianos viejos. Estos rencores se han transformado y dado lugar a otros, pero repito que no los considero con capacidad de bellaquería.

La parte más rica de esta región quizá pertenezca ahora a Vera. Las citadas tierras del Real son ubérrimas, no tienen el angustioso problema de las de Cuevas. El Real es un paraje nemoso, poblado de naranjos y sonoro de regatos de agua. Muchas de estas aguas, convenientemente vendidas, van a fertilizar los campos de Cuevas. La parte estéril de Vera también se beneficiaría con los proyectos tradicionales de los labradores de Cuevas, a saber: la realización del tan prometido pantano, coto secular de políticos isabelinos y republicanos.

Por el precario estado de la agricultura y el colapso de las explotaciones mineras, colapso que parece definitivo, mucha gente tuvo que emigrar. Los de Lubrín se van a los Estados Unidos de Norteamérica, y también se fueron los de Cuevas; muchos cuevanos vieron crecer las ciudades del Estado de Indiana. De Mojácar, Turre y Carboneras van a Francia y a Orán. En el cementerio de Orán hay mucha gente de por allí enterrada. En Barcelona hay más gente de Cuevas que en Cuevas misma. La gente de Vera emigra menos. El mal del estado del campo hace emigrar a los cuevanos; crec que Cuevas tenía cerca de treinta mil habitantes hace cincuenta años, cuando el apogeo minero; ahora tendrá unos diez mil, gentes apegadas a la tierra sedienta, gente



Alegre y moderna perspectiva de la antigua ciudad de Cuevas



En contraste con la foto superior, esta vista de una antigua plaza de Cuevas

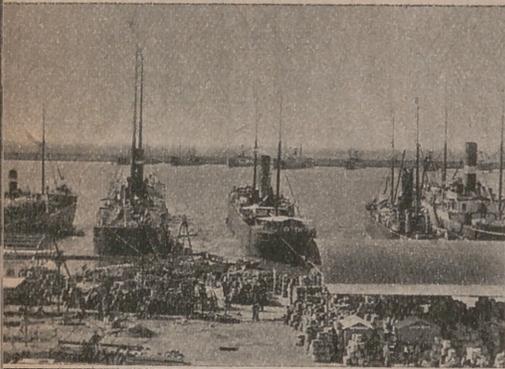
que aguarda el advenimiento de las aguas.

Estos pueblos tienen, en su arquitectura y también en su idiosincrasia, penetración murciana. Aparte leyes que pudiera descubrir mi amigo el etnólogo Julio Caro Baroja (que actualmente estudia aquellos lugares) yo veo sintomatizada la penetración murciana en que estos pueblos son zona del «carajillo», mezcla de café y anís, o coñac, que en la otra Almería se llama «ponche». Los chiquillos, y los adultos cuando se dan al diablo, ponen en circulación un lenguaje nada versallesco. Llamam al pan, pan, y al vino, vino, ¡y qué vino y qué pan...!

Durante muchos años estos pueblos vivieron sin grandes esperanzas de mejorar fortuna, sobre todo Cuevas. Como todo depende del agua y las cosas del cielo no se gobiernan desde la tierra, creyeron que todo iría a menos poco a poco. Y no se equivocaron mucho. Sufrieron años y años de sequía, hambre y miseria; la gente tuvo que dejar los lugares donde naciera y emigrar. a comer en Barcelona pan de exodo. Menos mal que, aunque perdido casi todo, salvaron el humor. En Cuevas se burlan de las cosas con gracia, «de su propia sombra», como dicen allí.

Y ahora quiero presentaros el gran problema de la región almanzoreña: el problema del río. El Almanzora es un río sin aguas. Un tiempo las tuvo caudalosas, pero de eso hace ya muchos años. Antiguos viajeros, como los nautas de la «Ora», vieron el río ensalobrase en el mar, impetuoso, propicio a ascenderlo en naves. Pero una serie de trastornos climáticos lo convirtieron en pedregosa y árida lengua, y únicamente con las lluvias torrenciales se cree como un gigante que durmiera, y súbitamente se llena de eufórica y hasta catastrófica vida. Cuando esto sucede, las turbias aguas del Almanzora llevan al vecino Mediterráneo innumerables víctimas de la cólera fluvial: cabras, cerdos, gallinas, hasta personas, y enseres de labranza, y muebles de los cortijos. Las «salidas» del Almanzora son terribles, destrozan años de paciente labor, llevada a cabo junto a sus orillas. Y lo que es peor: la imponderable riqueza que manó del cielo y va a dilapidarse al mar, perdiéndose lo que había de ser bendición de las alturas.

Las aguas del Almanzora, las que a él afluyen de ramblas y quebradas, van a derrocharse al mar, y ello resulta tan sarcástico como sarcástico sería arrojar a una sima opíparas viandas ante



La riqueza agrícola de Almería se exporta principalmente por sus puertos

una multitud hambrienta. Las tierras del valle del Almanzora, miles y miles de fanegas, ven dolorosamente que las aguas del río corren al mar sin detenerse en ellas, sin resucitarlas. El paisaje, allí donde el agua no llega, es estepario. En los 263,37 kilómetros cuadrados que tiene el término jurisdiccional de Cuevas, sólo unas cuantas manchas de verdor prestan opulencia a las tierras medio calcinadas, como oasis dispuestos para resaltar la pobreza de la tierra que los circunda. Hay allí sensuales vegas, casi dionisiacas. Pero, fuera de las vegas, el terruño se muere de sed. Crecen a su sabor la pita y la palachumba, huéspedes del desierto, y el lagarto se despreza al sol entre las piedras calientes. Las ramblas, cuando no llueve, están llenas de polvo, y en las cañadas, pocos días después de la lluvia, el suelo se cuarteaa, produciendo una tremenda geometría, que quiere decir pobreza. ¡Con lo generosas que son estas tierras! Tal vez no haya otras más amicales para el labrador.

LA REGION ES FABULOSAMENTE RICA... EN POTENCIA

Cuevas del Almanzora, un tiempo opulenta, heredera de pingües fortunas, hoy no es más que una ciudad de 4.912 viviendas, y sólo eso: una ciudad grande. «Fachada de casa grande, caja de casa pequeña», se dice por allí. Cuevas es, descontada la capital, el primer municipio de la provincia, de la que dista unos cien kilómetros. Todos han de vivir de la agricultura. Hay una zona de cultivo (con cauces generales, brazales y otros derivados de ellos que totalizan más de 45 kilómetros de longitud) de mil novecientos cuatro hectáreas de regadío, mil cuatrocientas ochenta de riego eventual y mil ochocientas setenta y cuatro de tierras de secano, las más de ellas perfectamente abancaladas. Para las primeras se utilizan las aguas de la fuente de Overa, cuyo título de propiedad data de los tiempos de la Reconquista, más las sobrantes de otros manantiales inferiores, así como las del alumbramiento de la corta del río o galería de la huerta de «El Cebollar», y las públicas de avenida del Almanzora, todas ellas de aprovechamiento inmemorial, que convierten en feracísimas vegas campos que sin su acción serían

esteparios, aunque de caudal tan eventual y variable que hubo épocas en que por su escasez y falta también de los dispositivos para captar las avenidas del río, discurrieron ¡hasta veinte meses! en el tandeo de las mismas, lo que dió lugar a que oficialmente se accediera a reducir el líquido imponible que a la razón tenían consignado las tierras beneficiarias de tales aguas.

Por todo lo que llevamos dicho, el Sindicato de Riegos, corporación centenaria, solicitó del Ministro de Obras Públicas el proyecto y realización de las obras necesarias para el mejoramiento de los regadíos, con la posibilidad topográfica de construir un pantano dentro del término municipal, entre los parajes del Almanzora llamados «El Cebollar» y «Las Esteras», que, con altura de 70 a 80 metros, podría embalsar unos 150 millones de metros cúbicos, siendo esto la solución venturosa del problema agrícola del país, pudiendo, además, extender tal beneficio a otros lugares necesitados igualmente de consolidación y aumento de regadío, en una extensión superficial tal vez mayor de las ocho mil hectáreas.

Esto supondría un crecimiento de producción de 8.000 por 40.000, que quiere decir 320 millones de pesetas al año, y el valor en venta ascendería desde 8.000 por 30.000, igual a 240, a 8.000 por 200.000, igual a mil seiscientos millones de pesetas. Así lo comprendió el conde de Vellellano en su visita a Almería en 1953, realizada para conocer directamente las necesidades más urgentes de la provincia, especialmente las que afectarían a obras hidráulicas, motivando su espontáneo ofrecimiento e inmediata designación y envío a la ciudad de Cuevas de la eficaz ponencia que, tras seguido estudio de la zona o tramo del río elegida por los Servicios Hidráulicos del Sur para posibles emplazamientos de la presa del pantano regulador del Almanzora, emitió informe favorable hasta no poder ser más.

¡EL PANTANO!, GRITO DE ESPERANZA

Estos soñados trabajos han sido autorizados, y se libraron para su ejecución en una zona de 640 metros 126.125,60 pesetas, según comunicó telegráficamente el Ministro de Obras Públicas, telegrama que produjo en Cuevas uno de los júbilos más sinceros de su historia, dando lugar a que los cuevanos se manifestaran públicamente por el Gobierno, por el conde de Vellellano, activo realizador de la tarea que con más tesón se impone el Caudillo de España: reconstruirla, sacarla del marasmo secular en que estaba postrada, hacerla ambular con ejemplar voz, liberándola de su

posición de Lázaro de Europa. La incorporación de nuevas tierras al plan general de reconstrucción económica de España quiere decir, ante todo, como una política que de responder a la confianza y la esperanza que un pueblo pone en ella. Aquí, en lo que a Cuevas del Almanzora se refiere, quieren profundo significado aquellas palabras que el Generalísimo pronunció en su memorable jornada almeriense: «Si una política es la compenetración de un Jefe de Estado con su pueblo aquí hay una política.» Aquí hay una política, efectivamente; están compenetrados los afanes de un pueblo y la atención de que lo custodia y dirige. Cuevas del Almanzora tendrá su pantano. Los trabajos de sncdeo y explotación están siendo óptimos. La esperanza renace en todos los corazones.

Yo daría aquí fin a este reportaje que amenaza ser interminable, diciendo que cuanto acabó de decir de concreto sobre el pantano lo debo a unas notas que me dió uno de los cuevanos más enamorados de su tierra natal, don Baltasar Bravo y Bravo, decano de cuantos aman y se preocupan por Cuevas. Pero no debo acabar este desistematizado trabajo sin decir que las mejores monedas tienen también su canje nefasta: un pequeño grupo de terratenientes, propietarios de aguas, naturalmente, se oponen a la construcción del pantano. El pantano mermará sus pingües ingresos. Si se hace el pantano, toda la jurisdicción de Cuevas se gan tan rica como la huerta del Realpongo por caso, y bajarán los precios de cereales, frutas y hortalizas. Si Cuevas de Almanzora tiene pantano, las aguas que hoy tan bien se venden no se venderán tan bien. ¿No es cierto que todo esto parece cosa de película del Oeste, una de esas películas en las que un terrateniente avaro e imbécil se opone al paso del ferrocarril por sus terrenos de pastos? Es el eterno aliento del interés privado, mezquino, contra el bien común. Es el canto del cisne de la estrategia caciquil de tan funesta memoria en España. Si me da tengo humor, os prometo que haré con este tema un guión cinematográfico que pondré en manos del director Berlanga para que haga una película.

CUEVAS RESURGIRÁN AMIGOS CUEVANOS

Pero la realidad es que Cuevas tendrá su pantano. Lo quiere el Caudillo, protector de Almería. Lo reclama la necesidad de esta comarca. Y ya se oyen las alegres explosiones de la dinamita en «El Cebollar»; las entrañas de aquella tierra cargada de historia están siendo auscultadas, y así como todo anuncia, los terratenenos son aptos, un pantano llenará de vida las tierras que hoy muertas tienen. Cuevas volverá a ser la que tuvo alquerías, y los cuevanos diseminados por Cataluña y otras regiones volverán a la patria chica después de un largo destierro.

Antonio Manuel CAMPOY

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.
Un número cada mes,
10 pesetas.

MITOS DEL NEOPROGRESISMO

LA búsqueda de nuevas soluciones a los arduos problemas políticos, económicos y sociales que el mundo tiene planteados, aunque tan sólo sean soluciones teóricas y dialécticas, es una de las tareas más nobles y fecundas a que pueden dedicarse los intelectuales. Los intelectuales no son políticos, como dice Ponce de León; de acuerdo, no son políticos. Pero sin su inconformismo sustancial, su fantasía, su futurismo, no hubiésemos avanzado, en organización social y pública, desde la etapa del jefe, cazador de mamuts. Los intelectuales católicos, en cuanto intelectuales, no escapan a la ley que les proyecta a nuevas soluciones y esperanzas. La inquietud futurista, de estructuración de fórmulas inéditas, inspirada en verdades permanentes, es una característica de esos discursos sistemáticos: nada improvisados, con un sólido cuerpo de doctrina, de Gabriel Arias-Salgado. Pero si el intelectual católico debe estar en los primeros planos, en aquellos en donde puede manifestarse y ejercerse con más eficacia la defensa de los débiles, de los desheredados y de las minorías hacia una mayor justicia, el pensamiento católico y moderno debe inmunizarse, cerrarse a determinadas tendencias que, muchas veces inspiradas en una falsa generosidad, vienen perturbando la visión objetiva de la realidad.

Afortunadamente en España, ni en las zonas más inquietas, esas que personalmente querríamos ver fortalecidas con mayores asentimientos y secuacidades, hay excesivo peligro en aquellas tendencias y contagios, que bien podemos denominar moderna mitificación del pensamiento religioso seglar. No obstante, esa mitificación se produce en otros numerosos países, restando eficacia apostólica a las mejores intenciones y más audaces actitudes.

En primer término, hemos de anotar el mito del «capitalismo decapitador del cuerpo místico de Cristo», como tuve ocasión de leer en una nota circular de determinada organización, religiosa, esa vez española. Seguidamente podremos sorprender aquel otro extendido extra fronteras, del «comunismo único instrumento eficaz para la revolución». También sería posible referirnos a la ilusión que existe en tantos católicos progresistas franceses de una evangelización ulterior de esa supuesta revolución comunista necesaria para el avance social.

Todo ello, en definitiva, no es otra cosa que la materialización del espíritu cristiano. Se trata en cierta medida de un nuevo mesianismo. Ahí el cristiano se siente andar tan sólo dentro del mundo temporal y quiere resolver y alcanzar sus aspiraciones en ese mundo concreto en que vive. Una de las frases que se escriben más frecuentemente en las revistas doctrinarias del progresismo es la que habla de estar dentro del sentido de la historia. El porvenir de la civilización, afirma

luego, es el de los proletarios. «Y el marxismo es el único movimiento que ha reconocido ampliamente ese hecho y por lo tanto, es el único que está plenamente en el sentido de la historia; en consecuencia, su triunfo es inevitable.» La Iglesia, para no sufrir en sus elevados intereses espirituales, de testimonio y presencia, debe insertarse, según los progresistas, en ese moderno movimiento de mesianismo proletario y comprender las razones del marxismo.

Podríamos objetar, como ha hecho recientemente el profesor Bruno de Solages, que en toda civilización moderna el sabio y el campesino deben estar presentes en el mando político y social, y que la minoría organizadora y técnica tampoco puede ser ajena a un nuevo orden económico, con lo cual los proletarios nunca serán otra cosa que un elemento constitutivo. Ni en el comunismo más integral, prosigue, pueden estructurar y dar forma a la sociedad. Pero no nos interesa hoy intentar una réplica doctrinal, ya formulada por personas con más autoridad, del cristianismo progresista, que, repetimos, no tienen en nuestro país, por ahora, ni ambiente ni representación. Sí, en cambio, hemos de ver en ese cristianismo mesiánico, de proletariado marxista, como una reacción frente al agotado liberalismo del mundo occidental.

Contra el liberalismo egoísta y burgués también ha luchado la dialéctica española a través de las generaciones intelectuales que participaron activamente en el Movimiento Nacional. Pero quizá ahora, deberíamos considerar si no se ha abierto ya una nueva tarea para la inteligencia española, como ulterior desarrollo sistemático de las iniciales destrucciones doctrinales del liberalismo. Esa tarea sería la de sorprender los nuevos cauces políticos que dentro de las grandes tradiciones del país permitan la justa participación de todos los sectores, en gran medida los denominados proletarios en la vida pública, social y económica. Deberíamos tener en cuenta, no obstante, que no bastan hoy las simples estructuras, sino que es necesaria la ejemplaridad personal. Recientemente monseñor Sheen, obispo auxiliar de Nueva York, declaraba que mientras los comunistas han elegido la cruz sin Cristo, los occidentales parecen haber elegido Cristo sin la cruz. Los primeros, decía, han aceptado como principio fundamental de convivencia el principio del sacrificio y de la disciplina personales, mientras que el Occidente ha permitido que su cristianismo fuese un cristianismo azucarado... Redescubrir la fuerza transmutadora, en lo social y político, de nuestro espíritu cristiano, sin la mistificación y mitificación del progresismo, es una de las tareas más seductoras y más urgentes que se ofrecen a nuestra juventud intelectual.

Claudio COLOMER MARQUES



LOS MAS
INTERESANTES
LIBROS QUE
SE ESCRIBEN
EN EL MUNDO
SON CONOCIDOS
POR LOS
LECTORES DE

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Usted estará al corriente de las novedades bibliográficas internacionales a través de la sección EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER que publicamos todas las semanas

Ultimos títulos recogidos

- Núm. 312.—«Iglesia, capital Vaticano», por Jean Neuvicelle. (Editado por Gallimard, de París.)
- Núm. 313.—«El pueblo de Benito», por Vittore Querel. (Editado por Corso, de Roma.)
- Núm. 314.—«Memorias de guerra», por el general De Gaulle. (Editado por Plon, de París.)
- Núm. 315.—«La bomba de hidrógeno», por James Shepley y Clay Blair, Jr. (Editado por David McKay, Company, Inc., de Nueva York.)
- Núm. 316.—«Les mandarins», por Simone de Beauvoir. (Editado por Gallimard, de París.)
- Núm. 317.—«Trabajo del segundo bureau (1935-1940)», por el general Gauché. (Editado por Amoit-Dumont, de París.)
- Núm. 318.—«Juventud de medio siglo», por Pier Giovanni Grasso. (Editado por A. V. E., de Roma.)
- Núm. 319.—«La caída de un titán», por Igor Gouzenko. (Editado por W. W. Norton and Company, Inc., de Nueva York.)
- Núm. 320.—«El buen gobierno», por Luigi Einaudi. (Editado por Laterza, de Roma.)



TIERNA Y FINA HISTORIA DE MAURICIO EL UÑAS Y SUS SEÑORITAS

NOVELA *Por Pilar NARVION*

LA historia de las señoritas de

Roda es tierna y fina. Su padre se dedicó a la política; unas veces fué alcalde de la capital, otras diputado del distrito. Casi llegó a senador. Ellas se educaron en monjas caras, de las de letra picuda, y novenas de las Hijas de María, con mucha pompa, mucho incienso, un joven predicador y lazos de colorines por aplicación o buena conducta. Saben hacer su poquito de música, pintan acuarelas con mucha monería para regalar a las amigas en forma de alfilerero, almanaque o caja de guantes; hacen ganchillo del difícil, bordan primorosos realces y saben pirograbado tanto como repujado.

Un poquito antes de que ellas denguearan por las saletas de los casinos con los tirabuzones ya cortados, murió el «pobre papá». La «pobre mamá» volvió con las dos tiernas hijas a la casa heredada de sus padres en un pueblín tranquilo, con carretera de segundo orden, campanil mudéjar y un poeta oficial. Fué una mudanza preciosa que se recuerda en todo el pueblo. La viuda Roda trajo muchos volúmenes pesados, hasta en latín; un despacho severísimo de maderas negras estilo Renacimiento, con un repostero rojo en el que corretea todavía un león rampante con cara de gallo audaz. Trasladó también tapices, alfombras, cuadros enormes, pantallas bordadas de colorines y muchos baúles panzudos llenos de ropas suaves.

Las niñas crecieron remilgosas, finitas, atildadas y llenas de perejiles. Así como las niñas crecían, menguaban los caudales. Por entonces, para asustar al miedo, inventaron la famosa frase:

—Cuando se case Celita... Claro, cuando se case Celita todos los apurillos terminarán.

Celita era rubianca, mofetuda y espiritual. Rosamunda, decidida, fuerte y bigotuda. Ambas, muy bien educadas para señoritas; llenas de suspiros, empolvadas, con lengua de pajaro picoteando entre la graciosa crítica menuda.

Conforme el tiempo pasaba, con aquella moda antigua de hacer ganchillo en lugar de escribir: «Muy señor mío: La partida de acero por la que usted se interesaba en su atenta de...»; bien, con aquella moda de hacer ganchillo en las horas de oficina, digo, que los caudales de las Roda continuaban menguando, hasta que, de tanto menguar, se les secaron a los pobres las fuentes, viniendo a quedar mondos, lirondos, calvos y pelones. Cuan-

do la viuda Roda se vió tan mal asistida de numerario, determinó que estaba de más en este mundo, y murió (delicadamente de un romántico síncope, sin muchas complicaciones. Era mujer de soluciones definitivas, como puede apreciarse. En los rosarios y en los funerales, Celita decía:

—Pobrecita mamá, un viaje tan largo, a ella, que no le gustaba viajar.

Y Rosamunda, más práctica, recurría a la frase famosa:

—Cuando Celita se case, todo cambiará.

Por aquella época, Celita era ya una abundante cuarentona, de opulentas formas y pegada a sus tafetanes y sus garambainas. Mientras el novio llegaba, para solucionar de algún modo la situación, Rosamunda inventó la más fantástica invención que pudiera cocerse en cerebro humano:

—Hasta que te cases, Celita—dijo a su hermana—, iremos a pedir; pobres somos y no tenemos por qué disimularlo. Llevemos nuestra situación con la dignidad que corresponde a nuestro noble apellido.

Y comenzaron a pedir, a limosnear muy limpiamente.

Cuando hacía calor tomaban sus sombrillas, sus bolsos de asa larga, sus guantes de tul bien zurciditos y marchaban animosamente carretera adelante hasta cualquier pueblo cercano.

—Ya están aquí las señoritas de Roda—decía el primero que las veía llegar por las eras.

Llamaban a las casas de sus amigos y saludaban con la misma gracia y el mismo manoteo que en sus antiguas visitas más normales.

—¿Cómo están las niñas?—preguntaban aquí.

—Y el reuma de Paco?—preguntaban allá.

—¿Hiciste las mantecadas con la receta que te dimos?—añadían en otra parte.

Siempre, al final de la pediguéña visita, Rosamunda repetía el estribillo al ponerse los guantes:

—Cuando Celita se case, todo cambiará.

sin ningún miramiento hasta el otro mundo; esto, naturalmente, si la mula o la vaca es del vecino, tiene sus dificultades y sus tratos. A veces hay que esperar hasta el año siguiente, y Santa Orosia, muy comprensiva, suele desalojar de nuevo el espíritu, y esta vez, al cuerpo de un infeliz conejo casero cara de mico, lo que simplifica mucho la cuestión.

El caso más angustioso que se conoce fué cuando desembrujó al flautista, y el demonio del espíritu, con muy buen gusto, se escondió en la coqueta de doña Serafina la confitera. Tan guapa, ¿cómo iban a matarla? Afortunadamente, Mauricio «el Uñas» se sabía un exorcismo, y doña Serafina escupió muy finamente al diablo y se quedó tan campante; pero hasta que el santero recordó las palabras de ritual, que eran bastante cabalísticas, la pobre confitera sufrió muchísimo con el diablo dentro, que algunas veces le subía hasta la nariz y le hacía estornudar estrepitosamente sobre la masa de los pasteles de manzana.

La Iglesia festejaba la festividad de San Pablo primer ermitaño, el día 15 de enero, y bajo la protección de este santo varón vivía Mauricio. A él no le gustaban las jaculatorias de vieja. Le gustaban los salmos, y, de un tirón, rezaba la letanía de los santos con tan abundantes y sonoros latines.

—Confundantur et reverentur qui quaerit animam meam. (Confundidos y avergonzados queden los que atentan contra mi vida).

—Aventantur retrorsum, et embescant, qui volunt mihi mala. (Arrédense y confúndanse los que pretenden mi daño).

—Avertantur statim embescentes, qui dicunt mihi: Euge, euge. (Retrocedan al punto avergonzados los que dicen: Fuera, fuera).

En honor a la verdad, hemos de aclarar que empleaba latines tan cultos en contadas ocasiones; cuando se acercaba a una abadía de frailes en busca de posada, o cuando insultaba a sus anchas a algún sacristán viejo. Salmodiaba por los caminos lo hacía en cristiano corriente. Su cantinela tenía ricas sonoridades.

—El justo descollará como la palma; florecerá cual cedro de El Líbano plantado en la casa del Señor, en los atrios de su Dios.

Hermosa, pícara e inolvidable estampa la de Mauricio «el Uñas», santero y caminante, con su barba negra, su largo pelo rizado, su viejo sombrero raído, sus bigotazos lacios y aquellas manos largas que sabían tantos menesteres: sostenían la capilla de la santa cuando la buena Orosia no caminaba a las costillas de su ermitaño; sostenían, con vieja sabiduría de morador de puentes, la caña de pescar, y sostenía con ellas, parlara, diestras y vivas, aquella su bienaventurada vida que iba viviendo por los caminos.

Mauricio «el Uñas», ya lo dijimos, era buen amigo de las señoritas de Roda; al fin, mendigos y pícaros son de una misma familia, y a ella pertenecían desde sus mutuas variantes y grandezas los tres. Dicen que, en ocasiones, las Roda perdían su buena compostura y se alegraban con aguandante del llamado matarratas en compañía de su andante amigo, y había que oír en estos casos las canciones picantes que entonaban en cuanto caían en trance piriipi.

Esta triangular amistad les venía de la romería de Santa Orosia. «El Uñas» no podía oír en la procesión y repicar las campanas, y luego de sus tratos prolijos y remojados con anís, llegaron a la conclusión de que no sería mala la sociedad tripartita que pudieran formar, de modo que, mientras «el Uñas» salmodiase junto a su santa, las finas señoritas de Roda se encargarían piadosamente de la colecta. Y así Rosamunda y Celita tomaban asiento tras de una mesa llena de estampitas y reliquias a la sombra de un álamo oportuno que cabecaba junto a la puerta del santuario, en el más gracioso escapatillo de la plazolilla que hacía rueda a la ermita. Ellas, muy refitoleras, pedían con sus vocecillas de cantar romanzas.

—Una limosnita para la santa.

—Las más hermosas reliquias de la santa.

—A la bonita estampa de Santa Orosia.

Para esta ocasión las señoritas de Roda vestían con sus mejores galas, sacadas de los arcones, donde estaban plegaditas entre espliego y bolsitas de romero en flor.

—Ponte mona, Celita, quizá en la romería encuentres este año a tu amorcito, mi niña.

Y se iba por el pasillo quitándose los rizadores y los bigudines y cantando con tosca picardía:

*La cadena del amor
tiene recios eslabones;
el que llega a entrar en ella,
sale tarde de prisiones.*

Celita, pobrecita nuestra, se sonrojaba un poco pero cuando los colores le arrebolaban tiernamente las viejas mejillas llenas de crema, era cuando su hermana canturreaba, al ponerle la mano de bodas de mamá, aquella otra canción tan edificante:

*El quererte y amarte
la vida me da:
Entra, galán, si vienes a verme;
entra, galán, que mi madre duerme.*

—¡Jesús, Rosamunda! Tendrás que confesarte. Y hacía con mucho remilgo tres cruces rápidas sobre la blusa de terciopelo negro, con almidonado cuello de encajes.

—No te abroches el último botón—repeta Rosamunda cada año—. ¡Qué miedo a la condenación eterna! No creo que el Señor se enfade contigo porque enseñes un dedo de cuello. ¡Dónde está doña Serafina si tuviese tus aprensiones!

Pongue la espinilla del corazón de Rosamunda era doña Serafina, la confitera, que todos los días daba su pícara nota a la romería; era viuda, más revoltosa viuda del pueblo. Llevaba el moño alto, atravesado de agujones; un generoso escudo cuadrado, unas mangas huecas que dejaban los hoyuelos simpáticos de los codos y, por encima las faldas de satén rojo, enseñaba, porque quería las puntillas de las enaguas. Doña Serafina tenía muy buenos colores, porque cada mañana los fingía con la pintura roja de teñir los años. Lo más encantador de doña Serafina, aparte de los hoyuelos de sus codos, era el atolondramiento de su cabeza de grillos. Nunca sabía bien lo que decía.

—¿Tengo bien atado el lazo del cinturón? ¡Qué estoy perdiendo la liga—y se reía como una tonta.

¡Cómo bailaba en la romería doña Serafina! Trezaba con gracia los pies y zapateaba con sus siete pretendientes. Ni sus constantes compras reliquias le conseguían el perdón de las Roda.

—Casquivana, coqueta, cortesana.

—Fatua, ventolera, buscona.

—Hetera, eso es, una hetera; ¡qué escote! Abre el chate el botón del cuello, Celita, que me espantan las ligerezas en la mujer.

Y entre «fatua» y «ventolera», las Roda seguían canturreando muy monamente:

—Una limosnita para la santa.

—A la bonita estampa de Santa Orosia.

Doña Serafina fué siempre dadivosa peregrina y sus más lindos arrumacos tuvieron muchas veces la generosa pretensión de atontolar a los pretendientes en beneficio de los caudales pícaros de las señoritas de Roda, que, luego de terminada la romería, hacían con mucha solemnidad las cuentas y entregaban dos tercios de las ganancias a Mauricio «el Uñas», guardando el resto en la hermosa bolsa de terciopelo carmesí, que, en tiempos, la «pobre mamá» empleaba en las galas peripuestas de la ópera.

Y entramos ya a relatar la tierna y triste historia del ataque de apendicitis de Rosamunda. Sucedió que volvieron una tarde de la pedigría de Roda, según su castiza y ya relatada costumbre cenaron, ¿quién lo puede olvidar?, pimientos y, claro, las pepitas traidoras de los dichos pimientos, según creencia de Celita, fueron directamente a parar al pobrecito apéndice de Rosamunda. Los dolores eran terribles; Celita quiso ahogarlos en aguardiente, pero en aquella hora suplicante Rosamunda pidió ser asistida por una estampa de la querida Santa Orosia, a la que debían tan continuados y efectivos favores. Es fácil imaginar la angelical sonrisa de la santa desde sus serafícos mansiones. Los santos deben mirarnos a los hombres con esa misma delicada ternura que los hombres miramos a las pequeñas hormigas o a los simples caracoles; pero, naturalmente, ellos lo hacen mejor porque nosotros hablamos, gritamos, pedimos y rogamos lo que nos hace más entretenido. Lo cierto es que Rosamunda sanó en horas bajo la protectora intercesión de la santa y del milagroso curativo resultó que Celita debería llevar un año entero hábito, porque así lo había ofrecido

hermana, y, para mayor gloria de la santa, debería también guardar silencio absoluto durante un mes.

Es este el momento en el que se hace preciso hablar de la apabullante charlatanería de Celita, su cotorrería no conocía par en toda la región, su resistencia a la fatiga hablada, era notoria, aque- y boquita de piñón era una fuente de borboteo constante, de la que brotaban palabras y palabras con la misma alegre inconsciencia que del manantial salta el agua. Era su garganta incansante surtidor de letras; por entre los dientes corría apresurada una corriente continua, caudalosa y rápida de oraciones gramaticales, y su paladar semejava un poderoso puente bajo el cual transitaban gigantes e interminables formaciones de verborrea danzante e inacabable. Se hablaba de su resistencia a cerrar el pico, como en Sevilla se habla de la Giraldilla o en Santiago del Pórtico de la Gloria. Así pues, se comprende que el sacrificio impuesto por su hermana sólo tenía par con los trabajos de Hércules.

—Lo hago porque la pobrecita descanse un poco. Quizá si se calla un mes la sorpresa de verla en silencio llene de curiosidad al boticario o al farmacéutico, y de la curiosidad al amor he oído decir que sólo hay un paso.

Pero el palabroteo de Celita, ¡pobrecita nuestra!, era un fenómeno físico. Trataba de callar y a borbotones le subían las letras desde las mismísimas plantas de los pies a lo alto de la cabeza, donde le producían unos mareos horribles. Era como la invasión de los bárbaros de Atila; le hervían las palabras en las entrañas, raspaban su garganta, hormigueaban en su paladar y hacían picadillo su lengua. Trató de tomar nota de todas ellas en un cuaderno, para no perderlas, para hablarlas de una vez cuando terminase el plazo fatídico, pero cuanto más escribía con su hermosa letra picuda, más ideas lúcidas y sorprendentes le hacían glúglú en el alma. Fué para ella trágico silenciar las más agudas frases de su historia, las réplicas más felices de su existencia, las más inspiradas críticas de su amplia y nutrida labor de tijereta.

Aquel silencio era un desgarramiento de las entrañas del alma, muy superior, sin duda, en sufrimiento, al ataque de apendicitis de Rosamunda—no existía relación alguna entre el milagro y el pago que intentaban dar por él a la santa. Las palabras se enredaban en los intestinos de Celita, produciéndole espantosas contorsiones, se apretaban en su corazón hasta el desmayo, ocupaban sus riñones dolorosamente, aplastaban con vigor el estómago hasta producirle increíbles náuseas y, de manera especial, se refugiaban en tal cantidad en sus pulmones, que no dejaban espacio posible al aire necesario para subsistir. Especialmente el cerebro de Celita estaba particularmente atacado de palabras: cruzaban locas por los pasillos, estrujaban las celdillas, apretaban las paredes. Eran como las visitas en las casas los días de entierro, onomástica, bautizo o boda; como un metro a la hora de salida de las oficinas, o una ciudad invadida, o un enjambre de brujas chupeteándole y recomiéndole la materia gris.

—Creo que dentro de mí se está fraguando una bomba atómica. Sí, esto es un fenómeno de desintegración de letras—pensaba.

Y Celita sintió que explotaba en el aire, que toda ella se volvía letras, y una lluvia de miles de millares de ellas caía sobre el mundo entero, sus letras, sus desintegradas letras, cubrían el planeta, la humanidad, el espacio y el tiempo. Ella, ¡oh, placer de dioses!, hablaba sobre todos, llovía hecha palabras sobre todos, mojaba con sus palabras a la eternidad, sobrenadaba sobre ella... Con este apacible, felicísimo pensamiento, Celita dió una patalota muy espectacular en el centro de la plaza del pueblo, donde estaba paseando, y dejó de existir al tiempo que declaraba:

—Prefiero morir a estar llamada.

No se sabe cómo, ni de dónde; pero el primero en llegar junto a Celita muerta fué Mauricio «el Uñas», y sus bellas manos pediguéñas, sus limpias manos de sostener la caña de pescar, sus avispadas manos que conocían el roce de las florecillas del campo y el de las monedillas limosneadas, fueron las que cerraron los ojos de Celita, abiertos al asombro de aquel celeste parlotear sin freno, y las manos que tantas veces habían transportado a Santa Orosia, tomaron piadosamente para sí el



trabajo de llevar, atravesando el pueblo absorto, el cuerpo de Celita pícaro y tierno.

La vistieron de novia, con coronita de azahares y velo de tul, estuvo expuesta en el despacho de «el pobre papá», bajo el león rampante del repostero rojo, y Mauricio «el Uñas» rezaba los rosarios, enderezaba los cirios y arreglaba con cuidadoso mimo las flores. Su largo dedo índice, dedo de apóstol que pintara el Greco, imponía un silencio claustral en la casa. Fué un velatorio casi poético, como si se hubiera muerto un ángel. Vinieron las niñas de las escuelas y trajeron a Celita ramilletes multicolores de florecillas silvestres. Hasta las viejas rezaban bejito y dándose cuenta de lo que estaban diciendo.

Lo más bonito fué la misa de difuntos que cantó con mucho sentimiento Mauricio «el Uñas», sin permitir que le ayudase el sacristán; cantó con aquella hermosa voz suya de salmodiar por los caminos.

—Acuérdate, Señor, de tu siervo que nos precedió en la señal de la fe y duerme el sueño de la paz.

Había un travieso rayo de sol que jugueteaba por entre los hacheros de los difuntos.

—Resplandezca para él la luz indeficiente. Celita habría llegado al cielo seguramente, al lugar de la luz.

—Eterna será la memoria del Justo y no temerá oír malas nuevas.

Las sayas de las viejas resonaban como llenas de cascabelillos.

—Auxíliate con tu gracia para que merezca escapar al juicio de la venganza.



Este **PHILIPS**
es para Ud.

Además de recrearse con su emisión mundial favorita, DELEITESE con la reproducción más fiel de sus discos preferidos.

TOME NOTA

RECEPTOR **BE 531 A**
3.499,60 PTAS.
(Incluido impuestos)



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.

EMIGRANTES SIN PUESTA

De tanto mirar al mar nos hemos olvidado de mirar a los que emigran por tierra

PENOSA SITUACION SOCIAL DE LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

La imagen de leyenda que como una estela sigue a los que surcan el Atlántico no está hecha para los que cruzan el puente internacional de Irún

La gran obra del "Solar Español" de Burdeos

Por el mar se nos fué en otros tiempos el grupo más numeroso de emigrantes. Por el mar hemos seguido siempre a los emigrantes, en la dirección de La Habana o Buenos Aires, desde que se perdieron en el horizonte con los bolsillos vacíos y el misterioso deseo de mundos nuevos. Nos hemos acostumbrado demasiado a la imagen poética del emigrante que va a América. Imagen de travesías románticas suspirando por la amada que se dejó en tierra. Desventuras en ranchos y pampas sin fin. La bohemia por los hoteles y los cafés de ultramar y hasta aventuras en selvas incógnitas...

Sólo que de tanto mirar al mar nos hemos olvidado de mirar a los que emigran por tierra. Y que son los que de manera particular necesitan hoy de la Patria. Los emigrantes de Francia.

Aquellos de América ya se han hecho sitio en el Nuevo Mundo. Han creado sus propias instituciones. Y aun llegan a posición de poder devolver energías económicas a la vieja Madre Patria. ¡Cuántos solares de abolengo, en Galicia y Cantabria, han podido repulir sus piedras, gracias a los cheques del indiano!

EMIGRANTES SIN LEYENDA NI FORTUNA

Pero los emigrantes de Francia no tienen ni leyenda ni fortuna. Caen en donde pueden y se desparraman por un país que no admite más aventuras que las de la gendarmería. Por regla general, todo lo que se puede obtener es un pequeño mejoramiento del nivel social. Aquello de soñar con ingenios de azúcar y cafetales que surgen con

el milagro millonario de tierras sin explotar, ya pasó. Una pulpería, un rebaño de ovejas, una cantina, que transforman al tímido emigrante en opulento indiano, eso «fueron» milagros de América. Nadie se imagina al emigrante francés con la sortija relumbrante del ricachón de América, ni con el terno blanco y el puro habano que, aunque en hora tardía, vienen a premiar las fatigas bien patentes de la tez morena y curtida por el sol del trópico. En Francia son muy pocos los que han hecho «fortuna». Los más venturosos, un grupo re-

ducido, se establecen modestamente con talleres, bares, fruterías, peluquerías y tiendas de ultramarinos. Pero los más siguen siendo esclavos. Sólo cambian de dueño. Antes, esclavos del cortijo; ahora, de las grúas en los puertos de Marsella y Burdeos; de la mina; de las Empresas carboneras y leñadoras; de las travesías de los ferrocarriles; de las fábricas y del peonaje en el trabajo de la construcción.

Y, sobre todo, esclavos del am-

Salida de una reunión de compatriotas en el Solar Español de Burdeos





En la iglesia del Solar Español de Burdeos se reúnen los españoles para sus fiestas íntimas. He aquí una boda



Grupo de niñas que hicieron su primera comunión en la capilla española

biente. Son siempre «extranjeros». La legislación enmarañada a la que no están acostumbrados, aunque a veces esté hecha para protegerles, no pocas veces sirve de trampa y ratonera para los incautos.

Y esclavos de la vivienda. ¡Cómo viven miles y miles de españoles en los infectos escondrijos de esos residuos de ciudad que son los suburbios de muchas capitales! Toulouse, Marsella Burdeos...; innumerables familias españolas viven amontonadas en un par de habitaciones, en buhardillas, cuchitriles, sótanos. En algunas ciudades se construyeron para los extranjeros grupos de casas baratas. Eso fué hace treint-

ta años. Entonces pudo parecer risueña la situación para las jóvenes parejas que venían de Murcia y se encontraban de pronto con un trabajo en la mina que proporcionaba el sueldo contante y sonante y el primor de habitaciones recién construidas para ellos. Pero esos mismos grupos de casas baratas tienen hoy, después de treinta años, una fisonomía bien distinta. Aquellos matrimonios de ayer se han poblado de hijos y nietos. Y a la prole se han añadido los parientes que se ha hecho venir de España con el mismo espejismo que a ellos les trajo. Y la población, triplicada y cuadruplicada, sigue viviendo en aquellas mismas dos habitaciones. ¡Cuántas cocinas de éstas he visto, con el rinconcito reservado para el hornillo de gas y el resto ocupado por camas y yacijas que sirven de lecho para toda una tropa promiscua! Los servicios higiénicos son generales. Los patios y los pasillos, por no estar al cuidado personal de los inquilinos, llegan a lamentable estado de suciedad y deterioro. Hay colonias de españoles que causan verdadera impresión de mazmorras. Cuando se entra por las habitaciones la impresión mejora un poco; en general, son limpias, agradables, sin que falte la foto de Luis Mariano, de la Giralda, de Manolete, de la Imperio Argentina, muy rara vez la imagen religiosa. ¡Pero los pasillos y los patios, negros, descascarillados, pintarrajeados, acribillados de pedradas y de dibujos, son bien aptos para provocar el repugnante e injusto insulto clavado en la conciencia de todo español de Francia, «sale race»!

PENOSA SITUACION SOCIAL DE LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

Esa imagen de leyenda y poesía que como una estela, sigue a los emigrantes que surcan el Atlántico, no está hecha, no, para los que cruzan el puente internacional de Irún. La situación social de Francia, añadida a la abigarrada condición de los mismos españoles, empeora el cuadro. Sobre los paupérrimos exilados de tiempos de la guerra europea primera ha caído la marea de los refugiados políticos. Aquéllos, analfabetos, y éstos, indisciplinados. Y, para colmo, debido a las circunstancias políticas, des-

provistos, casi todos, del amparo de su propio país.

Fuera de un reducido grupo que ha superado las dificultades económicas, la mayoría pena en los trabajos más difíciles. Inevitablemente, se estratifican en el subsuelo social, en la categoría infima. La vida se alarga para ellos a costa de muchas humillaciones. Por desgracia, los españoles que dan que hablar en la Prensa no son los más virtuosos. Naturalmente, que son muchos los españoles dignos. Pero no son ellos los que dan la pauta. Los franceses, que no tienen empeño particular en rectificar sus criterios sobre España en el sentido de la benevolencia, quedan muy satisfechos con la idea tan pobre y ruin que les proporcionan los peores grupos de españoles que entre ellos viven.

CLAMOR DE SOCORRO

Del fondo de toda esa masa de españoles surge un verdadero clamor de socorro. Ellos no lo expresan con voces. Pero claman por ellos sus actos, su vida, sus sufrimientos, su situación.

Parte el corazón ver a grupos de campesinos de Andalucía y Extremadura perdiendo en los suburbios franceses los últimos restos de la única riqueza que poseían: el espíritu religioso y nacional. Vinieron miseros y hambrientos, sin cultura, sin formación religiosa. Y aquí, en los suburbios materializados, sin la ayuda de la parroquia, porque no la hay, o cuyo infljo no perciben en todo el período de adaptación, liquidan en pocos meses el tesoro de hidalguía y de religiosidad que les pertenecía como herencia de siglos, sin hallar muchas veces el pan que buscaban. Embrutecidos por la taberna, engañados por pandillas políticas, agotados por el trabajo de peonaje, pasan la vida despechados y rabiando o soñando con el retorno a la Patria.

Es de urgencia la ayuda espiritual para aquellos que se quedan. Faltan misioneros de emigrantes. Los españoles se sienten apoyados por una fuerza misteriosa allí en donde hay un cura español. Sin el sacerdote de la Patria la sensación de soledad y desamparo es enormemente mayor.

SOLAR ESPAÑOL DE BURDEOS

He dicho que en la escala de las iniciativas particulares hay



Para tomar una copa entre amigos y para celebrar agasajos familiares, el bar del Solar Español está a disposición de nuestros compatriotas





Numerozo grupo de españoles reunidos en un acto en el salón de fiestas del Solar Español

excepciones. Una de ellas es la del Solar Español de Burdeos. Excepción egregia. Nunca sabremos medir el mérito de esta institución. En ella, un sacerdote jesuita español, el R. P. Vicente Garamendi, viene realizando desde hace treinta años el programa que la constitución apostólica «Exsul Familia» preconiza ahora. El Solar Español ha sido durante treinta años una verdadera avanzada en el puesto peligroso. La Iglesia y la Patria le deben a esta avanzada la conservación y, en parte, la reconquista de la gran tierra humana de España que hay en Burdeos. Gracias al Solar Español hay en la colonia española de Burdeos, una de las trabajadas por elementos hostiles a la Iglesia, una levadura magnífica de Patria, corrección y espíritu cristiano que cada día se consolida. En el Solar Español se casan, se bautizan, hacen la Primera Comunión bailan y cantan los españoles de Burdeos. No todos, ni los más. Pero sí muchos. La misa mayor de los domingos, a las diez de la mañana, en este emotivo rincón de la rue Dubourdieu, provocaría la envidia de más de una parroquia de la Patria. El Solar Español es una parroquia con su gran concepción moderna de cristalizadora de todas las actividades de una comunidad cristiana. La parroquia,



Muchachos y muchachas españoles en Francia componen grupos folklóricos para calmar con canciones y bailes regionales la nostalgia de la Patria

la casa de todos, la expresión más íntima de los brazos maternales de la Iglesia. El Solar Español atiende a los hospitales—el español enfermo en los hospitales extranjeros es la expresión más trágica del desamparo del emigrante—y sostiene otras diversas obras: dispensario, dos capillas—misión en los suburbios, teatro, cine y círculos culturales y deportivos.

UNA OFENSIVA DE CARIDAD MISIONERA

Pero el Solar Español y sus similares no bastan. Una experiencia como la del Solar Español podría si ayudar mucho a la organización de un apostolado de conjunto.

Pero hace falta, ante todo, un buen equipo de sacerdotes con espíritu misionero. Y, tras ellos, una organización de carácter nacional que respalde su labor.

Quiera Dios que las iniciativas particulares que sin duda está ya suscitando la constitución apostólica «Exsul Familia», encuentren una hora de coordinación y formen el punto de arranque de una ofensiva de caridad misionera para nuestros hermanos que sufren la ausencia de la Patria al otro lado de los Pirineos.

José Ramón ALLARDI, S. J.

Pág. 47.—EL ESPAÑOL

Suscribase a
Poesía Española

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL MAL GOBIERNO

Por Ernesto ROSSI

GRANUJAS, EN TO-
DAS PARTES

ESTANDO en la cárcel, en Piacenza, un compañero me contaba lo que había visto trabajando durante la primera guerra mundial, en una fábrica metalúrgica de Sesto San Giovanni, con obreros árabes:

«Si un grupo de árabes tenía que transportar sobre los hombros un gran bulto, apenas si se ponían en movimiento cuando uno de ellos, inevitablemente, se agachaba un poco para descargar el peso sobre los compañeros; en seguida seguía otro su ejemplo, y después otro y finalmente, el que quedaba. De tanto curvarse acababan por ir con las piernas dobladas, y al final parecía como si fueran de rodillas bajo el bulto.

«Aquellos árabes —me decía mi compañero de celda— merecían la ciudadanía italiana. Eran «granujas», como nosotros. Por haber querido descargar el peso relativamente leve de la cosa pública que cada uno de nosotros debe llevar, nos encontramos sometidos a una banda de aventureros sin escrúpulos, que nos hace casi estar de rodillas.»

La imagen de los árabes bajo el bulto me ha vuelto muchas veces a la mente mientras escribía los artículos que recojo en este libro.

Son granujas los grandes industriales que hacen devaluar la moneda para anular las deudas con las que han construido sus capitales. Son granujas los latifundistas, que, aumentando sus intereses, hacen subir el precio del pan, y con éste, el del grano. Son granujas los organismos estatales que aumentan sus ingresos con registros y timbres oficiales. Los plutócratas que intentan sustraerse a los impuestos del público. Los aseguradores, los médicos, los farmacéuticos, cuando hacen pagarse visitas que no han hecho y la medicina que no adquirieron. Los exportadores que mandan al exterior la fruta de calidad indecente mezclada con la buena. Los miembros del Consejo Superior de la Minería, cuando aconsejan regalar a las grandes sociedades americanas los yacimientos petrolíferos de nuestro subsuelo. Los directores generales y los magistrados que construyen palacios con los fondos destinados a los tuberculosos. Los comercian-

EN nuestro número anterior hemos publicado en esta misma sección el resumen del libro del Presidente de la República italiana, Luigi Einaudi, que lleva el título de «Il buongoverno». Hoy le toca el turno a la obra de Ernesto Rossi, que la encabeza con un nombre que viene a ser el antipoda del anterior: «Il malgoverno».

Semejantemente a la obra de Einaudi, «Il malgoverno» es una larga colección de artículos que el autor ha publicado en estos últimos años en diversos periódicos y revistas italianos. Este hecho priva, naturalmente, a la obra del orden sistemático que caracteriza a un libro escrito como tal.

Paradójicamente se podría decir que el mérito positivo de esta obra hoy que encontrarlo en el análisis que aplica el autor a todo aquello que no le gusta. Es en este punto en donde brilla Rossi, que, dotado de un ardor polémico y apasionado, hunde el bisturí allí donde cree encontrar síntomas de descomposición. No se detiene en la superficie, sino que va hasta el fondo, pretendiendo que las causas de los males hoy que buscarla en la mayoría de los casos en la mala administración italiana. No obstante, Rossi es también esclavo de no pocos prejuicios políticos, de los que no puede liberarse por audaz y atrevida que sea su crítica.

Ernesto Rossi militó en partidos extremistas y fué siempre declarado enemigo del fascismo. Desterrado varias veces, volvió de nuevo al país, y en 1941 firmó el manifiesto del movimiento federalista italiano. Participó en el Gabinete Parri y es autor de varias obras, entre las que figura una que lleva el llamativo título de «El séptimo, no robar».

Rossi (Ernesto): «Il malgoverno» («El mal gobierno»). Editori Laterza.—Bari, 1954.

principales de las riquezas de las naciones no son los recursos naturales: son la calidad moral de los habitantes. Suiza es un país más rico que nosotros única y exclusivamente porque está mejor administrado y también porque los suizos son menos granujas que nosotros.

En Italia es raro que el trabajo venga seguido por la persona que debe seguirlo, debido a la defensa que de sus propios intereses hace cada grupo. A la espalda de cada persona adulta, que efectivamente trabaja, viven sin hacer nada, por lo menos, algún desaprensivo. Y en tanto que los italianos continuemos siendo unos granujas, ningún plan de inversión ni ninguna política productiva los sacará de su miseria. Aunque Italia se convirtiese por un milagro, de la noche a la mañana, en una tierra fértil y ubérrima, como la «campania felice»; aunque las precipitaciones del agua fuesen siempre en todas las regiones lo más favorables a los más diversos cultivos, aunque sur-



ERNESTO ROSSI

Il Malgoverno

EDITORI LATERZA

glesen en su subsuelo los más ricos yacimientos de oro, hierro, cobre, carbón y petróleo, los últimos estratos de nuestra población se verían siempre obligados a vivir en condiciones bestiales. Y esto es una verdad que no debemos de olvidar cuando echamos toda la responsabilidad de nuestros males sobre el Gobierno y el Padre Eterno.

LAS IZQUIERDAS REACCIONARIAS

Uno de los lugares comunes más frecuentes que repite todos los días la Prensa y los representantes de los partidos demócratas es que la política «progresista» es la que mejor atiende las reivindicaciones de los trabajadores. Semejante afirmación tuvo alguna realidad a fines del siglo pasado, cuando los primeros apóstoles del socialismo, casi todos pertenecientes a la burguesía, trataban de originar una conciencia política en las clases populares. Hoy, la afirmación es totalmente falsa. Con el apoyo de los sindicatos obreros sólo se puede hacer una política reaccionaria.

Los trabajadores que tienen mayor peso en los partidos de la izquierda son los obreros de la industria parasitaria, sólidamente organizados en sindicatos profesionales. Y como todas las organizaciones basadas en intereses económicos, aunque éstos sean los del «sacro egoísmo», no pueden dejarse arrastrar por ideales iluminados y humanitarios.

Pedir a un obrero siderúrgico italiano el apoyo para sus compañeros de otra especialidad es algo perfectamente inútil. El trabajador metalúrgico piensa sólo en su caso. A ninguno de nosotros se nos ocurre pensar en las consecuencias indirectas y lejanas de la política económica gubernamental. Consideramos que es buena sola la política que nos asegura individualmente la mayor paga y la mayor estabilidad del empleo, cueste lo que cueste esto a la colectividad nacional.

Para reconocer el carácter reaccionario de los partidos izquierdistas, que tienen, como suele decirse, su base en las organizaciones sindicales, basta considerar qué actitud adoptan frente a soluciones de las que depende el mejoramiento del nivel de vida de todos los italianos y, en particular, de aquellas que se refieren a las clases más pobres de la población:

1) La unificación del mercado europeo, constituyendo una mayor especialización de la producción; la ampliación de la empresa hasta las dimensiones sugeridas por la técnica moderna, la producción en escala continental de los servicios públicos que no pueden ser planificados más racionalmente en el ámbito de los estados nacionales, acrecentaría la productividad del trabajo en mayor medida de cuanto se ha producido en el pasado al descubrir nuevas fuentes de energía e inventar maquinaria. Los partidos de izquierda han patrocinado ante estos problemas todos los sofismas mercantilistas para venir en ayuda de los grupos que quieren conservar la economía autárquica.

2) Las haciendas parasitarias no pueden ser mantenidas permanentemente con sueldos que lluevan de la luna. Los sueldos deben ser sacados de algo que no sea la bolsa de los consumidores o el aumento de los precios. Para salvar la industria, los partidos de izquierda quieren que el Gobierno intervenga con diversas protecciones que obligan siempre a mayores precios.

3) La movilidad y la libertad del trabajo son las condiciones necesarias para que toda la mano de obra disponible pueda ser empleada en salarios que igualen su productividad marginal.

La política progresista no puede ser la política de la carestía, del privilegio, de la cristalización de las posiciones adquiridas. La política progresista es la que favorece la abundancia, premiando a los empresarios más capaces y eliminando del mercado a las empresas que no arriesgan lo más mínimo a reducir sus costes y adaptar sus producciones a las mudables exigencias de los consumidores. Es la política que combate todos los monopolios, capitalistas y proletarios, para hacer más ágil el camino a los hombres nuevos y a la nueva iniciativa. Esta política no la podemos nunca encontrar en los partidos izquierdistas, que siempre dan su incondicional apoyo a las reivindicaciones de los advenedizos que están inmersos en cauces inamovibles y sin competencia.

Entre todos los monopolios, el que es causa de mayores injusticias y mayores supercherías es el monopolio de la cultura. Mientras que la instrucción superior continúa siendo un bien accesible únicamente a las clases ricas, nuestra sociedad, más que clasista, estará dividida en castas, en las cuales los hijos de los pobres irán fatalmente unidos a las posiciones sociales de los padres.

En Italia, millones y millones de jóvenes encuentran cerrado el camino que les conduce a la enseñanza superior por la miseria de sus familias, por la lejanía de su residencia a aquellos centros urbanos en que se encuentran las escuelas medias y las Universidades, por el egoísmo de los padres, no dispuestos a hacer inversiones a largo plazo y de las cuales sólo sacarán beneficio sus hijos.

El destino del muchacho que trabaja en las azufreras sicilianas, del pescador de Puglia, del bracero del valle de Padua está hoy tan fijado como el del hijo del esclavo en el Imperio romano. El ingreso en un Seminario, el enrolamiento en el Arma de los Carabinieri, la admisión en el Cuerpo de Prisiones representa para estos jóvenes la posibilidad de evasión de las condiciones de los padres, semejantemente a lo que era para el hijo del esclavo la manumisión, con la cual y por arbitrio del patrón, podía convertirse en un «liberto».

El «hijo de papá», a no ser que sea un perfecto idiota o un degenerado y anormal, no encuentra ningún serio obstáculo en el camino que le conduce a las profesiones menos fatigosas, que dan mayor número de satisfacciones y prestigio y están mejor pagadas. Un tal estado de cosas aparece hoy tanto más injusto cuanto que a la matrícula corresponde sólo a una pequeña parte del mantenimiento de la enseñanza media y superior, siendo cubierta la mayor parte de ésta por los impuestos generales. Una ordenación de este género no sólo repugna nuestra conciencia de hombres civilizados, sino que constituye la más ruinosa inversión que puede imaginarse de los recursos económicos que dispone la colectividad.

La actual ordenación escolar es un residuo, ya anacrónico, del período en que las clases dirigentes estaban convencidas de que el rédito social lo constituía la suma aritmética de los réditos singulares. Y tenía una ingenua fe en la armonía de las leyes naturales, que consideraban como algo necesariamente inevitable el que las fuerzas individuales se empleaban siempre hacia el mayor beneficio colectivo. Entonces era lógico que la instrucción fuese considerada como un asunto privado. Quien quería instrucción debía pagársela. Esta creencia comenzó a considerarse como algo errónea cuando todos los países civilizados aceptaron el principio de la instrucción elemental obligatoria y gratuita.

En contraposición a la actual ordenación docente, debemos tender a una progresiva reforma que permita otorgar la instrucción gratuita hasta en los más altos grados y logre el mantenimiento completo de todos los estudiantes hasta la obtención del diploma. La concesión de bolsas de estudios a los estudiantes pobres es una cura parcial que intenta reducir los males que se derivan de la selección de los estudiantes por las condiciones financieras de su familia, pero que no ha podido en modo alguno corregir lo antieconómico de un sistema que destina los dineros de los contribuyentes a producir licenciados y graduados de diversas escuelas sin tener en cuenta para nada la relativa tarea de su prestación profesional a la colectividad.

LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS

Una de las enfermedades más graves que hoy sufre nuestra economía es la elefantiasis industrial, es decir, el enorme desarrollo de la hacienda y la concentración cada vez mayor de empresas industriales en agrupaciones siempre mayores y más potentes; y, como consecuencia de todo esto, los privilegios concedidos a los institutos y las leyes para los colonos a costa de los pequeños y los medios.

En algunos sectores de la producción el agigantamiento de la hacienda y la concentración capitalista es, dentro de ciertos límites, el resultado natural del progreso técnico. Pero sólo en ciertos sectores y en ciertos límites. En otras partes, el

punto de vista del interés colectivo no se puede limitar a la consideración de lo útil y a las pérdidas resultantes de la contabilidad de la hacienda. El aumento de los beneficios de cada uno puede lograrse también con una reducción del rédito nacional completo.

La multiplicidad de la empresa y la imposibilidad de que una de ellas domine por su tamaño el mercado interior son condiciones indispensables para el funcionamiento del mecanismo de la libre concurrencia, que obliga al productor a reducir los precios en relación con la disminución de los costes. Si echamos una mirada sobre un vasto horizonte, hay que reconocer que las empresas pequeñas y medias son el vivero en el que se desenvuelven los verdaderos dirigentes industriales. Si se abandona esta reserva se carece de toda posibilidad de un sano cambio de la clase dirigente: A los grandes capitanes suceden los hijos y los sobrinos por derecho de sucesión, y los arrivistas sin escrúpulos, que saben abrirse el camino con conocimientos y protecciones políticas.

Por todo ello, desde el punto de vista del interés colectivo está justificada una política general en favor de los industriales medios y pequeños, pero no en favor de la gran industria, iniciada por el fascismo y después consolidada y desarrollada por nuestra cuenta.

Nuestra ordenación jurídica de la sociedad anónima favorece a la gran industria y nuestro sistema fiscal la fomenta también. En general, se debe decir que toda la «economía programada», que actúa con intervenciones discrecionales, caso por caso, de los funcionarios públicos, favorece la gran industria, porque la pequeña no puede tener, como tienen las grandes oficinas en la capital, encargados de mantener relaciones con los ministerios económicos; carecen de hombres de confianza, como los tienen las grandes, en los artilugios más delicados de la Administración; no se arriesgan a participar—como participan las grandes—en las Comisiones que fijan los precios, distribuyen las licencias, asignan las materias primas y representan a Italia en las conferencias económicas internacionales.

Si queremos realmente elevar el nivel de vida de toda la población y reforzar nuestra libertad es necesario que creemos las condiciones que hagan posible la articulación de nuestra vida económica en un gran número de organismos independientes que continuamente surjan, crezcan y cambien según las mutaciones de los gustos, la técnica y las corrientes de cambio con los otros países. El obstáculo principal en este camino es hoy la gran industria, instrumento de los «grandes barones».

ITALIA ESTA MAL ADMINISTRADA

Todos dicen que Italia es un país naturalmente pobre. Desde Stefano Jacini, los economistas han escrito, volumen tras volumen, para demostrar que Italia no es el jardín de Europa cantado por los poetas, sino un valle de lágrimas en el que los habitantes están condenados a la eterna miseria de la penuria de la tierra cultivable, a la escasa distribución de la lluvia, a la falta de hierro y carbón, al paludismo, etc., etc. Podemos estar inicialmente de acuerdo con esto; pero cuando se está convencido de la primordial importancia de la administración pública y cuando se tiene formada una opinión sobre la ineficacia de la administración italiana en relación con las administraciones de otros países, se cambia completamente de opinión.

Los economistas pueden decir todo lo que quieren; pero si en Italia, con una administración pública como la que tiene, viven cuarenta y seis millones y medio de habitantes (la mayor parte viven mal, malísimamente, pero aumenta a cuatrocientos mil por año), si no obstante los impuestos, los organismos parasitarios, los obstáculos a las nuevas iniciativas, la incertidumbre de la ordenación jurídica, la astucia, el despilfarro, el dispendio, la incapacidad y la venalidad pública se arriesgan a vivir ciento cincuenta y cuatro habitantes por kilómetro cuadrado (densidad doble de la de Francia), esto quiere decir que nuestro país está bendecido con todas las gracias de la Divina Providencia.

Nuestra administración pública es tal que si so-

lamente alcanzara la mitad de la eficacia de la administración suiza, los italianos seríamos en poco tiempo el pueblo más rico de la tierra.

Los parlamentarios, los periodistas, los expertos que piden nuevos controles y nuevas reglamentaciones para distribuir los recursos disponibles según la relativa importancia social de las diversas iniciativas, que quieren una más ardua política de inversiones estatales para combatir el paro, que sostienen la necesidad de llevar a cabo reformas estructurales para resolver los problemas fundamentales de nuestra economía, no conocen el estado de cosas ni les importa lo más mínimo conocerlas. Continuamos razonando como si nuestra administración pública fuese una moderna locomotora que marchase a ciento cincuenta kilómetros por hora, cuando es una especie de autocarreta modelo de principios de siglo, que amenaza a cada momento con la ruina.

Cuando nuestros hombres públicos desdeñan los problemas de la administración ordinaria, demasiado modestos para ellos, debían pensar que gobernar significa antes que nada administrar y comprender que éste es el problema fundamental, de cuya solución depende la posibilidad de cualquier seria intervención del Estado en los intereses de la colectividad nacional.

La ineficacia de nuestra administración pública ha sabido hasta hoy defender, paradójicamente, en el sector petrolífero, los intereses de la colectividad nacional como no se podrían haber hecho mejor intencionadamente. No creo que la ineficacia de nuestra administración pública pueda recibir un elogio mayor que el que merece por esta capacidad de resistencia, sin moverse, durante tres años al fuego cruzado de la plutocracia internacional y de los complejos industriales de nuestro país. Abordada por los almirantes de las grandes compañías, que desde los puentes de mando de sus acorazados dirigían sus anteojos en la misma dirección.

«He aquí—exclamaban estas gentes—un fenómeno sin igual. En cualquier otro país un abordaje semejante habría hecho saltar a los hombres políticos, a los magistrados, a los Bancos y a los Gobiernos; a los regímenes habría originado crisis, revoluciones y guerras que hubieran terminado con un acuerdo razonable y ventajoso para nuestros compañías. Pero ¿qué pasaba aquí?»

Disperso el humo del terrible abordaje, se descubrió que todo estaba como antes. Nadie oponía resistencia. Los ministros responsables consentían a la primera palabra a cualquier sugerencia, daban las más explícitas seguridades y tomaban los acuerdos más formales. Pasaban los días, pasaban los meses y el ministro no concretaba. Pasaron luego años y nuevas semanas y nuevos meses. El Consejo de Ministros nombró un Comité especial, confiándole la tarea de examinar las peticiones y de proponer una solución precisa al problema completo de la búsqueda y la explotación de los yacimientos petrolíferos. Volvieron a pasar semanas, meses; cambió el ministro de Industria y siguió sin saberse nada. Y ante todo aquello los dirigentes petrolíferos norteamericanos volvieron a decirse que aquello era un fenómeno singular.

La ineficacia de los órganos estatales ha impedido hasta ahora aprovechar en todo su valor una fuente de energía que nuestro país tiene extrema necesidad; pero este daño es ciertamente mucho menor del que se hubiese experimentado si la solución del problema hubiese estado de acuerdo con las propuestas del Consejo Superior de la Minería. Una vez más se confirma la sabiduría de la recomendación «Sourtout pas trop de zéle», que dedicaba Talleyrand a sus directos colaboradores.

Pero tampoco hay que exagerar en esta falta de celo, y lo peor sería que el Gobierno creyese que puede salir adelante por el solo fluir natural de la marea, sin tener nada en cuenta, sin tomar ninguna decisión, dejando a la burocracia que actúe de acuerdo como crea mejor con los representantes de las organizaciones de categoría.

Es ésta la solución más fácil, que mejor corresponde a la manera de ser de nuestros gobernantes, que quieren evitar lo fundamental, vivir día a día, sin asumir demasiadas graves responsabilidades, y también el deseo de las grandes sociedades interesadas en la investigación petrolífera, que han pedido que los acuerdos se realicen sobre las bases de la legislación vigente.

ALARMA EN LA ALEGRE Y CONFIADA FRANCIA



EL PROCESO DE LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES EN LYON

Asaltos, robos, sabotajes y crímenes es la hoja de servicios del grupo de residentes privilegiados

UNA ORGANIZACION TERRORISTA EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

SON las diez de la mañana.

Lyon, fuertemente industrial y activa, está viviendo su enorme y cotidiano ritmo de trabajo. En los barrios obreros, por el canal de Decines adelante, el humo fino de las chimeneas se hunde contra el cielo grisáceo. Por entre el apretado círculo de calles que forman este lado de la ciudad se puede oír hablar en español. Las voces pueden saltar de casa a casa; pueden responder, por entre la ropa tendida, de balcón a balcón. Muchos de los españoles trabajan en las fábricas de la ciudad. Van y vienen a su trabajo.

Por estos barrios obreros comenzaron a llegar, a finales de 1947, unos grupos nuevos. Muchas caras, repentinamente asustadas, apretaban el paso.

El grupo, oficialmente anarquista, de la F. A. I., parecía tener planes importantes. La correspondencia y las órdenes les llegaban de Toulouse.

Ahora, en la media mañana, el barrio del canal está más silencioso que nunca. Todavía hay miedo.

Cuando, después de visitar el escenario normal de la vida del

grupo del «gang» nos vamos lentamente para el Palacio de Justicia, el sol parece que, al fin, sale un poco.

En la Audiencia, en el Palacio de Justicia de Lyon, parece que no hay nadie. Un enorme silencio. En las calles, ni un solo curioso. Tres filas de policías, en un despliegue interminable, las manos sobre las armas, exigen la documentación. Más allá, los guardias tienen atados unos altos y fuertes perros.

Me dicen que se trata de perros que, en un momento determinado, cumplen su tarea sin miedo alguno, con enorme violencia. El despliegue de las fuerzas policíacas es enorme e impresiona un poco. Después de subir la enorme escalera monumental, pasada la primera sala, se encuentra uno con el mismo vacío. En el fondo, algunas filas de gentes silenciosas comienzan a enseñar sus tarjetas de identidad. Frente a ellas, armados con las pequeñas metralletas, están los gendarmes.

En la misma sala del juicio hay tantos civiles como policías en uniforme. La atmósfera de estado de sitio se acrecienta con las

palabras dirigidas al Jurado, después del juramento, por el presidente, Vaysette:

—Sí, antes o después de los debates, cualquier persona solicita explicaciones sobre vuestra actitud, estáis en el deber de no responder. No debéis dejaros intimidar por nada ni por nadie.

Este era, pues, el ambiente exterior del proceso, la atmósfera de preocupación que le rodeaba. Y no era para menos. Por primera vez, Francia tiene que enfrentarse con el problema de juzgar de una forma definitiva los delitos de los que, hasta hace poco tiempo, han disfrutado de una serie de privilegios que han hecho posible todo lo que se está viendo en el proceso de Lyon.

LA TARJETA DE «RESIDENTES PRIVILEGIADOS»

En el drama del proceso de Lyon hay algo que no ha escapado a nadie: que son precisamente los acusados los que poseen, en su mayor parte, la tarjeta de «residentes privilegiados». El juicio, públicamente, ha sido desviado de todo carácter político. El presidente, en una ocasión que le fuera expuesto que se trataba de «resistentes españoles», advirtió con la mayor firmeza «que la Audiencia se desinteresaba de la «resistencia española»:

—Si queráis hacer resistencia —añadió—, haberos ido a España. Aquí estáis sometidos, ahora, a las leyes del país en el que vivís, y vais a ser juzgados por vuestros crímenes.

Uno de los abogados defenso-

res, Johannes Ambre, que había pretendido llevar la causa por ese camino, se vió defraudado. No se permitirá hacer otra cosa que eso: juzgarles por los hechos cometidos en Francia. De ahí la importancia de las palabras del presidente: ninguna coacción. Por eso, acordonando la calle, la Policía hace frente a cualquier otra contingencia imprevista.

Ahora bien; ¿qué pensará Francia de los hombres, ahora en el banquillo, que tienen las famosas tarjetas de «residentes privilegiados»? Aunque el juicio no quiera ser político, al final, inevitablemente, al juzgarles a ellos, se juzgarán, de igual forma, muchas cosas. Por eso mismo tiene importancia en los momentos actuales la medida del retorno de los exilados a España. Una emigración engañada, espoleada por una serie de malhechores, sufre todo esto. De un lado, los que robaron a España; del otro, los que asesinan en nombre de la «resistencia».

LA ORGANIZACION DEL «GANG»

El cuartel general de la organización estaba en Toulouse. En la Toulouse con su Escuela de Sabotaje, en la que se han educado, como todo el mundo sabe, muchos de los hombres que, hoy o mañana, pasarán también por cualquier banquillo de acusado. Pero sigamos con la dramática historia.

Desde Toulouse se ramificaban por toda Francia las órdenes. Había Secretarías importantes en Lyon, centro de trabajadores, y en París, capital alegre y confiada...

Cuando se conocía, a través de una confidencia, o por simples confidencias, que existía la posibilidad de organizar un buen asalto a una fábrica, o a una oficina de Correos, a una tienda, o aun particular—que todas las escalas de los robos se han cometido por el «gang», desde Toulouse se ponía en marcha la máquina. Se contaba, como es sabido, con todos los medios: se empleaban toda clase de coches—en ocasiones, robados—, y se hacían planos detallados de cada asalto. No faltaban, en esta ocasión, los técnicos para cada incursión. Técnicos que, desde el cuartel general, se nombraban.

Están acusados de más de veinte delitos graves, entre ellos, de doce asesinatos, elevándose la suma de lo robado a casi mil millones de francos.

Se trata, dice la Prensa francesa, de una banda tan peligrosa como la que pasó a la Historia, antes de 1914, con el nombre de la «bande á Bonnot».

Pero el «gang» actuaba con un método duro y casi despiadado. A parte de las tres Secretarías generales—Toulouse, París, Lyon—, hay que contar los pequeños «Estados Mayores locales» en otras ciudades.

Los jefes de los anarquistas—Antonio Socaña-Guardia y Juan Catalá-Balagna—venían a Lyon para dar instrucciones al equipo. Son éstos, que seguramente ocupan una importante escala jerárquica en el clan, los que representaban a la F. A. I. y a la C. N. T., y los que, seguramente, recogían para la caja de la «organización» el dinero que los asal-

tantes consideraban como suficiente para la contribución a los gastos de la «resistencia española».

EL ASALTO A LA OFICINA DE CORREOS DE LYON: TRES MUERTOS

Los «gángsters»—como dice la Prensa francesa—no se paraban en barras. Un delito impresionante, sin embargo, iba a cerrar la red tras ellos.

El 18 de enero de 1951 el asalto estaba decidido contra la Oficina de Correos de Lyon. Eran, aproximadamente, las siete de la tarde. Había mucha gente en la calle, las mujeres paseaban tranquilamente por las aceras. Los bandidos, sin embargo, vigilaban cada movimiento extraño.

Dentro de uno de los despachos se terminaba de recoger la recaudación del día y se clausuraba la saca. Un empleado salió a la calle para entregarla, como de costumbre, al furgón postal: contenía seis millones.

Nada más que llegar al aire libre, una ráfaga de metrallata levantó una inmensa ola de pánico. «La gente—dice el empleado en su declaración—me pareció que gritaba, o quizá se quejaba; yo me tiré al suelo mientras empujaba con todas las fuerzas la saca debajo de un mostrador.» Los disparos dejaron en un instante vacías las calles.

Pero el asalto falló. La serenidad del empleado desató la histeria de los pistoleros. A toda prisa entraron en el coche y a toda velocidad desaparecieron. Lo tremendo fué que once personas estaban tiradas en la calle. Un hombre, asomado a la ventana y el único testigo cierto de la tragedia, gritaba llamando a todos.

De las once personas, tres murieron. Las otras ocho fueron heridas. La ciudad estaba impresionada.

Cuando se fueron calmando los ánimos, el hombre de la ventana se encará con los gendarmes:

—¿Dónde estaba usted?

—En mi casa, allí—y les señalaba con la mano la ventana.

—¿Vió lo ocurrido?

—Primero llegó el furgón postal y luego se paró a su lado un «Citroën». Yo miraba, casi sin darme cuenta, la camioneta del furgón, cuando vi que del «Citroën» salían cuatro hombres con ametralladoras...

—¿Qué más?

—Se acercaron a la camioneta y amenazaron a los dos guardias. Después ya sabe: éstos hicieron intención de tomar sus armas y los bandidos comenzaron a disparar sus ametralladoras...

Un hombre de setenta y tres años que pasaba casualmente por allí murió como los guardias: despiadadamente.

El día del entierro de los guardias y del anciano asesinados fueron para Lyon, en cierto modo, memorable. Una lucha implacable comenzaba entre la ciudad y los bandidos. El comisario Queyroux, comisario central de Lyon, pronunciaba un discurso ante los miles de personas que habían asistido a los actos fúnebres, en el que decía: «Juro sobre el honor de la Policía que los culpables serán encontrados y castigados como merecen.»

Mientras tanto, en la rue Duguesclin, donde fuera asaltado el

furgón postal, las gentes señalaban a los curiosos el sitio exacto de la batalla:

—Aquí estaba la camioneta. Aquí se paró el coche de los «gángsters».

Nada más comenzó la investigación se procedía a la detención de no menos de ciento cincuenta personas en el triángulo París-Lyon y Toulouse.

LA GRAN INVESTIGACION: LOS TRES ERRORES

En Lyon no se dejó piedra sobre piedra. Pocos minutos después de los asesinatos, comenzaba la gran investigación. Por los barrios de mala fama de Villeurbanne se registraban todos los rincones. Miles de policías participaban, hombro con hombro, en la aventura. Calle tras calle eran pasadas por la red de la inspección. No se perdía detalle, se averiguaba la procedencia, el origen, el empleo, de las personas sospechosas...; pero, aparentemente, este principio no dió un gran resultado práctico. Sin embargo le dió: el «gang» comenzó a perder el control de los nervios.

Quizá la Policía lo sabía. Así que, con el mismo despliegue de fuerzas, comenzaba la segunda vuelta. Otra vez se levantaba a la gente de la cama, se abrían puertas, se cerraban violentamente las salidas. En esta segunda operación no se limitaron sólo a Villeurbanne, sino que se llegó a un minucioso, paciente, repaso de todos los garajes y depósitos de la ciudad. Se buscaba esta vez más a los coches que a los bandidos.

En la casa donde estaban refugiados comenzaron a llegar las noticias: buscan ahora los coches. Así se cometió la primera falta. Los hombres del «gang», nerviosos, salieron del escondite y llevaron el coche hasta el canal Jonage. Una vez allí, sin más, le hundieron en el agua. Una torpeza evidente. La ciudad estaba atenta y vigilante. Cuarenta y ocho horas después, los bomberos le habían sacado del agua, y en el departamento técnico del comisario Queyroux se analizaba escrupulosamente cada milímetro del coche.

El caso es que los anarquistas creyeron que haciendo desaparecer el coche, hacían desaparecer también las armas. Por eso la Policía encontró allí las metralletas. Era la segunda torpeza.

El coche, además, tenía una matrícula, y hubo más de un lyonnés curioso que la había visto pasar de un lado para otro en la ciudad. Alguien precisó más: ese coche le encerraban en un garaje de Grange-Blanche. Era la tercera torpeza.

LA BANDA DE LAS CIEN CARAS

Localizado el garaje donde se había guardado el coche, se localizaba de igual forma un sector. Nada más faltaba el último detalle. La ciudad, Lyon, parecía sentirlo así. Una mujer vino a ver al comisario y a darle el nombre de uno de los asesinos: Juan Sánchez, de treinta y siete años. Las cosas iban de prisa: el 18 de enero el «gang» asaltó el furgón postal. Diez días después,

28 de enero, era detenido Juan Sánchez, un hombre con el pelo largo como una mujer.

Juan Sánchez, que es el «guapo», el impertinente que se burla en el banquillo de la justicia francesa, no cerró la boca. Denunció, uno tras otro, a sus cómplices.

El 31 de enero la Policía detuvo a Francisco Bailo-Mata, de treinta y un años. Los interrogatorios se sucedían implacables: faltaba el jefe de la banda. ¿Quién era?

El día 5 de febrero el comisario llegaba al convencimiento último: el jefe de la banda de Lyon era el hermano de Francisco Bailo, es decir, José Bailo-Mata.

Cuando la Policía se presentó ese día a detenerle encontraban un cadáver. José acababa de dispararse un tiro. A su lado, una carta comenzaba: «Si vivo, lucharé con la Policía...».

Si la Policía tuvo alguna vez una sola duda en cuanto al origen y procedencia de los malhechores, desapareció rápidamente al irse formando el «dossier» de la banda: todos los detenidos o sospechosos pertenecían a la F. A. I. o a la C. N. T.

Como ocurrió con Juan Sánchez, el resto de los detenidos delató en seguida a sus cómplices inmediatos o lejanos. Por toda Francia, de una forma u otra, la encuesta de Lyon dejó sentir su influencia. Doscientas personas han sido detenidas. De ellas, treinta y siete han sido acusadas, y catorce, al fin, han pasado al juicio de Lyon. El proceso, decía un periódico francés, que ha hecho olvidar el de Marguerite Marty, la envenenadora, y el del patriarca de Lurs, Gastón Doménil, el infatigable delador de sus hijos y familiares

UN POLICIA SE FUGA CON LAS JOYAS

Una de las anécdotas más pintorescas de la serie de aventuras que han dado, al fin, con los anarquistas en la cárcel, ha sido la que tiene como protagonista al inspector de Policía marsellés Marcel Galdin.

Este inspector detuvo a la mujer que acompañará a los acusados en el banquillo. La detuvo, con dos de sus cómplices, en el momento mismo que llegaba a Marsella a negociar cuatro millones en joyas robadas en Lyon. El inspector Galdin los encerró en un coche..., y desapareció con la fortuna.

Ahora, este representante de la anédoca, casi cómica, comparecerá ante la Audiencia de Lyon. Se mezclará su nombre con el del siniestro «affaire» de la calle Duguesclin.

UN DRAMA EN TRES ACTOS

Cuatro años han tardado las autoridades judiciales francesas en reunir y controlar el inmenso «dossier» de los anarquistas. Centenares de kilogramos de papel han ido llegando al Palacio de Justicia de Lyon para formar, por último, apiladamente, el apretado texto de las actas.

Los crímenes cometidos por el

«gang» son tan numerosos, que el presidente de la Audiencia de lo Criminal se ha visto en la necesidad de dividir el proceso en tres partes. Tres partes, pues, que vendrán a ser, en cierta manera, los



Juan Sánchez, tan cínico y trapacero como excelente especialista en la técnica del asesinato, se ha constituido en la «vedette» del proceso de Lyon



Sánchez y Bailo, dos sujetos de bien diferenciadas características en el museo de la delincuencia del terrorismo francés

tres actos de un drama que tiene a su fin varias condenas de muerte.

Así, además, como en la peripecia dramática, el interés será creciente, ya que se comienza por los delitos menos importantes para terminar con los de la sangre. Que la sangre llama a la sangre.

Por otra parte, los actores serán los mismos. Alguno quizá desaparezca en el primer acto; pero otros, Juan Sánchez y Bailo, irán ascendiendo por la escala de los tres actos para alcanzar el último momento, asistir a las últimas calificaciones. Beber la última gota del drama.

EL PRIMER ACTO: OCHO ROBOS

El primer acto, como ya he dicho, no tiene mucho interés. Ha servido para presentar a los protagonistas. Sobre todo, como veremos, a Juan Sánchez.

Han sido retenidos, en esta ocasión, ocho robos: el de un coche antes de asaltar un centro de distribución de cartillas de racionamiento:

—Desgraciadamente —contestaba Bailo al juez, con respecto a esta acusación—, las restricciones terminaron. Tuvimos que quemar muchas cartillas de pan. Menos mal que el café se vendió bien...

El asalto a una tienda de ropa, el ataque a mano armada a una tienda de ultramarinos. Tres asaltos nocturnos a automóviles en la carretera nacional número 7, entre Lyon y Viena.

En uno de esos ataques estaba previsto el de detener a la artista de cine Rita Hayworth, de quien se tenía noticias pasaría esa noche. Pero Rita Hayworth no llegó ese día. Fueron unos turistas belgas los que cayeron en la trampa. Ahora se han enfrentado con sus agresores y apenas si recuerdan, con el susto de aquel día, las caras.

Quedan, por último, el robo de una camioneta cargada y el asalto a un piso.

Así, ascensionalmente, en el curso de las próximas semanas irán siendo juzgados del resto de los delitos.

LA VIDA EN LA JUNGLA

El juicio ha presentado en escena a los protagonistas. Juan Sánchez se ha convertido por propio gusto, con un descaro que revela, en su fondo último, la burla que han venido haciendo de la Justicia francesa durante los últimos años, en el «gracioso» del juicio. Es un hombre mal encarrado, pintoresco, de pelo largo, que lleva ahora unos largos bigotes dalinianos. Rústico y de una suficiencia casi estúpida que le hace interrumpir muy a menudo los debates.

Su actitud más comentada es la del día 13. A grandes y sonoras voces reclamó la atención del juez:

—Es preciso que salga de la sala.

Como el presidente le advirtiere que ha de producirse con más respeto, volvió a gritar:

—No puedo escucharlos. Tengo una urgente necesidad... Si no me dejáis salir la hago aquí.

La fanfarria de Juan Sánchez contrasta, a su vez, con la de su compañero Bailo-Mata, que es, según todos, el intelectual de la banda, aunque, según su sorpresa,

dente declaración: «No he ido a la escuela nada más que hasta la primera comunión...».

Es Baillo-Mata quien ha organizado con su hermano José, que se suicidó, como sabemos, todas las expediciones criminales y reclutado la mayor parte de los hombres.

Según se explican, hacen la vida de la jungla. Como fieras en libertad, roban cuando necesitan dinero y asesinan cuando alguien se opone a su paso.

En el banquillo, con un aspecto sombrío y triste, Baillo-Mata parece darse cuenta de la enorme responsabilidad de sus actos. No así Juan Sánchez, que apareció el primer día con una cápsula de botella en el ojal de la chaqueta:

—¿Qué es eso?—le preguntaba el presidente.

—Como todo el mundo lleva aquí condecoraciones...

Pero, a la hora de la verdad, la lucha por la vida se hace ronca y áspera.

Al preguntar el presidente por ciertos detalles de un robo, Juan Sánchez responde:

—No sé nada. Estaba en el coche.

Pero Baillo-Mata protesta:

—Era yo quien estaba en el coche.

VEREDICTO DEL PRIMER PROCESO

El veredicto del primer proceso ha sido buen exponente de lo que significan las aventuras del «gang».

Juan Sánchez ha sido condenado al máximo, es decir, a trabajos forzados a perpetuidad. Mal presagio para él, porque tendrá que responder de los crímenes del tercer proceso.

Baillo-Mata ha sido condenado a veinte años de trabajos forzados. Pero tendrá que pasar la estrecha corredera del resto de la encuesta. Alvarez, condenado a ocho años de trabajos forzados. Bonios, a seis años. Cantero, a cinco años de reclusión. Para los últimos la cosa termina así. Para los primeros casi comienza. Y no deja de ser impresionante.



Representantes del Gobierno francés, visitando a los milicianos huidos de España, entre los que se encontraban gran número de delincuentes y asesinos



Los ocupantes de un bote de desembarco llegan a tierra

Soldado americano en un lugar de la costa bajo el fuego de las explosiones



Lanchas de desembarco se dirigen a las costas protegidas por los destructores

INTERES TECNICO Y ENSAYO DE COLABORACION EN UN SUPUESTO TACTICO

MANIOBRAS DE LA VI FLOTA AMERICANA EN LA COSTA DE CATALUÑA

NINGUNA potencia más fuerte en el mar que la poderosa República de los Estados Unidos de América. La joven y colosal thalassocracia aprendió pronto, en efecto, la lección de la Historia. El almirante Mahan, apenas nacida su patria como gran potencia, la señaló el camino del mar como medio de cimentar sólida y magníficamente un poderío mundial, en efecto, no puede ser más que a condición de dominar los océanos. El mar, explicaba Ratzel, constituye no sólo un gran camino, sino que es, por excelencia, el verdadero camino de las relaciones internacionales. Y la estrategia, ya lo explicó también Napoleón, es apenas el arte de dominar las comunicaciones. Si es verdad que en las guerras continentales el mar puede no jugar un papel, ni mucho menos, decisivo —Francia, por ejemplo, era superior a Alemania, en el mar, en 1870 y sin embargo fué arrollada por los soldados prusianos—, en las contiendas mundiales, en las que intervienen países lejanos y territorios incluso de varios continentes, y en las que las comunicaciones desempeñan un papel primordial, el dominio del mar proporciona invariablemente, el de la tierra. Tal es la vieja lección de todos los tiempos. Y América, como decimos, no lo ha olvidado.

Cinco mil buques forman la flota gigantesca de los Estados Unidos, y aunque la situación activa de la misma no alcanza más que un número sensiblemente mitad de aquí, el personal de la Escuadra yanqui comprende 781.000 tripulantes (de ellos, por cierto, 3.500 mujeres del llamado «Cuer-

po Femenino de la Flota»: «Waves») y 220.000 hombres del «Marine Corps», que integran la Infantería, Artillería, carros, servicios, tropas anfibas y aviación de exploración, apoyo, bombardeo pesado y transportes, etc., de la citada Escuadra. Los efectivos de los «Marines» componen tres divisiones. En total, las fuerzas navales yanquis comprenden, aproximadamente, un millón de hombres.

La Flota americana integra, principalmente, las escuadras del Pacífico y del Atlántico; la primera formada por 12 portaaviones, un acorazado, ocho cruceros, 109 destructores y 43 submarinos, y la segunda, más importante, por 21 portaaviones, tres acorazados, 10 cruceros, 105 destructores y 53 submarinos. Ello aparte, el Estado Mayor yanqui ha organizado destacamentos especiales para actuar en determinadas circunstancias —las «Task Forces», como, por ejemplo, la VII flota de Corea y la VI, destacada en el Mediterráneo. Esta última —que es la que interesa concretamente a nuestro comentario— está integrada normalmente por dos o tres portaaviones, con un total de 250 a 300 aviones; otros tres o cuatro cruceros, de 15 a 18 destructores, cuatro submarinos y un cierto número de buques auxiliares.

SUPUESTO TACTICO BASE AEREA EN TERRITORIO RECIENTEMENTE OCUPADO

Pues bien: esta última escuadra —la VI flota— que acaba de visitar nuevamente nuestros puertos levantinos y meridionales, es la que está dispuesta a realizar un supuesto táctico, cuyo desarrollo según los informes aludidos, debe de ser como sigue:

Se supone que va a utilizarse una base aérea que ha quedado

en un territorio recientemente ocupado, conviniéndose también que en dicho aeródromo la aviación propia sólo ha encontrado en estado de servicio las pistas. Es decir: que será menester, desde los primeros momentos, abastecer de cuanto precisa a los aviones propios que van a utilizar esta base, singularmente de combustible, municiones y material de recambio. La maniobra o ejercicio planeado, por tanto, tendrá, aparte de un carácter táctico, un aspecto singularmente logístico, concretado a organizar semejantes aprovisionamientos. El supuesto, tal como se ha anunciado, tendrá, por tanto, carácter aeronaval, aunque se prevé la instalación en la costa de algún pequeño campamento.

En definitiva se supone que a la base llegan primero aviones propios, que sucesivamente al litoral llegan, en seguida, los buques auxiliares y que, por último, se trata de abastecer aquéllos desde estos últimos. El programa, efectivamente, comprende sucesivos empleos o actuaciones de aeroplanos y barcos: el día 20 de enero llegará el grupo de aviones de enlace, el día 22, los barcos, y los días del 25 de enero al 1 de febrero, actuarán los aviones desde el aeropuerto o base.

El lugar elegido es, efectivamente, la costa catalana a la altura de Tarragona. Al norte de esta ciudad la costa quebrada recibe el nombre de El Morrot, pero al sur del puerto de dicha capital el litoral es aplacerado y forma playas amplias y dilatadas, una al este del cabo Salou y otra —la de Cambrils— al oeste. Un poco al interior, apenas a doce kilómetros del mar, está Reus, unida al mar por dos carreteras: la que lleva a Tarragona por el curso bajo del Francolí y la que conduce al pueblo de Salou. Ambas carreteras tienen apenas doce o catorce kilómetros de desarrollo y son rectas. El país es allí lla-



Apyadas por el fuego de los navios y la intervención de los cazas a reacción, las fuerzas invasoras instalan las piezas artilleras para entrar en acción

no. El aeródromo de Reus es el que sirve de base en el ejercicio.

El material anunciado que va a tomar parte en este supuesto es el que sigue:

AVIACION: Escuadrilla anti-submarina y de reconocimiento número 23, que manda el capitán de fragata E. B. Rodgers, y la escuadrilla de apoyo aéreo número 104, cuyo jefe es el capitán de fragata W. B. Paulin. Toda esta aviación, insistentemente, pertenece a la Marina y procede de la base aeronaval de Port Lyautey (Marruecos francés, desembocadura del Sebú).

MARINA: División número 2 de apoyo aéreo, integrada por los buques «Chilris» y «LST-32», barcos, respectivamente, mandados por el capitán de corbeta Mac Mi-

llan y por el de corbeta Grance, además del buque-tanque «A. O. G.».

Está previsto que si el tiempo lo permite el «LST» varará en la costa y se establecerá en ella el campamento pequeño indicado.

Todo el material que va a intervenir en el ejercicio es novísimo y merece una referencia más amplia para la mejor comprensión de quien lee. La escuadrilla de reconocimiento está formada por aviones «P2V. Neptune», provistos de dos motores Wright, de 2.200 caballos, o de dos motores Turbo-Ciclón Wright, de 3.250.



Estos aviones son capaces de transportar una carga de 3.630 kilogramos de explosivo —cuatro bombas de 907 kilogramos cada una—, o dos torpedos de 980 kilogramos, a doce cargas antisubmarinas o bien, por último, una gran bomba atómica. Se comprende, por tanto, que el poder aniquilador de una escuadrilla de este tipo es enorme y sin precedente en la historia de la Aviación militar. Estos aparatos, con base en tierra, tienen un radio de acción normal de 4.200 kilómetros. El viaje de Port Lyautey a Reus apenas significa para ellos más que un recorrido de 900 a 1.000 kilómetros, y por tanto podrían hacer dos veces un viaje redondo, entre ambos puntos, sin tocar tierra ni aprovisionarse.

Los otros aparatos que intervienen en el ejercicio son aviones de transporte tipo «Skytrain», cuyo modelo «R.5.D-4» —que es el de nuestro caso— está provisto de cuatro motores Pratt y Whitney, «Twin Wasp», de 1.350 caballos. El radio de acción de este material es de 5.600 kilómetros —la distancia de Port Lyautey, de donde han venido, a Budapest o Varsovia y regreso— y la capacidad de carga del mismo, de siete a diez toneladas.

ALMACENES ANFIBIOS PARA LOS AVIONES

En cuanto al material naval vale bien que le reseñemos del mismo modo, aunque sea ligeramente, para mejor conocimiento del lector. Los buques del tipo «LST-32» pertenecen a la clase general denominada «L. S.» («Landing Ships»), e to es, a la clase de embarcaciones de desembarco.

Soldados de Infantería de Marina de los Estados Unidos, adiestrados en la práctica de asalto, cargan sobre un reducto del enemigo, convenientemente camuflado

Los buques de esta clase de la serie «T» son aptos, incluso, para transportar carros. De este tipo los americanos han llegado a poseer hasta 1.052 embarcaciones similares. Han sido construídas según los planes de Gibbs y Cox, y aunque muchas de aquellas se han transformado luego en barcos de otra clase y aun sido enajenadas en gran número, todavía quedan en servicio no menos de un centenar. Estos buques especiales desplazan de mil a dos mil toneladas, desarrollan una velocidad de 11 millas, van provistos de dos hélices y la fuerza de sus máquinas es de 1.800 caballos. Su combustible lo constituye el gas-oil. Son embarcaciones muy capaces, que pueden transportar incluso carros de combate, artillería pesada y gran cantidad de tropas. Se aproximan a tierra por su propia impulsión; varán en las playas, abren su proa, como un gigantesco portalón, y lanzan fuera, a través de un puente de desembarco, su carga con inusitada rapidez.

En el ejercicio la embarcación de este tipo que interviene está acondicionada para suministrar rápidamente a los aviones que operan en Reus abastecimientos de todas clases, principalmente víveres, material de repuesto y municiones. Estos barcos son así como los almacenes anfibios de los aviones, que transportan por el mar cuanto precisan y que ponen

en tierra firme su cargamento cuando es menester.

Otro barco auxiliar es el «Chilris», que pertenece, sin duda, a la clase de los buques de apoyo construídos ya durante la guerra última, para abastecimiento de las fuerzas aéreas y marítimas. Estos buques, no siempre homogéneos, tienen ordinariamente un desplazamiento que va incluso hasta las 6.000 y aun las 15.000 toneladas, siendo su velocidad relativamente grande, ya que con frecuencia es ésta de 18 millas. El armamento antiaéreo de semejantes buques es numeroso, ya que montan, normalmente, cuatro piezas de 127 milímetros, 12 de 40 y 14 de 20. Los buques de esta clase del tipo «A» constituyen bases flotantes capaces para atender las necesidades de 24 aviones cada uno. Estos barcos tienen dos chimeneas y en tiempos de paz pueden transportar dos escuadrillas. Los buques de la clase «B», más modernos, están provistos de nuevos servicios y rampas de lanzamiento para proyectiles autodirigidos, instalados en «la playa» de popa.

Queda, por último, que citar al buque-tanque «A. O. G.», que es uno de los veintitantos barcos pequeños de esta clase de la Escuadra yanqui afecto al suministro de combustible. Estos barcos no tienen más de dos mil toneladas, su velocidad es de 14 millas, van provistos de dos hélices y sus máquinas tienen una fuerza de 3.300 caballos.

MODERNIZACION CONSTANTE DEL MATERIAL

Tal es el espléndido material, todo él modernísimo, que va a entrar en juego en el ejercicio en



Marinos de la Flota americana realizando un desembarco en una playa fortificada

cuestión. Es momento, seguramente, de indicar aquí que la Flota americana renueva constantemente su material. Tanto que alguna de las unidades citadas no figura aun en los últimos anuarios. Es sabido cómo han sido renovados, por ejemplo, los portaaviones en la escuadra yanqui del Mediterráneo, en donde actualmente navega el «Coral Sea», uno de los de mayor porte de aquella flota. Pero últimamente ha habido una renovación curiosa también, síntoma elocuente de esta preocupación de tener no sólo el material a punto, sino de disponer de la última palabra a estos efectos. Por ejemplo, el crucero «Newport New», hasta ahora uno de los del tipo pesado que capitaneaba la flota yanqui de aquel mar, ha dejado paso al novísimo «Mourthampton», que ha entrado en servicio en 1953. El primero es un navío de la serie «Des Moines», que también vino al Mediterráneo, salido de los astilleros americanos en 1948. Se trata de barcos grandes, de 17.000 toneladas, armados de 12 piezas de 127 milímetros y de 20 de 76 y 24 de 20, antiaéreas. Estos buques llevan dos helicópteros y están accionados por cuatro hélices, siendo la potencia de sus máquinas de 120.000 caballos. El «Mourthampton» ha sido construido en los astilleros de Steel (Quincy) y

El buque cisterna «Chewavcan», que tomó parte en el teatro de operaciones del Pacífico, participa también en las maniobras

tiene un tonelaje idéntico al anterior, pero su velocidad es de 33 millas, no variando grandemente su armamento. Este barco, que comenzó a construirse como uno más de la serie «Oregon City», detuvo su construcción en 1945 para reanudarse tres años más tarde, pero con arreglo a las condiciones previstas para servir de buque capitán de las «Task Force». En consecuencia, las características singulares de semejante barco son el desarrollo notable de sus servicios de transmisiones y de detección. Lleva, también, dos helicópteros en popa.

La Marina americana, según

acaba de explicarnos el almirante Parker durante su reciente visita a Mallorca, se preocupa de adaptar a sus buques los progresos más recientes de las armas atómicas y de los cohetes dirigidos. El primer buque atómico, añadamos nosotros, el submarino «Nautilus», se dispone para hacer sus pruebas muy en breve.

LA «OPERACION OBERLORD», CULMINACION DE LAS ACCIONES DE DESEMBARCO

Antaño la flota temía a la tierra. Se admitía como axiomático que el poder de la artillería de



a bordo, aun dentro de ciertos límites de superioridad de material, era inferior al de la costa. No hay que decir que las operaciones del mar contra la tierra —los desembarcos— eran considerados como cosa temible. Jamás ninguna marina se aventuraba en riesgos de esta clase, salvo en condiciones excepcionales y siempre lejos del enemigo. El almirante Caxter podía hablar en consecuencia, en su libro famoso sobre la estrategia, de esa «reacción de la tierra sobre el mar», que irradiaba, por así decirlo, bastante aguas adentro, el poder de las fuerzas y armamentos continentales.

A decir verdad no faltaba razón para semejante prudencia. En la primera guerra mundial hubo, al efecto, una lección concluyente. En diciembre de 1914 Turquía entraba en la guerra, junto a los imperios centrales. Esta intervención amenazó dar al traste con la situación en el Mediterráneo. Inglaterra se sintió de verdad amenazada en su Imperio, en su ruta roja, que era el camino de la India; en Egipto y en el canal mismo. Los submarinos germanos, en efecto, comenzaron a operar peligrosamente en este mar. Winston Churchill tuvo una idea. En realidad, fué una obstinación. La de «coger el toro por los cuernos». Y contra la opinión de los técnicos navales lanzó a la aventura la famosa expedición de los Dardanelos. Se desembarcó, en efecto, en Gallípoli, pero todo fué decididamente mal luego. Al final, lord Kitchener, sobre el terreno, hubo de dar la orden de reembarcar. Los turcoalemanes habían causado unas pérdidas terribles al Cuerpo Expedicionario francoinglés. Los franceses, concretamente, perdieron en la aventura un acorazado. Los ingleses, cinco, sufriendo además, en tierra, 196.000 bajas, de las cuales 90.000 fueron por enfermedad.

En 1925 fué España la que probó fortuna en una operación de esta clase en Alhucemas. Se buscaba allí con instinto certero por el general Primo de Rivera la clave del problema marroquí. Y allá, a aquella bahía, fué nuestra Escuadra, con el apoyo de otra división naval francesa, y allí desembarcaron nuestros soldados. Las columnas de los generales Saro y Fernández Pérez formaron inmediatamente una amplia cabeza de desembarco. Ello ocurría la fecha gloriosa del 8 de septiembre del citado año. Poco tiempo más tarde la guerra en Marruecos debería terminarse. Esta vez la operación de desembarco fué un éxito rotundo, por tanto. Ello se debió en primer término a las excelencias de la preparación, a la calidad de las tropas y al temple heroico de sus jefes, a la cabeza de los cuales iba, en la vanguardia extrema, Francisco Franco, teniente coronel de Infantería a la sazón. En la operación se había empleado un material nuevo que ya ha-

bía intervenido en la primera guerra mundial: las barcazas «K», con un puente a proa que, al varar la embarcación, se lanzaba a tierra. Este material resultó excelente. El prejuicio contra las operaciones de desembarco comenzó a desaparecer entonces. ¡Los españoles habíamos terminado audazmente con el maleficio!

En la última gran guerra, en realidad, los desembarcos —las operaciones alíneas en general— se multiplicaron extraordinariamente en Europa, en África, en Asia y en el Pacífico. Pero entre todas estas acciones, casi siempre felices, destaca por su singular importancia la llamada «Operación Overlord», que comenzó a prepararse muy minuciosamente en 1943 y mediante la construcción de abundantísimo y moderno material. El desembarco se verificó el día 6 de junio de 1944, en Normandía. Tomaron parte en él americanos ingleses y canadienses. Previamente los yanquis habían situado un gran ejército, de un millón y medio de hombres, en la Gran Bretaña. Los aprovisionamientos se habían preparado ampliamente del mismo modo. Eisenhower, antes de emprender la operación, estaba cierto de la excelente instrucción de sus hombres. El desembarco fué precedido por el asalto aéreo que se inició el 1 de junio sobre las costas y el interior de Francia. Tres mil aviones de bombardeo pesado y 6.500 de primera línea habían situado los americanos en Inglaterra. El ataque al Continente se dirigió de modo muy especial sobre las comunicaciones. Se trataba de impedir la reacción enemiga. Seiscientas locomotoras y 16.000 vagones quedaron así destrozados. En la madrugada del día «D» apareció una nube de embarcaciones sobre el litoral, separadas unas de otras 70 metros. Gracias a ello el desembarco pudo realizarse. Diariamente 30.000 soldados pondrían luego pie en tierra, en los puertos de circunstancias construídos, además de 30.000 toneladas de suministros. La conquista de Cherburgo, primero; la de Brest, Saint Nazaire, Lorient, Dieppe y El Havre después facilitarían al fin el abastecimiento del Ejército expedicionario, que en el plazo de noventa días ascendía a 2.086.000 hombres, a los que se suministraron más de tres millones de toneladas de material en el plazo citado.

INTERES TECNICO Y LECCION DE COLABORACION EN EL SUPUESTO TACTICO DE CATALUNA

El ejercicio ahora en realización no prevé ciertamente una operación de desembarco ni siquiera reducida, de este tipo. No se trata de echar a tierra un ejército. El tema o supuesto—ya lo dijimos—comprende sólo el auxilio de una aviación que se ha

posesionado de un campo próximo al mar desde éste. Pero es que este ejercicio es precisamente como el antecedente de una operación de desembarco de gran estilo. Lo primero que es menester es apoderarse de los terrenos de aviación enemigos en tales casos. Sin bases aéreas, la aviación contraria reaccionará con dificultad. Y concedido esto, el desembarco o simplemente el ataque puede contar de antemano con la inmensa ventaja de la superioridad aérea inicial.

De aquí el interés del ejercicio que, como tal lección instructora, ha podido plantearse donde se hace o sobre otro punto cualquiera del litoral español. Se trata, por así decirlo, de un entrenamiento.

Aparte del interés técnico del tema, que pondrá, sin duda, de manifiesto el estado de sólida instrucción de los marinos y la calidad excelente del material, el supuesto tiene una significación evidente de orden distinto. Resalta en su ejecución el grado de estrecha amistad y sincera colaboración entre las dos potencias de los acuerdos de Madrid. La VI flota vino un día a puertos españoles en visita de buena voluntad. El almirante Sherman había previsto estos contactos como motivo de conocimiento mutuo. Los marinos yanquis se afijaron ordinariamente, vinieron luego muchas veces más a nuestros puertos con mayor satisfacción que a cualquiera otros: según reiteradamente nos dijera. En octubre último nuestro Comandante visitaba la VI flota y asistía, a bordo de su mayor portaaviones a la realización de unos ejercicios aeronavales en aguas del litoral del golfo de Valencia. Ahora se trata de un tema concreto y de un ejercicio determinado sobre el reborde levantino de la Península. Mañana será, sin duda—ya se ha anunciado esto—una maniobra combinada de las dos Escuadras: la del pabellón de las bandas y estrellas y la de la bandera roja y gualdada. Mientras tanto progresan las obras comunes en las bases litorales y aéreas de España. He aquí el cuadro de nuestra buena amistad y cuál es la voluntad común de los dos países para estar a punto. Frente al riesgo oriental, en efecto, lo más prudente y lo más juicioso es mantenerse prestos; la paz—aunque suene a paradoja, es una gran verdad—se mantiene sólo con las armas y las armas, para ser eficaces, tienen que estar a punto.

La lección de esta colaboración sincera y leal hispanoamericana resalta aun más si comparamos con cuanto pasa al otro lado de la frontera del Pirineo. Allí todo parece incierto e inseguro, vacilación y recelo. Acá, gracias a Dios, las cosas, ya se ve, ocurren felizmente de otro modo.

HISPANUS

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

CAMBIA LA MUJER, CAMBIA ESPAÑA

Entre el "antes" y el "ahora" EQUILIBRIO EN AVILA

EN LA CIUDAD AMURALLADA
YA NO HAY "PROVINCIANAS"

En busca de horizontes más
amplios y de más posibilidades

La cuna de Santa Teresa sigue siendo tierra de grandes mujeres

EN la ruta emprendida para pulsar el cambio de la vida nacional tomando el pulso a las variaciones acaecidas en la vida de las mujeres españolas, Avila representa, sin duda, una etapa de gran equilibrio entre el «antes» y el «ahora», entre lo antiguo y lo moderno, entre las viejas costumbres y los usos nuevos. En tal medida, que si al tratar este tema refiriéndolo a cualquiera de nuestras provincias resulta siempre más acertado hablar de «evolución» que de «revolución», ante Avila hay que acentuar, aun más, el carácter evolutivo del fenómeno. Hay que insistir en su doble condición de cambio lento y conservador de muy buena parte de las líneas y colores del modo de vivir tradicional en la provincia.

No; no hay nada de revolucionario, de violento, de repulsa total hacia lo antiguo en la mudanza de la vida femenina avilense. O, por lo menos, nada que tenga verdadera importancia. De tal forma que si, por ejemplo, simbolizáramos en la parte de Avila edificada dentro del recinto que acotan las murallas, la antigua vida de la mujer, y en la parte construida extramuros, su vida actual, no podríamos decir que las abulenses han derribado las murallas o se las han saltado a la torera, sino que, abiertas las puertas, van saliendo, con paso sosegado, como

conviene a las castellanas viejas—no me refiero, claro está, a la edad—, en busca de horizontes más amplios, de posibilidades más numerosas. Pero, y esto es muy importante, sin abandonar del todo su antigua residencia, sin olvidar el refugio defendido por las murallas.

Advertido esto, amigo, vamos a ver qué pasa en Avila; vamos a conocer a sus mujeres. Y no arguyas que comenzar el reportaje con algo que más parece final, o conclusión, es como enganchar el carro delante de los caballos, porque sin anticipar cuanto va escrito, quizá no se interpretará bien lo que sigue y porque, además, no estamos en tierras de galopadas, ni de velocidades, sino en tierras propicias al caminar despacioso de la gente andariega y al discurrir tranquilo de quienes viven, afortunadamente, de espaldas al tiempo que palpita en los relojes y de cara al tiempo que no permite medida.

VIRTUD Y SERVIDUMBRE DE LAS MUJERES EN LAS TIERRAS DE AVILA

Avila es una provincia agricola



El paseo en «el grande», como si dijésemos «la calle de Serrano», de Avila

la y, por ello, el campo es el escenario donde transcurre la vida de la mayor parte de sus mujeres. Un escenario en el que pueden diferenciarse, por lo menos, tres zonas: al Norte, llanuras con cielo y suelo de Castilla la Vieja—tierras de Arévalo, tierras de la Moraña—; al Sur, el macizo montañoso de la sierra de Gredos y tras ella, una franja breve que tiene, a un tiempo, acento extremeño, por Candelada, y aire toledano, por Arenas de San Pedro. Se suceden así, de arriba abajo, el sol y el sequo, la roca y la nieve y las huertas del valle del Tiétar. Y subiendo, caminando la provincia en sentido inverso, de los cultivos de hortalizas, leguminosas,

La típica fiesta de Santa Agueda en un pueblo serrano de la provincia de Avila



Para Maruja Lucas, las mujeres de Avila son austeras; para María Luisa Losada, melancólicas; para Angelita Familiar, son serias



frutales, olivos, tabaco y aun algodón, y aun naranjos, luego de pasados los pinares serranos, se llega a la simplicidad del trigo y el garbanzo.

En las zonas cerealistas del Norte—todos los nortes son tierras donde por lo común trabajan mucho las mujeres—la estampeta de la vida femenina presenta los tonos más severos: trabajo intenso—, pocas escapadas a la capital de la provincia o a otras capitales...

¿Lujos? Ni hablar. El campo de la Castilla de secano conoce muy pocos. Todo lo más la frivolidad mínima de algunas ropas que sólo salen del arcón los domingos y las festividades sonadas: un «manteo», unos pañuelos de talle. Y aun esto ¿no será, más que frivolidad, decencia, modo cristiano de santificar las festividades, de revestir la apariencia exterior con la dignidad y el aseo que convienen a tales días?

Con muy poca variación, igual vida en el resto de la provincia. Más días de hogar en la montaña, por la crudeza del clima, mientras se tejen cestos, mientras se trenzan las alas y los escarolados pajizos de los sombreros que rematan el tocado regional femenino. Menos dureza en el trabajo agrícola en el Sur, porque es más blando el surco de la huerta y menos penosa la recolección de la aceituna o los frutales. Y mayor contacto con la vida ciudadana por la facilidad de las comunicaciones con Talavera, con Madrid... Por las colonias veraniegas, sobre todo en Arenas de San Pedro.

En tal marco, en un ambiente de tal austeridad, donde se conservan aún tantos buenos modos tradicionales y donde empiezan a desterrarse algunas costumbres y formas de vida que no podrían alegar en su favor mejor, ni otra razón que la de su vetustez, va contando sus días la vida de las campesinas de Avila. Con su grandeza silenciosa, con su servidumbre sufrida. Con las horas del marido y los hijos, en la casa; con las horas del rezo, en la iglesia; con las horas del trabajo, en el campo.

CALLADAS, RETRAIDAS, SINCERAS. — HAY QUE PAGAR LA COSTUMBRE. LAS AGUEDAS

Cuando Sonsoles Bernaldo de

Quirós—Delegada Provincial de la Sección Femenina—piensa que palabras servirían con mayor propiedad para calificar a estas mujeres le vienen seguidas, a los labios, éstas:

—Calladas, retraídas, sinceras. Calladas, que no pregonan sus sacrificios, ni sus sufrimientos, ni sus alegrías. Retraídas, como todas las mujeres que son trabajadoras y muy de su casa. Sinceras, porque son veraces.

No resisto la tentación de preguntarle si no critican, si no tienen alguna tendencia al cotillo. Sonsoles ríe. Y encuentra una salida:

—Pero ¿de qué estamos hablando: de los rasgos peculiares, distintivos de las abulenses, o de las mujeres en general?

Cambio el tema. De las costumbres regionales, a veces, pueden deducirse cosas interesantes.

Por ejemplo, me parece que «pagar la costumbre» revela, en el fondo, una valoración, una estimación, de la mujer, lógicas en una región donde la mujer ayuda mucho al hombre. «Pagar la costumbre» es la obligación del novio forastero—y forasteros son todos los que no son del pueblo de la novia, aunque sean de la provincia—hacia los mozos del pueblo de que se trate. Cuando éstos calculan que las relaciones de un forastero con una chica del lugar van en serio, piden respetuosamente al muchacho que «pague la costumbre»: una cantidad no fijada de antemano, una suma que el forastero entrega a voluntad, para que beban los mozos del pueblo. La generosidad de la entrega mide varias cosas. Entre otras, el nivel económico del novio, su tacañería o generosidad, y lo que «vale», a sus ojos, la chica. El que no paga la costumbre debe soportar otra: el baño vestido en el pilón del pueblo, adonde le arrojarán los mozos.

El reconocimiento, la compensación, al pleno auxilio de la mujer al hombre, podría ser la raíz última, el simbolismo oculto, de la forma de celebrar la festividad de Santa Agueda, el 5 de febrero. En algunos pueblos de Avila, este día, mandan las mujeres. Se nombra una alcaldesa—portadora de una vara rematada de flores—y unas concejalas. Y durante todo el día ellas gobiernan el lugar. Dictan

el bando oportuno, organizan la procesión de Santa Agueda y llevan, ellas, la imagen y los escudantes. Las mujeres son servidas, en la casa por los maridos. Los hombres, en fin, pierden en esta fecha todas sus prerrogativas de mando. ¡Ah! Y terminado el día, las «aguedas» declinan el poder sin resistencia. Parece que a su natural buen sentido, con un día de experiencia le basta. Claro que para sus adentros, como todas las mujeres que son buenas esposas y buenas madres, se dirán: «Dejando a un lado las fórmulas, verdaderamente en nuestra casa somos las dueñas, mandamos todos los días.» Y no es malo que sea así. Mi tía Sole, dada a los refranes y a los dichos, suele afirmar siempre que se comentan estos temas: «En un matrimonio bien organizado, el marido es un rey constitucional. Reina, pero no gobierna.»

Es soltera. No puede decirse, por lo tanto, que su opinión sea interesada.

¿HA CAMBIADO LA MUJER DEL CAMPO?

De siempre, muchas mujeres de los pueblos de Avila han sentido la llamada de la ciudad, han acudido a las capitales, en especial a Madrid, a continuar esa singular historia, aun sin escribir, del servicio doméstico. Y conste, mal que les pese a los sociólogos de café, que no lo consideramos, ni mucho menos, una mala costumbre, ni una institución que deba desaparecer. En un buen hogar español, la muchacha suele encontrar dos cosas que jamás podría proporcionarle otra forma de ganarse la vida: una educación, que generalmente no tiene, y una familia, que muchas veces termina siendo para ella tanto como la propia. Sin contar las numerosas posibilidades matrimoniales que brindan el lechero, el chico de la tienda de ultramarinos, el muchacho de la frutería, el cobrador del tranvía donde va los domingos a la casa en que sirve una prima suya...

Ahora siguen viniendo a servir a Madrid muchas chicas de Avila. Según la opinión de las señoras, al menos de aquellas con las cuales he hablado del asunto, son buenas. De las mejores.

¿Ha cambiado la mujer del campo en Avila? Antes de contestar a esta pregunta, habría que plantear otra. Esta: ¿Hay mucho que debiera cambiar en la vida de las campesinas abulenses?

Se trata más de modificar la forma que de mudar el fondo de la vida. Es preciso, por ejemplo, extender las zonas de regadío o ampliar la red de suministro de energía eléctrica a algunos pueblos, pero no hace falta convertir infieles.

Tres fuerzas, bien coordinadas, luchan con éxito en esta campaña: los organismos oficiales y sindicales, en la transformación del campo, que traerá el aumento del nivel de vida; los párrocos, que mantienen y depuran el vivir católico en toda la provincia, y la Sección Femenina, que en esta tierra de mujeres emprendedoras anda empeñada en una obra de expansión cultural, en ciudades y pueblos, para la que no resulta fácil encontrar calificativos.

Hay más. Hay síntomas claros



Hoy no es raro ver en Pepillo a dos mujeres solas que toman el aperitivo y charlan de sus cosas

del giro favorable de las mujeres abulenses hacia modos de vida propios del tiempo actual. Hoy casi todas las familias campesinas, a poco que su economía se lo permita, envían a sus hijos y a sus hijas a estudiar a la capital. A la de la provincia, se entiende. Los que pueden más, a los internados de los colegios. Los que pueden menos, buscan alojamiento al estudiante, o la estudiante, en la casa de unos parientes o en una casa particular. Y a veces—¡qué demontre, hay que aguzar el ingenio!—se conviene un arreglo inteligente: los muchachos pagan una habitación y los padres les envían, desde el campo, los víveres. Así sale más barato.

EN AVILA SE VISTEN COMO EN MADRID

Dentro de la misma orientación de equilibrio a que me refería al principio, en Avila, ciudad, el cambio de la vida de las mujeres es más claramente perceptible y más rápido. La proximidad de Madrid, la facilidad para ir y volver en el mismo día, y aun en la misma tarde, ha borrado casi en absoluto todas las diferencias externas que pudieran distinguir a abulenses y madrileñas. Ya, en el sentido clásico, en la ciudad amurallada no hay «provincianas». Hay, como en todas partes, mujeres que trabajan y mujeres que no lo hacen. Casadas y solteras, jóvenes y viejas. Y, aparte estas naturales diferencias, nada más.

Se visten todas con arreglo a la moda, y al modo español. Es decir, bien, sin extravagancias y a la medida. La mayor parte compra sus trajes en Madrid, pero también hay alguna modista en Avila cuyo nombre suena. He oído hablar de una tal «Paca». No sé, en este punto, si alabar o censurar a las mujeres de Avila. Me parecería mejor que atendieran más a ciertas peculiaridades del clima abulense y algo menos a la dictadura modisteril de Madrid. Quiero decir que se «crearan», en alguna medida, su propia moda. Pero, a fin de cuentas, esto es cuestión de gustos y no tiene mayor importancia. Para terminar, en lo que a los trajes se refiere, basta decir que cuando en Avila, en cualquier calle o plaza, veáis una mujer ataviada con el típico «manteo»—falda ceñida en la cintura y ampolla de vuelo—y el pañuelo de talle, es una mujer del campo. Más concretamente, una mujer del campo casada o vieja. Porque ya las jóvenes y las solteras se visten también, en los pueblos, al modo ciudadano. Aquello de los «manteos» negros las viudas y las viejas, y los de colores—como aquella «saya anaranjada con ribetes de terciopelo negro» que llevó de seglar Santa Teresa en una de sus visitas al convento de la Encarnación—las jóvenes y solteras, va pasando a la historia. Aunque no del todo, pues cuando se casan, en muchos pueblos, vuelven a ceñir el airoso «manteo». Debe influir en este «salto atrás», la costumbre de heredar estas prendas, con la particularidad de que toda la ropa que lleva encima la novia, en la ceremonia de la boda, no se incluye en la dote. Así, según dicen, hubo una que se colocó, nada más ni nada menos, que veintidós «manteos». Me enseñaron algunas las amables chicas de la Sección Femenina, y casi tengo por impo-

sible el suceso. ¡Hay que ver la tela y el peso que tienen cada uno!

LA CONQUISTA DEL CASINO

Me presentan a Carmen Elías en un salón del casino. Carmen Elías—pelo rubio rojizo, ojos vivos con un cierto reflejo burlón que concuerda bien con la expresión sonriente de su boca—es licenciada en Derecho. Y oficial técnico administrativo de primera clase en la Jefatura Agronómica Provincial. Tiene y conduce con habilidad una «scooter» Iso.

Carmen Elías ha observado bien:

—Creo que las transformaciones en las costumbres se producen, generalmente, a raíz de las guerras. Las guerras traen las cosas nuevas. Hoy las mujeres tenemos más libertad. No para nada malo sino, sencillamente, para hacer una serie de cosas lícitas sin que nos miren mal. Para trabajar, por ejemplo, en profesiones que siempre fueron consideradas patrimonio exclusivo de los hombres. Por ejemplo, para venir aquí, al casino, a rematar con un rato de charla agradable la jornada de cada día. Antes, el casino era sólo para hombres. A nosotras no nos quedaba otro recurso que las tertulias caseras o pasear. Hace unos años conquistamos el casino. Una victoria grande, significativa, ¿no cree?

En una sala próxima, un grupo de jóvenes, chicos y chicas, juegan al tenis de mesa. Y en grupos, y tertulias, se charla y se ríe. Afuera, en las calles, cae una llovizna fría. Pienso que a los antiguos únicos pobladores del casino no les sentaría bien, al principio, la invasión de los jóvenes. De «ellas» y de «ellos» que, naturalmente, desde entonces vienen más. En mayor número y con mayor asiduidad. Pero, sin duda, me parece más interesante que «ellas» y «ellos» tengan un lugar donde tratarse, y hablar, y reunirse, que privarles de él en nombre de un prejuicio que sólo favorecería a la comodidad, un poco egoísta, de los «veteranos».

Hay, desde luego, señoras ya no jóvenes, en especial las que vivieron casi sin abandonar el marco de la provincia, sin «ascarse al exterior», que creen de buena fe que la moralidad femenina depende inmediatamente del uso general del color negro,

de limitarse, en el caso de mayor exceso, a tomar, en alguna ocasión señalada, una copa de Málaga, y de circular a pie. El vino tinto o el blanco, los colores vivos y las motos tripuladas por chicas vienen a resultar, a sus ojos, signos indudables, síntomas reveladores del que llaman pomposamente «libertinaje moderno». Y esto, pese a saber, que lo saben, que el mal no suele buscar la afluencia de espectadores de un casino, ni circular anunciándose al compás del ruido de un motor de explosión... Y menos donde todos se conocen y no es necesario mirar la patente para saber quién es el dueño de una moto. Pero, amigo, cada generación tiene sus palabras y las dice:

—¡Pues, no faltaba más!
—Desde luego, señora.

ANTES Y AHORA — UN PLUS DE FRIO

Magdalena Martín trabaja en el Instituto Nacional de Previsión. Recuerda cosas del «antes» de la época anterior al madrugar camino de la oficina y al hablar, con conocimiento de causa, de una avería en un cilindro.

—Cuando yo iba al Instituto, todavía para salir a pasear con el novio, las chicas iban acompañadas de una especie de «carabina», generalmente, una vieja criada, una mujer de confianza de la casa. Y nada de entrar solas en los bares. Y nada de pasear con un chico sin tener, con él, relaciones formales. Los hombres paseaban la calle de la dama elegida, se cruzaban discretas señas desde los balcones a las aceras, desde las aceras a los balcones y los novios, hablaban, como en Andalucía, por las ventanas de los pisos bajos. ¡Figúrese, con el frío que hace aquí!

Es morena. Ojos negros y negro pelo. Ahora, al hablar de tiempos en los que era una niña, debe sentir, no sé por qué, la necesidad de exagerar un poco el paso del tiempo:

—Avila es tremenda... sobre todo cuando los hijos de las amigas empiezan a tomar la primera comunión y la gente sabe cuántos años tiene cada una.

Pero lo dice sin amargura. Como burlándose amablemente, ante todo, de ella misma. Luego, algo de todos y todo lo demás. Y sigue:



En Copacabana ellas piden «blancos» y «tintos». Han conquistado su derecho al bar y a la cafetería



Un alto en el paseo por el Rastro, al pie de las murallas. Como fondo, el valle de Avila

—Antes debía ser terrible quedarse soltera. Ahora es distinto. El trabajo da equilibrio y seguridad. La oficina tiene para mí, algo de hogar. Se sigan las vidas de los compañeros como si fueran algo parientes nuestras. Se hacen buenas nuestras amistades. ¿Qué pensaría una mujer antigua, de la presencia de otra mujer junto a su marido durante todas las horas que trabaja? En cambio, ya ve, ahora, algunas de mis mejores amigas son, precisamente, las mujeres de mis compañeros de trabajo.

En ningún sitio de España han perdido femineidad las mujeres al cambiar el encaje de bolillos por la máquina de escribir, aunque ésta no resulte ciertamente muy favorable a las uñas. Magdalena Martín lo sabe:

—La oficina no es incompatible con la casa, con las tradicionales virtudes hogareñas de la mujer. A las señoras de otro tiempo, parece molestarles, pero es así: a nosotras, el saber taquígrafía, no nos impide manejar con buen aire una escoba o dar un buen «punto» a un guiso, o zurcir estupendamente un calcetín.

Todas las ganancias cuestan algo. Y las mujeres han pagado también estas conquistas. Pero a un precio que, bien mirado, no es muy caro:

—A todas nos gustaría vivir como vivimos ahora y que nos cedieran, además, el asiento en los tranvías. Pero si ambas cosas no son posibles, al mismo tiempo, yo prefiero viajar de pie.

Aunque Magdalena no ha aludido a ello, al despedirme y salir a la calle, voy pensando que, para una mujer, debe ser una empresa muy seria ir todas las mañanas a la oficina a las ocho y media.

¡Con las temperaturas de Avila, con un pañuelito en la cabeza y unas medias de cristal! Porque ¿cómo presentarse en tan bien acondicionada oficina con unas burdas medias de lana, o con un pasamontañas?

Debían darles, por lo menos, un «plus de frío» en los meses de invierno, que podría reducirse, en

un tercio, durante la primavera y el otoño. Sin descuentos, por supuesto.

UN CADETE SOLO DURA DOS AÑOS

Están las tres sentadas frente a mí, y los cuatro tomando café en el bar «Pepillo», bar y restaurante abierto en el brazo más corto de esa «ele» de soportales que, casi arrancando de las murallas, cierra por un costado la plaza llamada, desde siempre «el Grande». (El Mercado Grande, para distinguirlo del «Chico» situado intramuros). El «Pepillo» es, por antonomasia, el bar de Avila; como «el Grande», su paseo.

Están sentadas, como cuando las he conocido por la mañana en la Sección Femenina, frente a mí, pero están enfrentándose consigo mismas.

Angelita Familiar, con una melena corta y ondulada y una expresión entre pensativa y risueña que le da un simpático aire infantil, se decide por la seriedad.

—Las mujeres de Avila son, ante todo, serias. Poco frívolas. ¿Por qué? Creo que por su educación y por el frío. En los climas fríos las gentes son más sensatas.

Maruja Lucas—pelo rubio, recogido en la nuca—se ha «concentrado» mientras hablaba Angelita. Por el gesto que parece en ella más frecuente, sería la mejor confirmación de la sensatez femenina abulense. Por la obstinación que revela su barbilla firme y por la serenidad de su mirada, de haber nacido en tiempo oportuno, podría haber sido quizá una de aquellas reinas gobernadoras, infantas guerreras o abadesas activas que adornaron la historia y los romances de Castilla. Es salmantina, pero se considera «como de aquí». Tiene «espíritu abulense».

—Avila es piedra gris... Y sus mujeres, austeras. Castilla es austeridad. Ya sabe aquello de «tierra infinita bajo el cielo infinito»...

Y calla. Realmente, basta. Hay veces que los pensamientos tienen más fuerza si se limitan a ser una insinuación. Ella escribe. Es redactora de Radio Avila. Le han premiado recientemente un guión en un concurso de temas marianos. Y colabora en «El Cobaya» la revista de las artes y las letras de Avila.

María Luisa L. Losada está impaciente por decir su opinión. Parece muy impulsiva. Espontánea, sin truco. Franca y sencilla.

—Las mujeres de Avila son melancólicas. ¿Ha visto el valle de Amblés? El lo explica todo. Es un resumen del ambiente. Es algo... ¿cómo le diría?...

Hace una pausa. Deja perderse la mirada de sus bellos ojos en no sé qué lejanías interiores. Y al fin parece hallar una expresión que le satisface:

—Es silencio solidificado.

La frase alcanza gran éxito. Reímos. Ella la primera. Las risas aumentan luego cuando suelta otra frase afortunada. Se refería a los cadetes de la Academia de Intendencia de Avila, a muchos noviazgos de las chicas abulenses con ellos, que no terminan después en bodas. Ha dicho, como resumen y culminación de su idea:

—Los cadetes sólo duran dos años.

También escribe.

—Empecé a hacer un diario a los quince años. Después, siendo ya mayor, tuve una temporada en la que sentí mucho. Estaba inspiradísima. Empecé a escribir poemas en prosa...

La frase sobre los cadetes y unas miradas que cruzan Angelita y Maruja, cuando ella se refiere a la temporada de la inspiración, no pueden ser más reveladoras. No tenía mal gusto el cadete. Ni le falta pluma a María Luisa. En una de sus prosas líricas publicada en «El Cobayan», debe haber algo de aquello. Termina: «Y así he sido para ti, sin que tú lo hayas sabido, la novia blanca de un sueño.» Si «tú» lo has leído, ¿no habrás sentido ganas de poner otro final a la cosa?

LA INFLUENCIA Y EL SIMBOLO DE LAS MURALLAS

Ha sido María Luisa L. Losada la que con su referencia al valle de Amblés, me ha puesto en la pista. El valle se extiende al pie de las murallas. Hay algo en este contraste de la piedra vertical y la tierra llana, en esta ciudad que contiene su desbordamiento hacia la fácil extensión del campo, que puede influir mucho en la psicología de las mujeres y de los hombres de Avila. Algo que podría muy bien tomarse como un símbolo del modo de ser y del modo de pensar de las gentes de Avila. Me parece que el alma de las mujeres de Avila anda en cierto modo edificada sobre un planteamiento parecido. Un castillo interior, una morada de las virtudes clásicas de Castilla, de la piedad, de la honradez, de la decencia, del sentido familiar entrañable y el vivir no dispendioso. En torno al castillo, más allá de las murallas todas las posibilidades de libertad, todas las tentaciones.

Y así como para señorear la llanura hay que mantenerse dueño de la ciudad amurallada, para avanzar con seguridad hacia las formas más libres de la vida moderna es preciso conservar los valores del castillo interior.

Esta es la eterna lección que explican, en silencio, las murallas de Avila. Esta, la última razón del equilibrio vital de sus mujeres, la explicación última de su saber combinar lo antiguo y lo nuevo.

¿Será por saber esto, por conocer bien el equilibrio que debe existir entre el sueño y la realidad, entre la vida y la norma, entre la contención y el desbordamiento, por lo que Avila de los Caballeros podría con toda justicia llamarse también Avila de las Prudentes y Sosegadas Mujeres?

Porque, desde luego, cuando Mercedes Sánchez-Tadeo, otra activa muchacha de Avila, que dirige con acierto y sentido de la disciplina una academia propia de enseñanza de corte, me ha dicho: «Ahora tenemos más libertad, pero sabemos hacer buen uso de ella», no me ha quedado la menor duda de que decía literalmente la verdad.

(Por nuestro enviado especial.)

DIEGO JALON

(Fotografías de Mayoral.)

Si uno dice que los más encarnizados enemigos del senador MacCarthy han sido y son los comunistas, uno no ha descubierto el Mediterráneo precisamente. MacCarthy estará equivocado o no lo estará, eso es discutible; pero que los comunistas no se equivocan al atacar a MacCarthy, eso no es discutible.

Entre las campañas o hazafías de MacCarthy y del Comité de Actividades Inamericanas ocupa un lugar muy destacado la «campaña de Hollywood», que descubrió como una serie de hombres y mujeres importantísimos en la industria cinematográfica norteamericana —actores, actrices, guionistas, directores, empresarios— estaban directa o indirectamente al servicio de Moscú. Cotizaban para el partido comunista, hacían al partido gruesos donativos, ayudaban a las Empresas y personas del partido, colaboraban en sus objetivos ideológicos, propagandísticos y económicos. En suma, una de las industrias básicas exportadoras de la nación norteamericana, la del cine (la otra industria-base es la del automóvil), tenía entregadas gran parte de sus posiciones al enemigo real de los Estados Unidos, a Rusia y su Internacional.

Esto pudo resultar sumamente llamativo para el pensamiento burgués, según el cual, el cine es un entretenimiento, una Empresa explotadora del espectáculo, y, en fin de cuentas, un lujo; el pensamiento burgués entiende, quizá no

por egoísmo, sino por su pura ingenuidad de burgués, que los que van al cine son, o bien señoritos y demás gente desocupada, o bien trabajadores de los que, administrando mal su honesto jornal, se lo gastan en diversiones superfluas y perniciosas. Al buen burgués no le cabe en la cabeza el hecho de que actores y actrices mundialmente conocidos y que ganan los dólares por miles y millones— ¡todavía mucho mejor pagados, santo cielo, que los obreros de Asturias!— resulten ser comunistas o procomunistas.

«Mentira parece, Padre —decía uno de estos buenos burgueses, hace muy poco, al bueno de su director (spiritual—, que Charlot haya tenido que marcharse de los Estados Unidos por eso del anti-comunismo. ¿Quién se lo habría podido figurar? ¡Con lo que yo y mis hijas hemos disfrutado con las películas de Charlot! ¿Habrá sido pecado, Padre?»

No sé qué dijo el Padre; pero por mi parte, y con la responsabilidad aneja a no ser Padre con mayúscula, sino padre con minúscula, le habría respondido que sí, que fué pecado; que no hay derecho a tomar el cine como un lujo, como un entretenimiento o como una diversión, ante la cual se queda la conciencia tranquila si se alargan las faldas de una actriz o se suprimen los segundos de un beso; que el cine es la expresión cultural más importante de la Historia, muy superior en importancia, por ejemplo, a la

imprensa; que en la oscuridad del cine es donde hoy día se forman los sentimientos, los impulsos, las creencias y las costumbres de las gentes; y que el burgués que mira esto como una distracción, es igual que si mirase como una distracción el catecismo, la Universidad o la guillotina.

Los fenecidos Estados totalitarios supieron entenderlo. Con acierto o con desacierto, que en eso no quiero meterme hoy; pero supieron entenderlo. Y el primero de todos, la Unión Soviética.

El Kremlin se planteó la lucha en el cine como hay que plantearse: haciendo buenas películas. Llegó a conseguir, por este camino, que el buen cine fuese favorable a Rusia, o fuese, por lo menos, compatible con Rusia. Y así puso el pie nada menos que en las predilecciones afectivas de los buenos directores, de los buenos actores, de los buenos productores, de los buenos críticos..., y, por tanto, de las innumerables masas espectadoras.

Los que estamos de la otra banda, los enemigos del Kremlin y de lo que significa, ¿nos echaremos alguna vez a rescatar el cine? ¿Y entenderemos alguna vez que el camino es hacer cine bueno e importante, no atrincherarnos en el cine malo y banal, que tanto gustito le da a las derechas y a su Patrono San Krenski bendito?

Luis PONCE DE LEON

TERCER SUPERÁVIT

ULTIMAMENTE, el Ministro de Hacienda, señor Gómez de Llano, ha hecho pública la liquidación del presupuesto correspondiente a 1954: la recaudación total, por todos los conceptos de ingresos, excepto Deuda Pública, ha ascendido, con arreglo a los datos provisionales de que ya se dispone, a 28.837 millones de pesetas. A su vez, el capítulo de los pagos líquidos alcanza la cifra de 27.194 millones. De la diferencia entre ambas resulta un superávit presupuestario de caja de 1.643 millones. Este óptimo resultado supera al anunciado por el Ministro en su reciente intervención en las Cortes—1.500 millones— y es el tercero conseguido, sucesivamente, en la liquidación del presupuesto estatal.

Para medir con exactitud las dimensiones de este hecho conviene tener presentes los siguientes datos:

Primero, que desde mediados del siglo XIX, fecha de la implantación real del presupuesto como sistema financiero legal, el signo de las liquidaciones presupuestarias fué siempre tan reiteradamente negativo que el superávit alcanzó la categoría de rarísima excepción. Tanto que la sucesión actual de tres liquidaciones con superávit carece, seguramente, de precedentes en España.

Segundo, que el aumento en los ingresos, en la recaudación, se ha conseguido sin que durante el pasado año se hayan aumentado los tipos de gravamen tributario.

Tercero, que entre los ingresos tributarios que han producido mayor rendimiento cuentan ante todo la Contribución sobre las Utilidades de la Riqueza Mobiliaria —733 millones más que el año anterior— y la Contribución de Usos y Consumos —629 millones más—.

Cuarto, que tal favorable balance de nuestra Hacienda, en cuanto se refiere a este ter-

cer año de superávit, se ha logrado después de habérselo puesto en práctica algunas mejoras de indudable importancia para los funcionarios, como la Ayuda Familiar, que supondrá un aumento de gastos del orden de 1.300 a 1.400 millones de pesetas anuales.

No se trata, por lo tanto, de un éxito esporádico, obtenido a favor de una simple coyuntura económica pasajera. Ni tampoco de un aumento artificial, o al menos artificioso, fruto de una hinchazón forzada de los ingresos, por haber elevado el nivel de las tarifas tributarias.

A esta tercera liquidación de presupuesto con superávit se ha llegado por el camino más seguro, por la mejora, evidente, de la economía nacional, por esfuerzo de recuperación, por la elevación del nivel de vida.

Si con razón, se ha dicho que con buena política se logran buenas finanzas, no resulta menos acertado que las buenas finanzas son la mejor base de la política buena. De tal forma que tanto revela este tercer superávit la sana condición de nuestro actual estado hacendístico, como la buena orientación y la realización eficaz de la política del Estado español.

Desde cualquier punto de vista, por lo tanto, el superávit de 1954 es el mejor sintoma, la mejor señal calificadora de toda una etapa de gobierno, de toda una política equilibrada y verdaderamente nacional, en la que el bienestar de la hacienda no solamente no se edifica sobre la restricción del bienestar ciudadano, sino que nace directamente de él, en la que la prosperidad de las finanzas, como afirmó siempre la opinión clásica, se apoya, y se sustenta, en el firme cimiento de la prosperidad nacional.

Mil novecientos cincuenta y cuatro, un presupuesto más liquidado con superávit real. Si; pero también un año más de política cerrada con un real superávit.

EL ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

ALARMA EN LA ALEGRE Y CONFIADA FRANCIA

EL PROCESO DE LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES EN LYON



En esta página recogemos varios aspectos de las actividades de las organizaciones rojas españolas del otro lado de los Pirineos. Los que ayer fueron elevados a la categoría de «héroes» de la resistencia, hoy se sientan en el banquillo de los acusados del Palacio de Justicia de Lyon.



**ASALTOS,
ROBOS, SABOTAJES
Y CRIMENES ES LA
HOJA DE SERVICIOS DEL
GRUPO DE RESIDENTES
PRIVILEGIADOS**

UNA ORGANIZACION TERRORISTA EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS